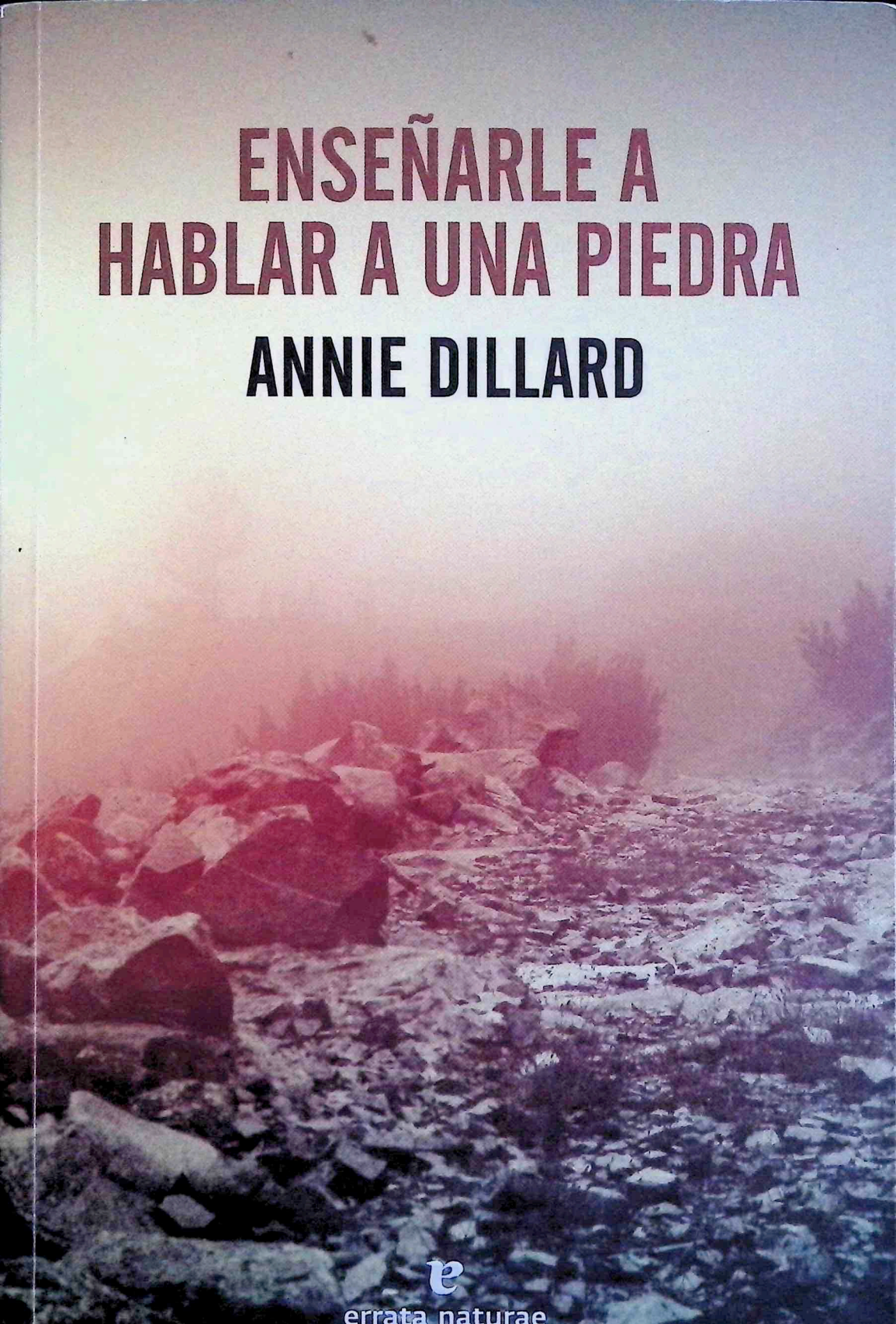
ENSEÑARLE A HABLAR A UNA PIEDRA

ANNIE DILLARD



errata naturae

LIBROS SALVAJES
Errata naturae editores

ENSEÑARLE A HABLAR A UNA PIEDRA

ANNIE DILLARD

TRADUCCIÓN DE
TERESA LANERO LADRÓN DE GUEVARA

errata naturae

PRIMERA EDICIÓN: septiembre de 2019
TÍTULO ORIGINAL: *Teaching a Stone to Talk*
© Annie Dillard, 1982
© de la traducción, Teresa Lanero Ladrón de Guevara, 2019
© Errata naturae editores, 2019
c/ Alameda 16, bajo A
28014 Madrid
info@erratanaturae.com
www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-17800-22-2
DEPÓSITO LEGAL: M-24234-2019
CÓDIGO BIC: BM
IMAGEN DE PORTADA: da-kuk
MAQUETACIÓN: A. S. y Sara Pintado
IMPRESIÓN: Kadmos
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial, siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

Para Gary

Con especial agradecimiento a Ann Beattie, Marc Chenétier, Cody Rose Clevidence, Ophelia Dahl, Wendy Doniger, Tim Duggan, Paul Farmer, Amy Fields, Lewis Lapham, Will Lippincott, Allison Lorentzen, John Martini, Derek Parsons, Phyllis Rose, David Schorr, Timothy Seldes, Molly Simonds, Lee Smith y Anne Warner.

ÍNDICE

ECLIPSE TOTAL 11

UNA EXPEDICIÓN AL POLO 37

VIVIR COMO COMADREJAS 83

EN LA SELVA 91

EL CIERVO EN PROVIDENCIA 103

ENSEÑARLE A HABLAR A UNA PIEDRA 113

LEJOS SOBRE UNA COLINA 127

LENTES 137

LA VIDA EN LOS ISLOTES: LAS GALÁPAGOS 145

UN CAMPO DE SILENCIO 173

DIOS EN EL UMBRAL 183

ESPEJISMOS 189

PEREGRINO 199

ASES Y OCHOS 207

:

NOTA DE LA AUTORA

Algunos de los textos aquí reunidos permanecían inéditos; otros, como «Vivir como comadrejas» y «El ciervo en Providencia», no tuvieron una gran difusión. En cualquier caso, no se trata de una recopilación de escritos esporádicos con los que complementar el verdadero trabajo de quien escribe, sino que son mi trabajo real, tal cual.

ECLIPSE TOTAL

I

Aquel descenso por el puerto de montaña había sido una agonía. Había sido irracional, como la muerte de alguien, un descenso hacia territorio aciago. Como sumergirse en la fiebre, como caer dormido en ese agujero que te despierta sobresaltado. Aquel día habíamos cruzado las montañas y nos encontrábamos en un lugar extraño, en un hotel en mitad del estado de Washington, en una localidad cercana a Yakima. El eclipse que íbamos a ver tendría lugar temprano, a la mañana siguiente.

Yo estaba tumbada en la cama. Mi marido, Gary, leía a mi lado. Y tumbada en la cama miraba el cuadro de la pared del hotel. Era una reproducción minuciosa y realista de una cabeza de payaso sonriente hecha con verduras, uno de esos cuadros que procuras no mirar y que, por

desgracia, nunca olvidas. El mal gusto del destino te lo endosa, y pasa a formar parte de la basura interior que acarreas contigo dondequiera que vayas. Han transcurrido dos años desde aquel eclipse total. Durante estos años he olvidado, supongo, multitud de cosas que hubiera querido recordar, pero no aquel cuadro del payaso ni su ubicación demencial en el viejo hotel.

El payaso era calvo. En realidad, llevaba una peluca de goma ajustada, pintada de blanco, que le cubría la parte superior del cráneo, y que era una col. El pelo estaba formado por manojos de zanahorias en miniatura. Incrustados en el maquillaje níveo y el cráneo de col, se hallaban unos pequeños y risueños ojos humanos. La mirada del payaso era como la de Rembrandt en algunos de sus autorretratos: vivaz, cómplice, profunda y amorosa. Los pliegues sombríos que rodeaban sus ojos eran judías verdes. Las cejas, perejil. Cada oreja, un haba. Sus labios, finos y alegres, eran guindillas, y entre ellos se extendían unas filas húmedas de dientes humanos y el atisbo de una lengua de verdad. El marco era dorado, con cristal.

Aquel día habíamos conducido durante cinco horas en pos del eclipse total desde la costa de Washington, donde vivíamos, hacia el interior. Intentamos cruzar la cordillera de las Cascadas, pero un alud había obstruido el camino.

Una ladera entera de nieve bloqueaba la carretera; el tráfico estaba cortado. ¿Se habría quedado algún coche enterrado allí aquella mañana? No pudimos enterarnos. Esa carretera era la única vía para atravesar las montañas

en invierno. Esperamos a que el personal de la autopista abriera el paso a través de la nieve. Recorrimos el túnel de un solo sentido levantado con tablones y planchas de madera, cruzamos el puerto y descendimos varios centenares de metros hacia el extenso valle de Yakima, en el interior del estado, del que sólo sabíamos que era una región hortícola. Cuando perdimos altitud, la nieve fue desapareciendo, los oídos se nos destaponaron, los árboles cambiaron y unos pájaros extraños aparecieron en los árboles. Miré el paisaje con inocencia, como una boba, como un buceador que, embelesado con las profundidades, juega en el fondo del mar mientras se queda sin aire.

La recepción del hotel era una sala oscura y descuidada, estrecha como un pasillo y en apariencia sin ventilación. Esperamos en un sofá mientras el encargado desaparecía escaleras arriba para hacer algo enigmático en nuestra habitación. A nuestro lado, en un sillón y completamente inmóvil, había una mujer rubia platino de cuarenta y tantos años con un vestido de seda negro y un collar de perlas. Tenía las largas piernas cruzadas y la cabeza apoyada en el puño. En un lúgubre extremo de la estancia, dándonos la espalda, seis ancianos calvos en mangas de camisa se sentaban alrededor de una ruidosa televisión. Dos de ellos parecían dormidos. Estaban borrachos. «¡El seis!», gritaba el tipo de la tele. «¡El seis!».

En el amplio mostrador, iluminada y burbujeante, una pecera de cuarenta litros contenía un gran pez que

cabeceaba arriba y abajo por el agua. En la pared opuesta, un canario cantaba en su jaula. Debajo de ésta, entre las semillas de mijo esparcidas por la alfombra, había un cubo de playa con dibujos y una pala a juego.

La alarma estaba puesta a las seis. Me quedé tumbada, despierta, recordando un artículo que había leído en una revista de ingeniería que encontré en la recepción. El artículo trataba sobre las minas de oro.

En Sudáfrica, India y Dakota del Sur, las minas de oro se encuentran a tanta profundidad que están calientes. Los mineros se queman las manos con las paredes de roca. Las empresas tienen que instalar aire acondicionado en su interior y, si se estropea, los mineros mueren. Los ascensores de la mina suben y bajan muy despacio para que no les estallen los oídos dentro del cráneo. Cuando regresan a la superficie, tienen la cara pálida como los muertos.

A primera hora del día siguiente dejamos la habitación. Era el 26 de febrero de 1979, lunes por la mañana. Saldríamos del pueblo, buscaríamos una colina, observaríamos el eclipse y regresaríamos por las montañas hacia la costa. ¡Qué familiar es todo! ¡Y qué expertos nosotros! ¡Con qué soltura y profesionalidad dejamos la habitación! Había olvidado la cabeza de payaso sonriente y la recepción del hotel como si jamás hubieran existido. Gary puso el coche en marcha y partimos de allí como habíamos partido tantas otras veces en busca de aventuras.

Todavía no había amanecido cuando encontramos la autopista que nos llevaría desde el pueblo hacia tierras

desconocidas. Bajo la luz creciente, vimos una banda de cirrostratos en el cielo. El amanecer borraría esas nubes antes de que comenzara el eclipse. Condujimos sin rumbo hasta que llegamos a una sucesión de colinas abiertas. Dejamos atrás la autopista, nos abrigamos y subimos a pie por una de ellas.

II

La colina tenía unos ciento cincuenta metros de altura. Estaba cubierta de hierbas muertas durante el invierno que nos llegaban por la rodilla. Ascendimos con paradas de vez en cuando, sudando a pesar del frío; por la ladera, nos cruzamos con grupos de gente muy abrigada que montaba telescopios y trasteaba con cámaras. La cima de la colina despuntaba en medio del cielo. Nos arrebujamos en nuestras bufandas y miramos alrededor.

Al este se alzaba otra colina como la nuestra. En medio, más abajo, la autopista discurría por el valle hacia el sur. Era el valle Yakima; nunca lo había visto. Tiene fama por su belleza, como todos los valles hortícolas. Se extendía por el sur hasta el horizonte, el remoto sueño de un valle, un Shangri-La, con sus centenares de huertos con pendientes doradas. Entre ellos, pueblos, carreteras, campos labrados y en barbecho. Por él vagaba un riachuelo brillante desde el que se extendían delgadas acequias congeladas. La distancia difuminaba y teñía de azul la vista, de modo que el valle entero parecía una capa,

un sedimento en el fondo del cielo. Justo detrás de nosotros había más cielo, tierras bajas baldías, azuladas por la distancia, y el monte Adams, un enorme cono volcánico cubierto de nieve con la cima plana, como gran parte del paisaje que nos rodeaba.

Ya había salido el sol. No lo veíamos, pero por detrás de la banda de nubes el cielo estaba amarillo y, a lo lejos, algunos de los huertos de la ladera estaban iluminados. Había más gente aparcando cerca de la autopista y subiendo por las colinas. Así era el Oeste. Todos, individualistas acérrimos, llevábamos gorros de lana y anoraks azules de nailon. La gente subía por las colinas cercanas e instalaba tenderetes entre la hierba muerta. Parecía que nos habíamos reunido en lo alto de las colinas para rezar por el mundo en su último día. Parecía que hubiéramos descendido de unas naves espaciales y nos preparáramos para tomar el valle. Parecía que nos hubiéramos desperdigado por las cimas al amanecer para sacrificar vírgenes, provocar la lluvia, erigir estelas de piedra en círculo. Nada quedaba al abrigo del viento. Las hierbas nos azotaban las piernas.

Encima de nosotros el aire era de un amarillo apagado. Hacia el oeste, el cielo era azul. El sol despejaba ya las nubes. Proyectábamos sombras escabrosas sobre la hierba agitada; congelados, sacudíamos los brazos. Cerca del sol, el cielo era brillante e incoloro. No había nada que ver.

Comenzó sin previo aviso. Resultaba raro que aquel acontecimiento público tan anunciado no contara con un

pistoletazo de salida, con una obertura, con un presentador. En ese momento yo ya debí saber que me encontraba fuera de lugar. Sin pausa ni preámbulo, silente como las órbitas, un trozo de sol desapareció. Lo miramos a través de unas gafas de soldador. Faltaba un pedazo de sol; en su lugar, veíamos cielo raso.

Ya había visto un eclipse parcial en 1970. Los eclipses parciales son muy interesantes, pero apenas guardan relación con los eclipses totales. Un eclipse parcial y un eclipse total tienen en común lo mismo que besar a un hombre y casarse con él, lo mismo que volar en un avión y tirarse de él. A pesar de que una experiencia precede a la otra, la primera no te prepara para la segunda. Durante el eclipse parcial el cielo no se oscurece, ni siquiera cuando el noventa y cinco por ciento del sol queda oculto. Tampoco el sol, incoloro a través del sistema de protección, parece terriblemente extraño. Todos hemos visto un rayo de luz en el cielo; todos hemos visto la luna creciente durante el día. Sin embargo, durante el eclipse parcial el aire se enfría, como si alguien se colocara entre el fuego y tú. Y los mirlos regresan a sus lugares de descanso. Yo ya había visto un eclipse parcial.

Lo que ves durante un eclipse es completamente distinto de lo que sabes que ocurre, sobre todo para quienes poseemos conocimientos de astronomía tan escasos —adquiridos con una linterna, un pomelo, dos naranjas y quince años— que seguimos sin saber hacia qué lado debemos ajustar las manecillas del reloj el día que cambia la hora. Por lo general, hace falta cierta picardía para que

el conocimiento no nos ciegue, pero durante un eclipse es fácil. Lo que ves es mucho más convincente que cualquier teoría descabellada que conozcas.

Tal vez leas que la luna tiene algo que ver con los eclipses. Yo hasta ahora no la he visto. No ves la luna. Está tan cerca del sol que se vuelve invisible, como las estrellas durante el día. Lo que ves ante tus ojos es el sol que pasa por distintas fases. Se estrecha cada vez más, como la luna menguante y, al igual que ésta, se desplaza en solitario por un cielo llano. Por supuesto, el cielo queda en segundo plano. No parece que se coma al sol, sino que está por detrás. El sol se reduce sin más; de manera gradual, ves menos sol y más cielo.

El azul del cielo se acentuaba, pero no había rastro de oscuridad. El sol tenía la forma creciente de un gajo de mandarina. El viento refrescaba y soplaba incesante sobre la colina. Al este, la colina del otro lado de la autopista se oscurecía y afilaba. Los pueblos y huertos del valle que se extendían hacia el sur se diluían con la luz azul. Sólo el riachuelo conservaba una pizca de sol.

Hacia el oeste, el cielo adquiría un color añil que no había visto nunca. Por regla general, un cielo oscuro pierde color; en cambio, aquél era un azul intenso, saturado, que se alzaba en el aire. En medio de ese cielo de otro mundo se erigía el cono del monte Adams, cubierto de arrebol alpino. El arrebol alpino es esa luz roja del atardecer que se extiende por las cumbres nevadas mucho después de que los valles y las mesetas se hayan sumido en la oscuridad.

«Mira el monte Adams», dije, y ése fue el último momento sensato que recuerdo.

Me volví hacia el sol. No estaba. El sol había desaparecido y el mundo era irreal. La hierba era irreal, era de color platino. El más mínimo detalle de cada tallo, de cada flor, de cada espiga brillaba sin luz, con una nitidez artificial, como la platinotipia de un fotógrafo. Jamás se había visto semejante color en la tierra. Las tonalidades eran metálicas; el acabado, mate. La ladera era una fotografía coloreada del siglo XIX que se había desvaído. Todas las personas que ves en la foto, definidas y detalladas como sus rostros, ya están muertas. El cielo era azul marino. Mis manos, plateadas. Las hierbas lejanas de la colina eran sutiles hilos metálicos inclinados por el viento. Estaba observando una película en color desteñida y rodada en la Edad Media; por algún tipo de error, yo aparecía en ella. Estaba saliendo en una película de aires campestres grabada en la Edad Media. Añoraba mi siglo, a la gente que conocía y la luz real del día.

Miré a Gary. Él también aparecía en la película. Todo estaba perdido. Él también era una platinotipia, la versión de la vida de un artista muerto. Vi en su cráneo la oscuridad de la noche mezclada con los colores del día. Mi mente se ausentaba; mis ojos retrocedían como se alejan las galaxias hacia el límite del espacio. Gary se encontraba a años luz y hacía gestos dentro de un círculo de oscuridad bajo el extremo equivocado del telescopio. Sonreía como si me viera; se le movían las delgadas arrugas de los ojos.

Su imagen, familiar y errada, era algo que yo recordaba de siglos atrás, del otro lado de la muerte; sí, *así* es como miraba cuando estábamos vivos. Cuando le tocó vivir a nuestra generación. No lo oía; el viento hacía demasiado ruido. Detrás de él, el sol desaparecía. Empezábamos a precipitarnos por el tiempo. Al principio resultó agradable; después, no había modo de parar. Gary caía a toda velocidad por el espacio moviéndose, hablando y llamando mi atención mientras descendía por el largo corredor que nos separaba. La piel de su cara palpitaba como una fina capa de bronce a punto de desprenderse.

La hierba a nuestros pies era cebada salvaje. Se trataba del mismo grano que crecía en las faldas montañosas de los Zagros, sobre el valle del Éufrates, sobre el valle del río que en el pasado llamamos «el río». Recuerdo que segábamos las espigas con hoces de piedra. Encontrábamos las hierbas en las laderas; construíamos nuestros refugios junto a ellas y las cortábamos. Ése era su aspecto entonces, el de alguien que se movía, vivía y llamaba mi atención, con el cielo lóbrego a su espalda y el viento soplando. Dios proteja nuestra vida.

Desde todas las colinas llegaban gritos. Junto al sol creciente, un trozo de cielo se desprendía. Era un círculo suelto de cielo vespertino, iluminado de pronto por detrás. Era un cuerpo negro y abrupto salido de la nada; era un disco plano, situado casi encima del sol. Ahí fue cuando aparecieron los gritos. De pronto ese disco de cielo se deslizó sobre el sol como un párpado. El cielo se cerró sobre el

sol como la tapa de una lente. La escotilla del cerebro se plegó de golpe. De repente era noche cerrada, en la tierra y en el cielo. En el cielo nocturno había un diminuto anillo de luz. El agujero que ocupa el sol es muy pequeño. Un aro delgado de luz marcaba su lugar. No había sonido alguno. Los ojos se secaban, las arterias se drenaban, los pulmones se quedaban en silencio. No había mundo. Éramos la gente muerta del mundo que rotaba y orbitaba, dando vueltas y más vueltas, incrustada en la corteza del planeta, mientras la tierra rodaba. Nuestra mente estaba a años luz, ajena a casi todo recuerdo. Sólo un extraordinario acto de voluntad podría devolvernos a nuestro antiguo estado de seres vivientes y a nuestros contextos de materia y tiempo. Según parece, habíamos amado el planeta y habíamos amado nuestras vidas, aunque ya no fuéramos capaces de recordarlos tal y como eran. Teníamos la luz equivocada. En el cielo había algo que no debía estar ahí. En el cielo negro había un aro de luz. Era un aro fino, una alianza de plata antigua y estrecha, un viejo anillo desgastado. Era una alianza vieja en el cielo o un pedazo de hueso. Había estrellas. Todo había acabado.

III

Es entonces cuando la tentación de abandonar esas tierras crece. Ya hemos visto suficiente; vámonos. ¿Por qué seguir quemándonos las manos? Han pasado dos años; el precio del oro ha subido. Regreso a las mismas capas

aluviales sepultadas y me pongo de nuevo a rebuscar por los estratos.

Muy de mañana, vi que el sol mermaba contra el telón del cielo. Vi aparecer un trozo circular de aquel firmamento que de pronto se desprendió, se ennegreció y se iluminó desde atrás; apareció de la nada y se superpuso al sol. No se parecía a la luna. Era negro y enorme. Si no hubiera leído que se trataba de la luna, podría haber visto cien veces tal imagen sin imaginármelo. (Sin embargo, si no lo hubiera leído —si, como la mayoría de la población mundial a lo largo de la historia, hubiera alzado la vista sin más y me hubiera encontrado con esa cosa—, no cabe duda de que me habría muerto del espanto allí mismo, como el emperador Luis I el Piadoso en el año 840). No se parecía a un dragón, aunque guardara más semejanza con un dragón que con la luna. Era como la cubierta de una lente o la tapa de un bote. Se materializó de la nada, negra y plana, y se deslizó rodeada de llamas.

La imagen de ese cuerpo negro era como una nube con forma de hongo. El corazón chirrió. El significado de aquella visión iba más allá de la fascinación que era capaz de ejercer. Anulaba su sentido. Si un buen día levantaras la vista y vieras una hilera de nubes con forma de seta alzándose en el horizonte, te darías cuenta de que esa imagen tan destacable no merece ser destacada en sí misma. No vale la pena salir corriendo para contárselo a nadie. Por muy significativo que sea, carece de importancia. ¿De qué sirve la importancia? La importancia es para la gente.

Sin gente, no hay importancia. Es todo lo que tengo que decir.

En las profundidades están la violencia y el terror de los que tanto nos advierte la psicología. Pero si conduces a esos monstruos a mayor profundidad, si te dejas arrastrar por ellos más allá del borde del mundo, descubres lo que nuestras ciencias no pueden ubicar ni nombrar, el sustrato, el océano o la matriz o el éter que sustenta el resto, que otorga a la bondad el poder para el bien y a la maldad el poder para el mal, el campo unificado: nuestra compleja e inexplicable preocupación por los demás y por nuestra vida común en este lugar. Eso viene dado. No se aprende.

El mundo que yace bajo la oscuridad y la calma tras el cierre de la tapa no era el mundo que conocemos. El acontecimiento había concluido. Su devastación se extendía a nuestro alrededor. La mente y el corazón vociferantes se habían aplacado, casi indiferentes, sin duda incorpóreos, frágiles y exhaustos. Las colinas estaban en silencio, aniquiladas. Arriba, en el cielo, como el cráter de un cataclismo lejano, había un anillo hueco.

Seguro que has visto fotografías del sol tomadas durante un eclipse total. La corona ocupa la imagen completa. Todas esas fotos se sacaron con telescopios. Las lentes de los telescopios y las cámaras no consiguen cubrir la amplitud y la escala de la imagen visual, al igual que el lenguaje no es capaz de cubrir la amplitud y simultaneidad de la experiencia interior. Las lentes amplían la vista, omiten su contexto y la convierten en una imagen

bonita y razonable, como la de una felicitación de Navidad. Te aseguro que si enviaras a cualquier pastor una tarjeta navideña con una foto de ocho por ocho del ángel del Señor, de la gloria y de una multitud de soldados del ejército celestial, ninguno tendría «gran temor». Cosas más temibles llegan en sobres. En las revistas aparecen fotografías más emotivas que las de la corona del sol. Pero juro que jamás verás nada más espantoso en el cielo.

Ves el mundo entero envuelto en tinieblas; ves una amplia extensión de tierra montañosa y un enorme valle, lejano y oscuro; ves las luces de los pueblos, el curso de un río, fracciones borrosas de tu sombrero y tu bufanda; ves la cara de tu marido como en una primitiva película en blanco y negro, y una porción de cielo negro y cielo azul, con estrellas extrañas, algunas bandas de nubes apenas visibles y, más arriba, un pequeño anillo blanco. El anillo es tan pequeño como un ganso migratorio en una bandada, si es que alguna vez has visto una bandada de gansos migratorios. Bastante menos de un uno por ciento del cielo visible. El sol que vemos es menor que la mitad del diámetro de una moneda de diez centavos colocada a un brazo de distancia.

La nebulosa del Cangrejo, en la constelación de Tauro, se ve a través de los prismáticos como un anillo de humo. Es una estrella en plena explosión. La luz de dicha explosión alcanzó la Tierra por primera vez en el año 1054; por entonces era una supernova, tan brillante que se apreciaba

de día. Ahora ya no brilla tanto, pero sigue explosionando. Se expande a más de mil trescientos kilómetros por segundo. No se mueve. Su tamaño aparente no aumenta. Las fotografías de la nebulosa del Cangrejo de hace quince años parecen idénticas a las que se tomaron ayer. Con determinados líquenes sucede lo mismo. Algunos botánicos han comparado las medidas de ciertos líquenes corrientes en un intervalo de cincuenta años y no han detectado ningún crecimiento, a pesar de que sus células se dividen y de que están vivos.

El pequeño anillo de luz era algo parecido, era como un ridículo liquen en el cielo, como una explosión totalmente en calma a cuatro mil doscientos años luz: interesante, precioso y con un movimiento absurdo, y no tenía nada que ver con ninguna otra cosa.

No tenía nada que ver con ninguna otra cosa. El cielo era demasiado pequeño, demasiado frío y estaba demasiado lejos para mantener el mundo con vida. El anillo blanco no era suficiente. Era tenue e inútil. Era ineficaz como un recuerdo; tan trastornado, hueco y miserable como un recuerdo.

Cuando intentas con todas tus fuerzas recordar la cara de alguien o el aspecto de un lugar, ves en tu cabeza una imagen imprecisa y terrible como ésta. Es oscura, carece de solidez, es completamente irreal.

El anillo blanco y la profunda oscuridad hacían que la tierra y el cielo adoptaran el aspecto que deben de tener en los recuerdos de los despreocupados muertos. Lo que vi, el lugar donde parecía encontrarme, era la luz quebrada

que los recuerdos de los muertos tal vez arrojen sobre el mundo de los vivos. Todos habíamos muerto con las botas puestas en los montes de Yakima y estábamos solos en la eternidad. Un espacio vacío nos cubría los ojos y la boca; nada nos preocupaba. Guardábamos un recuerdo inexacto de cuando estábamos vivos. Con mucho esfuerzo, recordábamos una especie de luz circular en el cielo, pero sólo su esbozo. Oh, y entonces los árboles frutales se marchitaron, el suelo se congeló, los glaciares se deslizaron por los valles y cubrieron las ciudades. Si alguna vez hubo gente en la tierra, nadie lo sabía. Los muertos habían olvidado a sus seres queridos. Los muertos se habían separado unos de otros y no recordaban los rostros ni las tierras que una vez amaron bajo la luz. Daba la impresión de que se hallaban de pie, en las colinas oscurecidas, mirando hacia abajo.

IV

Tan sólo enseñamos una cosa a nuestros hijos, algo que también nos enseñaron a nosotros: a despertar. Enseñamos a nuestros hijos a parecer vivos, a unirse mediante palabras y actividades a la vida de la cultura humana que cubre el planeta. Cuando llegamos a adultos, ya somos casi expertos en despertarnos. Dominamos tanto esa transición que olvidamos haberla aprendido, pero es una transición que llevamos a cabo cien veces al día cuando, como tantos delfines sin voluntad, nos zambullimos y salimos

a la superficie, nos hundimos y emergemos. Durante la mitad de la vida que pasamos despiertos y toda la que pasamos dormidos permanecemos en unas aguas íntimas, inútiles e inertes que jamás mencionamos o recordamos. He dicho «inútiles», aunque podría añadir «sin valor», hasta que alguien arrastra su riqueza hacia la superficie y la introduce en la ciudad despierta bajo una forma que la gente puede usar.

No sé cómo llegamos al restaurante. Como Roethke, «mi despertar es lento». De manera gradual, recuperé la apariencia de estar más o menos viva y fui olvidando. Eran casi las nueve de la mañana. Era el día del eclipse solar en el centro del estado de Washington, una gran aventura para todos. El cielo estaba claro, soplaba una brisa fresca del norte.

El restaurante era un lugar junto a la carretera con mesas y sillones corridos. En él había otros espectadores del eclipse. Desde nuestro asiento veíamos las matrículas de California y las pegatinas de estacionamiento de la Universidad de Washington de sus coches. Todos estábamos comiendo huevos o gofres; la gente gritaba y compartía su entusiasmo como los seguidores de la Serie Mundial de béisbol. ¿Habéis visto...? ¿Habéis visto...? Entonces alguien dijo algo que me desconcertó.

Un universitario con chaquetón azul que llevaba una Hasselblad nos dijo: «¿Habéis visto el anillito blanco? Parecía un caramelo Life Saver. Parecía que en el cielo había uno de esos caramelos con agujero».

Y así era. El chico tenía razón, era un despertador andante. En ese momento yo no tuve acceso a esas palabras. Él pudo formular una frase y yo no. Me agarré a ese caramelo y subí a la superficie. Y tuve que echarme a reír. Me había quedado boquiabierta sobre el río Éufrates, muerta, ausente y afligida ante la imagen de algo que, si lograbas abrirte paso hasta ese otro nivel, se parecía bastante a un caramelo Life Saver, cierto es. Qué bueno estar de nuevo entre personas tan listas; qué bueno tener todas las palabras del mundo a disposición de la mente para que la mente pueda emprender su tarea. Todo aquello para lo que carecemos de palabras se pierde. La mente —la cultura— posee dos pequeñas herramientas: la gramática y el léxico, un cubo de playa con dibujos y una pala a juego. Con ellas fanfarroneamos por los continentes y llevamos a cabo todo el trabajo del mundo. Con ellas tratamos de salvar nuestra vida.

Con respecto a este nivel, el nivel del restaurante, hay unas cuantas cosas más que decir. Una de ellas es el viejo chiste sobre el desayuno. «La mente no puede quedar nunca satisfecha, jamás», dijo Wallace Stevens, y tenía razón. La mente quiere vivir eternamente o descubrir una estupenda razón para no hacerlo. La mente quiere que el mundo le devuelva su amor o su conciencia; la mente quiere conocer el mundo y la eternidad en su totalidad, quiere conocer a Dios. El compinche de la mente, en cambio, se conformará con dos huevos fritos.

Nuestro querido y estúpido cuerpo es tan fácil de contentar como un spaniel. Y, por increíble que parezca, un

simple spaniel puede conseguir que su alborotadora mente se sienta atraída por su comida. No deja de tener gracia que nuestra mente, orgullosa, metafísicamente ambiciosa y chillona, guarde silencio si le ofrecemos un par de huevos.

Es más, mientras la mente da vueltas por el espacio sideral, mientras la mente se aflige, se asusta o se regocija, los rutinarios sentidos, en su ignorancia o en su idiotez, como todos esos ordenadores que imprimen precios de mercado mientras el mundo estalla, siguen transcribiendo sus datos y transmitiéndolos al almacén del cráneo. Más tarde, bajo la apacible influencia de los huevos fritos, la mente puede revisar esos datos. El restaurante era un hogar de transición, una cámara de descompresión. Allí me acordé de unas cuantas cosas más.

He aquí lo más significativo y aterrador: como ya he dicho, oí gritos. (Después leí que los gritos, acompañados de histeria, son una reacción corriente a los eclipses totales, incluso cuando están previstos). Desde todas las colinas, la gente, incluida yo, creo, gritó cuando el cuerpo negro de la luna se desprendió del cielo y se superpuso al sol. Pero en ese mismo instante estaba sucediendo algo más que, pienso, fue lo que nos hizo gritar en realidad.

Un segundo antes de que el sol desapareciera, vimos un muro de sombra oscura que se aproximaba a toda velocidad. Apenas lo vislumbramos y ya estaba sobre nosotros, como un rayo. Rugió por el valle. Golpeó nuestra colina y nos dejó sin sentido. Era el rápido cono de sombra

de la luna. Después leí que esa ola de sombra se mueve a casi tres mil kilómetros por hora. Las palabras no logran expresar tanta velocidad: tres mil kilómetros por hora. La sombra medía trescientos kilómetros de ancho. No se veía el final, sólo el principio. Se aproximaba a ti a tres mil kilómetros por hora acarreando oscuridad como si fuera la peste. Verlo, saber que se dirigía hacia ti, era como sentir un pinchazo de anestesia en el brazo. Si razonas muy rápido, puede darte tiempo a pensar: «Me va a golpear el cerebro de un momento a otro». Sientes que la inercia te sube por el brazo, notas la velocidad atroz e inhumana de tu propia sangre. Vimos el muro de sombra acercarse y gritamos antes de que nos alcanzara.

Ése era el universo sobre el que tanto habíamos leído pero que nunca habíamos experimentado: el universo como un reloj de esferas sueltas arrojado a velocidades asombrosas y desautorizadas. ¿Cómo podía algo tan veloz no chocarse, no desviarse de su órbita como un coche sin control en una curva?

Al cabo de menos de dos minutos, cuando el sol reapareció, la cola del cono se alejó a toda velocidad. Descendió por nuestra colina y se apresuró hacia el este, más rápido de lo que la vista puede aceptar; recorrió la llanura y cayó por el borde del planeta en un abrir y cerrar de ojos. Nos había aplastado y ahora se alejaba rugiendo. La luz nos deslumbró. Era como si un enorme dios del cielo que avanza a grandes zancadas se hubiera estirado para abofetear la faz de la tierra.

Otro detalle, algo más banal, regresó a mí con la tercera taza de café. Durante los momentos de eclipse total, la oscuridad era tal que los conductores de la autopista de abajo encendieron los faros de los coches. Veíamos la carretera como una ristra de luces. Había atasco. Era un lunes por la mañana a las ocho y cuarto, la gente se dirigía a Yakima a trabajar. Que estuviera tan oscuro como de noche, que el ambiente fuera fantasmal como el infierno aunque hubiera amanecido hacía una hora, sólo implicaba que la gente, para *ver* lo suficiente y llegar al trabajo, tenía que usar los faros. Cuatro o cinco coches se apartaron de la carretera. El resto, en una caravana de al menos ocho kilómetros, prosiguió hacia la ciudad. La autopista discurría entre las colinas; puede que esas personas no hubieran visto un eclipse de sol en toda su vida. El siguiente eclipse de sol en Yakima será en 2019[1]. Tal vez entonces las empresas permitan que sus empleados lleguen una hora tarde al trabajo.

Desde el restaurante nos dirigimos de vuelta a la costa. La autopista que atraviesa la cordillera de las Cascadas ya estaba abierta. Recorrimos la montaña como expertos veteranos. Regresamos a nuestro lugar en la delgada corteza terrestre; estaba intacta. De momento, estábamos sanos y salvos.

Aquella mañana, a las seis, cuando habíamos dejado la habitación del hotel, los seis hombres calvos estaban

[1] La fecha original de escritura de este texto es 1982. (Todas las notas son de la traductora).

sentados en sillas plegables en la lóbrega recepción. La televisión estaba encendida. Casi todos estaban despiertos. Dios sabe que en cualquier momento puedes ahogarte en tu propia saliva, puedes despertarte muerto en un pequeño hotel, una cabeza de col viendo la tele mientras la nieve se amontona en los puertos de montaña, mientras las guindillas sonríen y la luna pasa por delante del sol, no cambia nada y no aprendes nada porque has perdido tu cubo y tu pala, y ya todo te da igual. ¿Y si alcanzas la superficie, abres tu bolso y encuentras, en lugar de un tesoro, una bestia que se lanza hacia ti? O puede que no consigas regresar. Los cabrestantes pueden atascarse; el andamio, volcarse; el aire acondicionado, estropearse. Tal vez un día levantes la vista y veas junto al faro de tu coche que el canario se ha desplomado en su jaula. Puedes meter la mano en una grieta en busca de perlas y tocar una morena. Tiras de la cuerda, es demasiado tarde.

Según parece, la gente es consciente de estos riesgos, ya que, cuando el eclipse total llegó a su fin, algo raro sucedió. Cuando el sol apareció como una gota deslumbrante en el lateral del anillo, el eclipse acabó. La tapa negra de la lente apareció de nuevo, se iluminó desde atrás y se deslizó. De pronto la luz amarilla devolvió al cielo su color azul; la tapa negra se disolvió y desapareció. El mundo real empezó ahí. Ahora lo recuerdo: todos nos marchamos apresuradamente. Habíamos nacido y nos habíamos hartado de golpe. Descendimos la colina corriendo. Buscamos el coche, vimos que los demás bajaban en tropel,

nos incorporamos al tráfico de la autopista y nos marchamos de allí.

No miramos atrás una sola vez. Era una estampida general, rara además, ya que cuando nos fuimos de la colina el sol todavía estaba parcialmente eclipsado: era una imagen bastante poco común, lo suficiente como para justificar cinco horas de carretera. Pero todo tiene un límite. Al final uno rehúye de la mismísima gloria con un suspiro de alivio. Desde las profundidades del misterio e incluso desde las cimas del esplendor, nos reponemos y partimos a toda prisa en busca de las latitudes del hogar.

UNA EXPEDICIÓN AL POLO

I

Hoy canta un coro en esta iglesia católica que se hace llamar Flores Silvestres. El director es un adolescente alto y de mandíbula angulosa, optimista y contento de estar aquí. Lleva una guitarra; se arranca con unos cuantos compases de *blues* y toca algunos acordes. Viene acompañado del resto de las Flores Silvestres. Hay una señora mayor muy resuelta, con el pelo largo y naranja, que va vestida al estilo *country*. Lleva al cuello una larga correa bordada de la que cuelga una gran guitarra acústica tipo *western* que le llega más abajo de la pelvis. A su lado, hay un chico de unos catorce años enclenque e introvertido y un señor chino corpulento de unos veintitantos años que parece querer divertirse, pero no sabe muy bien cómo. Mira a su alrededor con cara de espanto mientras canta y arrastra los pies. También hay una adolescente muy alta, la presunta novia del director; es de rasgos

delicados, medio serena medio petrificada, una soprano menor. Todos ellos se distribuyen por delante del altar y nos ofrecen un cántico nuevo.

Al principio me parece una pena, puesto que he superado mi feroz educación anticatólica y vengo a misa con el único fin de huir de las guitarras protestantes. ¿Por qué estoy aquí? ¿Quién les ha proporcionado guitarras a estos simpáticos católicos? ¿Por qué no están murmurando en latín y realizando rituales supersticiosos? ¿Qué opina el papa de todo esto?

Pero nadie dijo que las cosas fueran fáciles. Después de todo, el gusto por lo sublime es un tipo de avaricia como otro cualquiera; ¿por qué reprochar ahora la secularidad a las iglesias? Por otra parte, de un modo que no pretendo entender, estas personas —todos los miembros de todas las disparatadas iglesias— tienen derecho a la tierra.

LA TIERRA

El polo de inaccesibilidad relativa es «ese punto imaginario del océano Ártico más alejado de la tierra en todas direcciones». Es un punto de navegación calculado para consolar a los exploradores que, después de que Peary y Henson alcanzaran el Polo Norte en 1909, se quedaron sin un lugar especial adonde ir. También hay un polo de inaccesibilidad relativa en el continente antártico; es el punto de tierra más alejado del agua salada en todas direcciones.

Lo Absoluto es el polo de inaccesibilidad relativa de la metafísica. Al fin y al cabo, una de las pocas cosas que sabemos sobre lo Absoluto es que resulta relativamente inaccesible. Es ese punto del espíritu más alejado en todas direcciones de cualquier punto accesible del espíritu. Como los demás polos, es un Polo de Máxima Dificultad. También es —lo doy por hecho— un polo de gran valor.

LA GENTE

Es el segundo domingo de Adviento. Llevo un año entero viniendo a misa a esta iglesia católica. Todos los domingos, desde hace un año, me escapo de casa y me uno al circo como un oso danzante. Los osos danzantes nos vestimos con ropa abotonada y damos vueltas a los aros a dos patitas. Hoy estábamos agitados; no dejábamos de apoyarnos en las patas delanteras.

Nadie, y menos aún la organista, era capaz de encontrar el canto de obertura. Nadie se lo sabía. Nadie podía cantarlo.

No hubo sermón, sólo anuncios.

El sacerdote presentó con orgullo al monaguillo caradura que iba a encender las dos velas de Adviento. Como todos constatamos, el monaguillo caradura ya las había encendido.

Durante la extensa plegaria de intercesión, el sacerdote siempre lee «peticiones» de los feligreses. Son papelitos

donde la gente escribe sus preocupaciones, súplicas u oraciones públicas, que se dejan en una caja antes de que empiece la liturgia. El sacerdote las lee una por una y nosotros replicamos justo después. «Por un niño nacido sano el 20 de noviembre —recitó el cura—, roguemos al Señor». Todos respondimos: «Te rogamos, óyenos». De pronto el cura interrumpió y confió a nuestras respetuosas cabezas: «¡Es el mismo niño por el que llevamos rezando los dos últimos meses! ¡Esta mujer no deja de quedarse embarazada!». Cuántas veces, cuantísimas veces paso un mal rato en la iglesia intentando reprimir una carcajada. Muchos días me vuelvo a casa muerta de risa por el camino. Después el sacerdote leyó la siguiente petición: «Por mi hijo, para que perdone a su padre. Roguemos al Señor». «Te rogamos, óyenos», respondimos con sumisión.

Una obra de teatro de instituto está más cuidada que este servicio que llevamos ensayando desde el año primero. En dos mil años, aún no hemos resuelto los contratiempos. Es más, los magnificamos. Semana tras semana presenciamos el mismo milagro: ese Dios es tan poderoso que puede aguantar la risa. Semana tras semana presenciamos el mismo milagro: ese Dios, por insondables razones, se abstiene de hacer trizas nuestra actuación de osos danzantes. Semana tras semana Cristo lava los pies sucios de los discípulos, agarra sus dedos y repite: «Lo creáis o no, está bien ser gente».

¿No es increíble?

Durante la comunión, el sacerdote me pasó una hostia que resultó estar pegada a otras cinco. Esperé a que dividiera el montón en trocitos mientras yo reprimía el impulso de ayudar. Justo a mi izquierda, durante toda la comunión, una mujer tocaba al piano la melodía de *Sonrisas y lágrimas* de un modo atronador.

LA TIERRA

Los exploradores del siglo XIX establecen las pautas de las expediciones polares. Envían barcos minuciosamente equipados a altas latitudes, pero enseguida se topan con los bloques de hielo y las tormentas equinocciales. El hielo envuelve la cubierta, los palos y los aparejos; los mástiles y el casco se sacuden; el mar se congela alrededor del timón y se fija al barco. Los primeros marineros tratan de embestir, serrar o derribar el hielo que encuentran a su paso hasta que se dan por vencidos y se adaptan al invierno. En el siglo XIX, el hecho de quedarse «incrustado» en el hielo podía suponer la muerte de la tripulación. Los últimos exploradores, en cambio, se anticiparon y aprendieron, por fin, a sacarle partido. A veces los oficiales y el personal de a bordo se dirigen por su propia seguridad hacia el campo de hielo flotante; clavan piquetas, alzan tiendas de campaña en el hielo y amontonan cajas de madera a modo de mesas y sillas.

Tarde o temprano, los supervivientes de ese invierno o del siguiente, o un grupo polar seleccionado, parten a

pie por la banquisa. Según las circunstancias, buscan un Polo o, en la mayoría de los casos, ayuda. Transportan provisiones, incluyendo barcas, en trineos que arrastran ellos mismos con cuerdas atadas a los hombros mediante arneses. Las expediciones al Polo Sur suelen partir de un campamento base establecido en tierra. En cualquier caso, el terreno es tan accidentado y los hombres están tan débiles a causa del escorbuto que el grupo sólo avanza unos cuantos kilómetros al día. A veces encuentran una isla donde vivir o morir de hambre durante el siguiente invierno; a veces regresan por seguridad, se topan con algún puesto de avanzada de la civilización o son rescatados por otra expedición. Con mucha frecuencia, cuando llega el buen tiempo y el hielo se fragmenta, vagan a la deriva acampados sobre un témpano flotante o saltan de trozo en trozo hasta que el último fragmento llega a tierra, se quiebra o se derrite.

En 1847, según el historiador polar L. P. Kirwan, el barco americano *Polaris* «quedó atrapado en un enorme bloque de hielo. Mientras lanzaban fuera de la maltrecha nave las provisiones, documentos, ropa y herramientas, la noche ártica lo arrastró con la mayoría de la tripulación a bordo. Los que quedaron atrás flotaron a la deriva sobre un bloque de hielo durante dos mil kilómetros hasta que los rescataron, hambrientos y aturdidos, frente a la costa de Labrador».

A los exploradores polares los escogían, como hoy a los astronautas, entre aclamadas y competitivas filas de hombres

fuertes, hábiles y sanos. Muchos de los líderes británicos, en particular, fueron hombres con una dignidad personal apabullante. Al leer los relatos del final de su vida, llama la atención su inagotable compromiso con los demás. Cuando el capitán Oates, miembro de la expedición de Scott, se sacrificó en la península antártica porque estaba ralentizando la marcha por culpa del lamentable estado de sus pies y salió de la tienda en plena noche de ventisca para morir congelado, dijo a los otros: «Voy a salir un momento, puede que tarde un poco».

Incluso en la intimidad de sus diarios y anotaciones, los exploradores polares mantienen una delicada reserva. En su diario, Ernest Shackleton describió sus emociones al ver, por primera vez en la historia de la humanidad, el continente ártico detrás de las montañas que rodean la barrera de hielo de Ross: «Observamos las nuevas montañas que se alzaban en aquel territorio desconocido que se extendía ante nosotros con una sensación de viva curiosidad no desprovista de pavor». Cabe preguntarse, después de leer un buen número de narraciones de primera mano como ésta, si no escogerían a los exploradores polares por el esplendor sobrio y solemne de su prosa o incluso si algunos eminentes victorianos, examinando su propio estilo narrativo, se dieron cuenta, tal vez consternados, de que debían partir a la exploración polar. Salomon Andrée, el piloto de globo sueco, se estaba muriendo de hambre en una isla del Ártico cuando confesó en su diario: «Nuestras provisiones deberían aumentar rauda y profusamente si queremos tener alguna perspectiva de aguantar durante un tiempo».

LA GENTE

Las nuevas liturgias episcopales y católicas incluyen un rito llamado «dar la paz». Aquí pueden salir mal varias cosas. Sé de una congregación de Nueva York que expulsó a un sacerdote porque insistió en que los feligreses se dieran la paz (que consiste simplemente en dar la mano al que está sentado a tu lado en el banco). Los hombres y mujeres de esta congregación tenían sus límites, y dar la paz los sobrepasaba. No soportaban eso de dar la mano a gente con la que mantenían enfrentamientos de toda la vida. Expulsaron al sacerdote y encontraron a otro más comprensivo con sus necesidades.

Las instrucciones para dar la paz consisten en que uno le da la mano al de al lado y dice: «La paz sea contigo». La otra persona te responde: «La paz sea *contigo*». Muy de vez en cuando alguien sólo contesta: «La paz». Hoy me he sentado junto a dos tarados adolescentes con bigotito. Cuando ha llegado el momento de darnos la paz, le he dado la mano a uno de ellos y he dicho: «La paz sea contigo», y me ha respondido: «Vale».

LA TECNOLOGÍA: LA EXPEDICIÓN FRANKLIN

La expedición Franklin fue el punto de inflexión en la exploración del Ártico. La expedición en sí no consiguió

nada y todos sus miembros murieron. Sin embargo, el fracaso de su regreso y el misterio de su paradero generó tanta publicidad en Europa y Estados Unidos que enviaron treinta barcos en busca de algún rastro de las embarcaciones o de la tripulación. Estos equipos de rescate exploraron y cartografiaron el Ártico por primera vez, dieron con el paso del Noroeste que Franklin había buscado y desarrollaron una tecnología adaptada a las condiciones del Ártico capaz de devolver a los exploradores con vida. La tecnología de la expedición de Franklin, por contra, estaba sólo adaptada a las condiciones de los clubs de oficiales de la Marina Real en Inglaterra. La expedición Franklin se mantuvo aferrada a su dignidad.

En 1845, Sir John Franklin y ciento treinta y ocho oficiales y tripulantes zarparon desde Inglaterra en busca del paso del Noroeste, a través del Ártico canadiense, hacia el océano Pacífico. Navegaron en dos buques de tres palos. Cada embarcación llevaba una máquina de vapor auxiliar y una reserva de carbón para doce días, en un viaje cuya duración prevista era de entre dos y tres años. Según L. P. Kirwan, en vez de más carbón, cada barco hizo hueco para una biblioteca de 1200 volúmenes, «un organillo que tocaba cincuenta melodías», vajilla de porcelana para los oficiales y la tripulación, copas de vino de cristal tallado y cubertería de plata de ley. Los cuchillos, tenedores y cucharas de plata de los oficiales eran de especial interés: la plata estaba profusamente decorada al estilo victoriano, con mangos muy pesados donde aparecían las iniciales y los escudos familiares de cada oficial. La expedición

no llevaba ropa especial para el Ártico, sólo los uniformes de la Armada de Su Majestad.

Los barcos zarparon con furia rodeados de pompa y boato. Franklin profirió su frase: «El mayor objeto de mi deseo es cumplir fielmente con mi deber». Dos meses más tarde un capitán ballenero británico se encontró con los dos barcos en el estrecho de Lancaster; informó a Inglaterra del buen ánimo de los oficiales y del resto de la tripulación. Fue el último europeo que los vio con vida.

Años después, la sociedad supo que muchos grupos de inuit —esquimales— presenciaron diversas escenas donde aparecían varios miembros, todavía vivos o ya muertos, de la expedición Franklin. Por ejemplo, algunos vieron a unos hombres empujando y tirando de un bote de madera por el hielo. Otros encontraron aquel mismo bote o uno parecido en un lugar llamado Starvation Cove junto a los restos de los treinta y cinco hombres que lo habían arrastrado hasta allí. En la bahía del Terror, los inuit encontraron una tienda sobre el hielo en cuyo interior había treinta cadáveres. En el estrecho de Simpson, un grupo de inuit fue testigo de un raro avistamiento: los tres mástiles de madera de una nave sobresalían por debajo de la banquisa.

Durante treinta años, los equipos de búsqueda recuperaron esqueletos por todo el mar congelado. El mismo Franklin —según se supo doce años después— había muerto a bordo. Con Franklin muerto, con los barcos atrapados en el hielo, invierno tras invierno, y con las provisiones agotadas, el resto de oficiales y de la tripulación decidieron buscar ayuda a pie. Para ello se equiparon con

el material existente en el barco; cuando encontraron sus cuerpos, hallaron también aquellos objetos elegidos. Junto a un montón de cadáveres congelados, por ejemplo, que dicho sea de paso presentaban señales de canibalismo, estaban los cubiertos de plata de ley grabados con las iniciales de los oficiales y sus escudos familiares. Un equipo de búsqueda encontró en el hielo, lejos de los barcos, una pinza sujetapapeles y un trozo del tablero de *backgammon* que Lady Jane Franklin le entregó a su marido como regalo de despedida.

Otro equipo de búsqueda encontró dos esqueletos en un bote sobre un trineo. Habían arrastrado el bote a lo largo de cien kilómetros. Junto a ellos había chocolate, varias armas, té y una gran cantidad de cubiertos de plata. Muchos kilómetros al sur, hallaron otro esqueleto, esta vez solo. Era un oficial congelado. Según Kirwan, llevaba en el bolsillo «una parodia de una saloma marinera». El esqueleto vestía uniforme: pantalones y chaqueta «de fino paño azul [...] rematados con galones de seda, con las mangas abiertas orladas con cinco botones forrados. Sobre el uniforme, llevaba un sobretodo azul, y un pañuelo negro de seda al cuello». Así era la expedición Franklin.

Sir Robert Falcon Scott, que murió en la península antártica, nunca se acostumbró a utilizar perros, y mucho menos a alimentarlos con otros perros o a comérselos, como solía hacerse. En su lugar, prefirió utilizar caballos ingleses, para los cuales llevaba heno. Scott pensaba que comer perros era inhumano; también creía, según él mismo escribió,

que cuando los hombres alcanzan el Polo sin ayuda, su viaje tiene «una concepción superior» y «la conquista es más noble y espléndida». Esta altura de espíritu, esta pureza, esta dignidad y autocontrol son la causa de que las cartas de despedida de Scott —halladas bajo su cuerpo— sean unos documentos tan conmovedores.

Menos conmovedores son los documentos de las expediciones polares que tuvieron éxito. Sus líderes recurrieron a la tecnología de los nativos que, como demuestran todos los libros sobre los inuit, «estaba adaptada a las condiciones más severas».

Roald Amundsen, que regresó triunfante del Polo Sur, viajó al estilo de los inuit; alcanzó una buena velocidad mediante trineos alimentando a unos perros con otros según un calendario determinado. Robert E. Peary y Matthew Henson llegaron al Polo Norte acompañados por cuatro inuit. Durante la expedición de Peary, los inuit se encargaron de los perros, construyeron iglús y proveyeron de prendas de foca y morsa a la expedición.

No existe el explorador polar solitario, por muy noble que sea su concepción.

LA GENTE

Llevo sólo un año asistiendo a la misa católica. Antes, la iglesia que me pillaba más a mano era una congregacional.

Semana tras semana, ascendía la larga escalinata hasta la pequeña iglesia, entraba y tomaba asiento junto a unos pocos de mis vecinos. Semana tras semana, me impresionaban el estado lamentable del suelo de linóleo desnudo de la sacristía, que ni las flores lograban alegrar, los terribles cánticos que tanto me gustaban, las extenuantes lecturas bíblicas, el renqueante vacío y el declive de la liturgia, la espantosa vacuidad del sermón y el desconcierto del monótono sinsentido que predominaba en todo el conjunto, probablemente originado por el asombroso hecho de que siguiéramos acudiendo; pero regresábamos; aparecíamos por allí; semana tras semana, continuábamos asistiendo.

Una vez, mientras recitábamos el gloria, la esposa de un granjero —a quien apenas conocía— y yo cruzamos fugazmente una mirada triunfante.

Hace poco he regresado a esa iglesia congregacional para un servicio ecuménico. Un sacerdote católico y el pastor ofrecieron la comunión con mosto de uva.

Ambos, el sacerdote y el pastor, eran profesionales, perros viejos. Trasteaban por allí con dignidad y aplomo. Se les veía en su salsa a la vez que desconcertados; estaban seguros de sí mismos y contenidos a la par que confusos y susurrantes. Oí lo que decían: «¿Dónde está? ¿No lo has traído?». «¡Yo pensé que lo traerías tú!».

El sacerdote, que era nuevo para mí, tenía unos sesenta y tantos años. Era alto, arrastraba su hastío con soltura, con una postura erguida y un buen control de la respiración.

Cuando se arrodilló ante el altar y también al levantarse, le crujieron las rodillas. Fue una espléndida música de iglesia, aquel crujir de rodillas.

LA TIERRA

Los exploradores polares —según entendemos por sus escritos— buscaban en los polos algo de lo sublime. La simplicidad y la pureza los atraían; partían para llevar a cabo tareas específicas en territorios sin contaminar. La austeridad de la tierra los sostenía. Alababan la belleza sobria del terreno como si de una cualidad moral o espiritual se tratara: «Muros glaciales de fría sublimidad», «Elevados picos perfectamente cubiertos de nieve eterna». Fridtjof Nansen hizo referencia a la «gran aventura del hielo, pura y profunda como el infinito [...], el recorrido eterno del universo y su muerte eterna». Esta prosa polar destila por doquier esas ideas de lo absoluto, de «eternidad», de «perfección» como si fueran una parte visible más del paisaje.

En parte acudían, como digo, para buscar lo sublime, y lo encontraban del único modo en que puede hallarse, tanto aquí como allí: alrededor de los límites, replegado en los vértices de los días. Porque eran personas —todos, incluso los británicos—, y a pesar de la pureza de sus concepciones, acarreaban su humanidad hasta los polos.

Acarrearon su carne frágil hasta los polos y se toparon con condiciones tan difíciles que, por ejemplo, los miembros

del equipo antártico de Scott tardaban varias horas en ponerse las botas cada mañana. Día y noche, libraban una batalla miserable, engorrosa y a veces fatal contra los dedos congelados de los pies, la diarrea, las encías sangrantes, el hambre, la debilidad, la confusión mental y la desesperación.

Acarrearon su tierno sinsentido humano hasta los polos. Según L. P. Kirwan, cuando Robert E. Peary y Matthew Henson llegaron al Polo Norte en 1909, Peary clavó allí, en el océano hecho hielo, la bandera de los «dekes», la fraternidad Delta Kappa Epsilon de Bowdoin College, donde él había estudiado.

Los exploradores polares han de adaptarse a las condiciones que encuentran. Han de adaptarse, por un lado, a las graves limitaciones físicas y, por el otro, a las vanas limitaciones emocionales, como el resto de los mortales. Lo más duro es llegar a un arreglo factible entre ambas. Si eres Peary y has planeado cada uno de tus movimientos hasta el último detalle, quizá puedas salirte con la tuya y llevarte al Polo Norte, si te apetece, una bandera de los «dekes». Después de dieciocho años de preparación, ¿por qué no darse ese pequeño gusto? Si eres un oficial de la expedición Franklin y no sabes qué estás haciendo ni dónde te encuentras, pero crees que no puedes comer si no es con cubiertos de plata, no vas a salirte con la tuya. Vayamos donde vayamos, sólo parece existir una cuestión: la de hallar arreglos factibles entre la sublimidad de nuestras ideas y lo absurdo de nuestra realidad.

Los exploradores polares hacían concesiones con sus necesidades emocionales. Los barcos de las expediciones

invernales solían llevar, *además* de combustible suficiente, el material necesario para publicar un periódico semanal. Los valientes hombres del Polo se sentaban al fresco en medio de la nada para leer en una fría tipografía sus propios cotilleos y los de sus compañeros de litera, en semanarios como el *Winter Chronicle and North Georgia Gazette* de Parry, el *Framsjaa* de Nansen o el *South Polar Times* y el *Blizzard* de Scott. También se divertían con producciones teatrales. Si te congelaste en el hielo de la isla de Ross, cerca de la Antártida, a bordo del *Discovery* de Scott una noche de pleno invierno de 1902, también tuviste oportunidad de ver la única representación de *Libertad condicional, una comedia hilarante en un acto*. Asimismo, si durante el invierno de 1819 fuiste miembro de la expedición del joven Edward Parry, atrapada en la banquisa ártica, también fuiste testigo de *Señorita adolescente,* la primera de una serie quincenal de obras de escandaloso éxito. Según Kirwan, Parry recalcó con indiferencia: «Estas representaciones proporcionaban a los hombres tal fuente de diversión que corroboraron nuestras expectativas sobre la utilidad del entretenimiento teatral». Y tú, comandante de la Marina Real Edward Parry: ¿acaso no te divertiste, aunque fuera un poco? ¿O es que con veintinueve años ya intentabas aferrarte a tu dignidad?

LA TIERRA

Dios no pide que renunciemos a nuestra dignidad personal, que apoyemos sin reservas a gente desconocida, que

nos perdamos y demos la espalda a todo aquello que no sea él. Dios no necesita nada, no pregunta nada, no pide nada, como las estrellas. Es la vida con Dios la que reclama esas cosas.

La experiencia demuestra al ser humano que si el conocimiento de Dios es el final, esos hábitos de vida no son los medios, sino la condición con la que funcionan los medios. No hay por qué hacer esas cosas, ni mucho menos. Siento decirlo: a Dios le importa un bledo. No tienes que hacer nada de eso... a menos que quieras conocer a Dios. Funciona en ti, no en él.

Tienes que sentarte fuera, en la oscuridad. Si quieres mirar las estrellas, te darás cuenta de que esa oscuridad es necesaria. Pero las estrellas no la requieren ni la reclaman.

LA TECNOLOGÍA

Es una cuestión de cálculo: ¿qué distancia puede recorrer alguien con determinado peso en forma de cubertería de plata? El ordenador se resiste al problema; hay demasiadas incógnitas. El ordenador hace sus propias preguntas: ¿quién es ese «alguien»? ¿Para qué grado de resistencia estamos haciendo el cálculo? ¿En qué condiciones camina ese alguien y en qué latitudes? ¿Con cuántos compañeros, con cuánta ayuda?

El momento álgido de la misa es la solemne declamación a media voz de unas cuantas frases conocidas como el «santo». Ya hemos confesado nuestros pecados con un murmullo profundo; ya nos hemos convertido en personas rotas y luego en personas enteras mediante nuestro consentimiento reticente a la proclamación de la misericordia de Dios por parte del sacerdote. Ahora, como siempre, repetiremos aturdidos y con voz queda el santo; lo repetiremos porque a eso vinimos:

Santo, santo, santo es el Señor,
Dios del universo,
llenos están el cielo y la tierra de tu gloria...

Si alguna vez te pierdes en el mar, es justo en este momento. Aquí los ojos se te vuelven y el sol pasa por encima de ti y la banquisa avanza bajo tus pies y la escena de hielo y mar incesantes se desarrolla, amplia e inadvertida, por el polo del planeta y sobre el borde del mundo.

Ahora, mientras nos diluimos en nuestra intimidad y estamos a punto de pronunciar las palabras del santo, el director del coro de las Flores Silvestres irrumpe en el escenario desde uno de los laterales. Levanto la cabeza. Avanza con unas zancadas enormes y entusiastas mientras el mástil de su guitarra sube y baja. Tras él, van apareciendo la mujer pelirroja de estilo *country*; la soprano, que para disimular su altura estira el cuello hacia delante

como un caballo; el chico introvertido; y el señor chino, que sostiene una pandereta como si se le hubiera quedado pegada a los dedos y se hubiera olvidado de ella. Se colocan juntos debajo del altar, a la derecha. No hay rastro del sacerdote.

Por desgracia, ay de mí, oh hermano, vamos a tener que *cantar* el santo. Por supuesto, no hay ninguna novedad en cantar el santo. El director del coro sonríe de un modo encantador. Hay un nuevo arreglo. Toca un acorde con la palma de la mano. El señor chino, con un vigor repentino, golpea la pandereta y se mira las manos con perplejidad. Tocan el santo tres o cuatro veces. La letra está un poco cambiada para adaptarla al ritmo ágil y animado de la música:

El cielo y la tierra
(el cielo y la tierra tierra tierra tierra tierra)
están llenos (llenos llenos llenos)
de tu gloria...

¿Debo unirme a la canción? ¿Debo guardarme sólo la cubertería de plata? Mi tablero de *backgammon*, lo reconozco, es una frivolidad. Renuncio a él. Lo dejaré aquí mismo, sobre el hielo. Pero ¿la plata? ¿El escudo de mi familia? ¿Un cuchillo, un tenedor, una cuchara para acarrearlos bajo la mirada de los cielos? Llevo años cargando con ella; diría que soy extremadamente fuerte. No se ría, ¡lo soy! No se ría, porque me hará reír a mí. La respuesta es no. Según parece, estamos cantando el santo y están

pasando el platillo. Creo que preferiría padecer la famosa noche oscura del alma antes que hallar en la iglesia el festival *folk* del espanto, pero estas preferencias puramente personales son de poca importancia y quedan fuera de lugar. Están pasando el platillo y dejo caer en él mis estudios; dejo caer mi rango en la Marina Real, mis mapas erróneos e incompletos, mi rechazo piadoso a comer perros de trineo, mi reloj, mis llaves y mis zapatos. Esperaba un juego de más categoría, no unas pequeñas lecciones morales, pero ¿quién puede discutir las condiciones?

«El cielo y la tierra tierra tierra tierra tierra», cantamos. El chico introvertido voltea la cabeza hacia un hombre que hay delante de mí, que debe de ser su padre. Por algún motivo inexplicable, la enorme soprano adolescente me mira exultante. Un leve estremecimiento sacude nuestro témpano de hielo flotante. Nos hemos separado de la banquisa; hemos cruzado el círculo polar ártico y nos arrastra la corriente.

LA TIERRA

Estamos hacinados sobre un témpano de hielo que viaja a la deriva por la negra extensión del mar del Polo. Los cielos y la tierra están llenos de unos terribles cánticos. Vemos que por encima de nosotros hay un brillo borroso e incoloro; a nuestros pies están el hielo, apagado y presuroso, y la neviza. El mar es negro y verde; cien mil témpanos e icebergs flotan a nuestro alrededor, giran y se

dispersan con la corriente hasta donde la vista alcanza. El viento es fresco, húmedo, y huele a sal.

Descubro que llevo puesto un uniforme de Keystone Kop. Examino mi sombrero: un gorro negro de policía con una estrella blanca de fieltro grapada en la cinta que rodea el ala. Mi chaqueta oscura de Keystone Kop tiene un bonito cinturón y una insignia metálica en el pecho. La funda esconde una pistola de juguete con un corcho atado a una cuerda y un rollo rojo de pistones. Voy descalza, pero no tengo frío. Estoy patinando sobre el hielo mientras canto y me choco contra la gente, que a su vez se chocan entre ellos porque el hielo resbala. «¡Perdón!», repito. «Uy, disculpe, lo siento».

Una grieta se abre bajo mis pies y separa en dos nuestro témpano. Salto con habilidad —o eso creo—, pero el impulso hace que mi trozo de hielo se aleje, de modo que acabo cayendo al agua. El señor chino extiende la mano para sacarme pero, ¡ay!, se resbala y cae él también. El señor chino y yo nos mantenemos a flote mientras cantamos y reunimos a más gente a nuestro alrededor. Necesitamos una compañía de payasos de circo para salir del agua. Reviso mi uniforme y compruebo que mi favorecedor sombrero está intacto, mis pantalones no parecen arrugados, pero el rollo de pistones se ha mojado. El señor chino está bien; les damos las gracias a los payasos.

Según escucho, a esta compañía de payasos les pagan muy mal. Van vestidos con ropa ancha y muy colorida; son un puñado de muchachos grandotes, espontáneos e inexpertos; bromean y se chocan con la gente. En uno de

los extremos del témpano, diez de ellos —de rojo, amarillo y azul— intentan trepar unos encima de otros para formar una pirámide humana. Es una estampa divertidísima, porque han colocado a los cuatro más pequeños en la base y el más alto y gordo está intentando alcanzar la cúspide. Los demás payasos hacen gimnasia; se revuelcan sobre el hielo y dan volteretas por los aires. Sus crucifijos vuelan por encima de los volantes de sus cuellos cuando saltan y les golpean en la calva cuando aterrizan. Ahora nuestro témpano es más pequeño y parece que la corriente nos arrastra aún más deprisa. No dejamos de arremeter contra los icebergs, que se sacuden con nuestros golpes. Algunos de los bloques de hielo se tambalean como sacos de boxeo y salpican una enorme cantidad de agua que desciende por sus costados azules cuando vuelven a su posición. La mujer de estilo *country* empuja algunos de los icebergs más voluminosos con una escoba. Los tarados del bigotito han encontrado o han traído un *frisbee* con el que juegan en el centro de nuestro témpano. Cerca de ellos, un grupo de personas, entre las que me incluyo, y varios de los payasos estamos corriendo. Nos tiramos en el hielo para caer sobre la espalda y deslizarnos por largas distancias como discos de *hockey*.

Ahora la música cesa y tomamos asiento en los bancos. Van a bautizar a un niño. Sobre nosotros el cielo se ilumina; no sé si eso significa que nos hemos dirigido más hacia al norte o que ya ha pasado la noche.

El niño se llama Oswaldo; es muy delgado y tendrá alrededor de un año. No dice esta boca es mía; parece adusto y tieso como una mojama. Sus padres —es el padre quien lo sostiene en brazos— y los padrinos, el cura y dos monaguillos están de pie sobre el hielo, entre la primera fila de bancos y la sacristía con suelo de linóleo. Apoyo los pies descalzos en el reclinatorio de terciopelo para no jugar con el hielo durante la ceremonia.

Oswaldo es medio filipino. Su madre es filipina, tiene los labios anchos muy pintados, y los ojos grandes; lleva una falda negra ajustada y zapatos de tacón. El padre se parece a Ozzie Nelson. Tiene el pelo rubio con ondas, la cara afable y bonachona, y la nariz grande y franca. Lleva una chaqueta de aviador de cuero marrón. Los padrinos son también filipinos; uno de ellos, que lleva un mono vaquero color pastel, hace muecas hacia la cámara con la que otro familiar toma fotos desde el pasillo central.

El niño tiene una pequeña cicatriz roja debajo de un ojo. Lleva un faldón bautismal de encaje blanco, zapatillas de tenis azules con la puntera blanca de goma y calcetines rojos.

El sacerdote unge la cabeza del niño con aceite y pronuncia varios artículos de fe ante los padres: «¿Creéis en Dios, Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra?». «Sí, creemos».

El sacerdote hace un gesto que atribuye a Jesucristo y explica que simboliza la apertura de los cinco sentidos del

niño al conocimiento de Dios. Mientras pronuncia una oración formal, coloca la mano con suavidad sobre la cara de Oswaldo y le toca sucesivamente los ojos, las orejas, la nariz y la boca. El niño parpadea. El sacerdote, cuya voz de cuando en cuando se pierde en su gorguera o es arrastrada por el viento, se muestra solemne y amable; sabe que el niño es muy mono, pero no va a imbuir de sentimentalismo la ceremonia.

Como nuestro témpano no para de girar, vemos desde los bancos los fragmentos de hielo, los icebergs tambaleantes, el mar polar obstruido y manso, y el cielo y la orilla iluminados de diversas formas que oscilan y dan vueltas con intensidad por detrás del grupo que rodea al niño. En cierto momento creo ver que un oso polar amarillento emerge del agua y trepa con tanta agilidad que parece estar resbalando hacia arriba. Luego, se lanza al agua con estrépito, se dirige hacia otro témpano más alejado y desaparece de mi vista.

Ahora los monaguillos traen un jarro, una palangana y una toalla de lino. El padre inclina a su hijo, que sigue rígido, sobre la palangana; el sacerdote le vierte el agua de la jarra sobre la cabeza; la madre lo enjuga con la toalla de lino y le envuelve la cabeza, de manera que parece haberse convertido, orgulloso, en un *swami*.

Para finalizar, el sacerdote saca una vela con la intención, creo, de que todos nos unamos en hermandad a Oswaldo, aunque en realidad no tengo ni idea, porque no estoy escuchando. Me fijo en las manos que sostienen el cirial. Cada uno de los asistentes coloca una mano

alrededor del candelero metálico: las manitas blancas de los acólitos en la base; las manos multicolores de las dos familias —la de Oswaldo y la de los padrinos— en fila, y las del sacerdote arriba del todo, como si acabara de ganar a suertes el derecho a batear primero en un partido de béisbol.

El niño domina la escena desde lo alto, sostenido por su padre, con los talones de las zapatillas apuntando hacia el suelo, deseoso de bajar. El padre lo agarra con fuerza con una mano mientras sostiene el candelero con la otra junto a la mano de su mujer. Entonces el sacerdote y los miembros de las Flores Silvestres, que están sentados, empiezan a aplaudir —¡un fuerte aplauso para todos los que están en el hielo!—; así que aplaudimos.

II

Han pasado meses; han pasado años. El terreno ganado se ha desvanecido. Se presentan nuevos obstáculos, flaqueza de espíritu, terror.

LA TIERRA

Es muy frecuente que los exploradores polares mueran de hipotermia, inanición, escorbuto o disentería; con menos frecuencia, contraen fiebre tifoidea (como le sucedió a Stefansson), se envenenan con la vitamina A del hígado

del oso polar o se intoxican con el monóxido de carbono producido por la combustión incompleta dentro de las tiendas selladas por la nieve. Como preludio de esas muertes, los exploradores polares pierden la sensibilidad en los pies. Los dedos congelados se les caen al quitarse los calcetines.

Particularmente sobrecogedora fue la muerte de un tal Joseph Green, astrónomo durante el primer viaje de Sir James Cook a esas latitudes. Enfermó a bordo. Una noche, «en pleno ataque de locura», tal y como informó un periódico de la época, se levantó de su camastro y «sacó las piernas por el ojo de buey, lo cual supuso la causa de su muerte».

El cadáver de Vitus Bering, que naufragó en 1740 en la isla de Bering, fue hallado años después en la nieve. La autopsia mostró que tenía piojos, escorbuto, y que murió de una «fístula rectal que le provocó gangrena gaseosa en los tejidos».

A lo largo de veinte años, treinta expediciones de búsqueda encontraron los cuerpos de varios miembros de la expedición de Sir John Franklin de 1845, en extrañas posturas, repartidos por el hielo del estrecho Victoria, la isla Beechey y la isla del Rey Guillermo.

Sir Robert Falcon Scott llegó al Polo Sur el 17 de enero de 1912 sólo para descubrir la bandera que Roald Amundsen había clavado allí un mes antes. Los cadáveres de Scott y de dos de sus compañeros aparecieron en la barrera de hielo de Ross, a dieciocho kilómetros al sur de uno de sus almacenes de víveres. Los cuerpos estaban

dentro de sacos de dormir. Los diarios y cartas de despedida de Scott, hallados bajo su cuerpo, indicaban que los otros dos murieron antes que él. Scott había sacado el torso del saco y se había abierto el cuello del anorak para dejar la piel al descubierto.

Por otra parte, nunca encontraron el cuerpo de Henry Hudson, el de su joven hijo ni el de otros cuatro hombres, a quienes unos amotinados del barco abandonaron a su suerte en un bote en la bahía de Hudson, sin comida ni herramientas, en el año 1610. Tampoco hallaron el cadáver del propio Sir John Franklin, el de Amundsen ni el de los diecisiete tripulantes que partieron hacia el Ártico en busca de una expedición italiana fallida. Ni los de Evans y Oates, de la expedición de Scott. Nunca hallaron a la mayoría de la tripulación ahogada del *Polaris* ni el cadáver de su comandante, que murió mientras viajaba en trineo por el hielo.

De la expedición estadounidense Greely, que viajó al Polo Norte, murieron todos los hombres menos seis. Al propio Greely, uno de los seis supervivientes, lo encontraron «a cuatro patas y con el pelo largo recogido en trenzas». De la expedición De Long, también de Estados Unidos, que se dirigía al Polo Norte en el *Jeannette*, murieron todos menos dos. Ni el barco ni el equipamiento aparecieron hasta tres años después del naufragio, cuando un groenlandés halló un par de pantalones de hule amarillo con el nombre del *Jeannette* en una playa al otro lado de la cuenca polar.

¿Por qué, cuando estamos en la iglesia, parecemos turistas alegres y descerebrados en un viaje organizado a lo absoluto?

Los turistas están tomando café y rosquillas en la cubierta C. Se supone que alguien se ocupa del barco, corrige su rumbo, esquiva los icebergs y escollos, alimenta los motores, observa la pantalla del radar, anota los partes meteorológicos que llegan por radio desde la costa. A nadie se le ocurriría pedir esas tareas a los turistas. Sin embargo, entre los turistas de la cubierta C que toman café con rosquillas se encuentran también el capitán, los oficiales del barco y toda la tripulación. Los oficiales charlan entre ellos, dicen palabrotas, se guiñan el ojo cuando alguien cuenta un chiste verde como hace el resto de la gente, ni más ni menos. Los miembros de la tripulación tienen acentos curiosos. Parece que se está levantando viento.

Por lo general, creo que los cristianos, salvo los de las catacumbas, no son lo bastante sensibles a las circunstancias. ¿Alguno tiene una idea remota de qué tipo de poder invocamos con tanta alegría? ¿O acaso, tal y como sospecho, nadie se cree una sola palabra de todo esto? Las iglesias son niños que juegan en el suelo con su set de química y elaboran una remesa de TNT para matar un domingo por la mañana. Es una locura llevar a la iglesia sombreros de

paja de señora y gorros de terciopelo; todos deberíamos llevar casco. Los sacristanes deberían repartir chalecos salvavidas y luces de Bengala, deberían atarnos a los bancos. Pues el Dios dormido podría despertarse un día y ofenderse y, una vez despierto, podría llevarnos a un lugar del que no regresaríamos jamás.

Los judíos jasídicos del siglo XVIII poseían más sentido común y más fe. Un matarife jasídico, cuyo trabajo requería invocar al Señor, se despedía cada mañana de su mujer y de sus hijos con lágrimas en los ojos antes de dirigirse al matadero. Todas las mañanas sentía que no los volvería a ver porque a diario, mientras sostenía el cuchillo, las palabras de su oración lo ponían en peligro. Al llamar a Dios, éste podría oírlo y destruirlo antes de que le diera tiempo a decir «ten piedad».

Otro jasid, esta vez rabino, se negaba a prometerle a su amigo que lo visitaría al día siguiente: «¿Cómo puedes pedirme que haga semejante promesa? Esta tarde debo recitar la oración "Oye, Israel". Cuando pronuncio esas palabras, mi alma se aproxima al límite máximo de la vida... Quizá esta vez tampoco muera, pero ¿cómo voy a prometer que voy a hacer algo después de rezar?».

FAUNA VARIADA

Insectos

Me gustan los insectos por su estupidez. Hay una avispa cartonera —del género *Polistes*— chocándose contra

la vidriera de mi derecha. El domingo pasado presencié esta misma imagen justo en el mismo sitio: «¡Psss! ¡Tú, boba! ¡Cariño! ¡Gira junto a la puerta!». Espero que le parezcamos igual de encantadoramente estúpidos a Dios, chocándonos contra las lámparas, corriendo como idiotas por el suelo, tropezando durante días con la bisagra de la puerta abierta. Ojalá. Aunque no parece probable.

Pingüinos

Según los visitantes, los pingüinos del Antártico son... adorables. ¡Mansos! ¡Graciosos!

Los turistas de la Antártida son, sobre todo, mujeres de cierta edad. Se bajan de las zódiacs de caucho de los cruceros con sus chaquetones prestados de colores chillones; se pasean por la grava con los ojos entornados, deslumbradas por el brillo del glaciar; exclaman lo mansos, lo graciosos, lo adorables que son los pingüinos; se hacen fotos unas a otras con los pingüinos de fondo y miran a su alrededor, muy contentas, en busca de algo más que ver.

Los pingüinos son adorables y la avispa cartonera de la vidriera es adorable, porque en ambos casos su imitación de la dignidad humana falla de manera evidente. ¿Qué probabilidad hay de que Dios encuentre adorable nuestra imitación fallida de la dignidad humana? ¿O acaso se hace el tonto? ¿Qué posibilidades tengo?

III

LA TIERRA

Hace varios años fui al alto Ártico y lo vi: el océano Ártico, el mar de Beaufort. En concreto me encontraba en la isla de Barter, dentro del círculo polar ártico, en la zona ártica de Alaska, al norte de North Slope. Me coloqué en la orilla y vi lo que allí había: un montón de franjas incoloras. A través de los prismáticos vi una enorme cantidad de franjas incoloras.

Parecía razonable denominar «cielo» a la franja incolora que se elevaba por encima de mí y «hielo» a la franja incolora que se extendía a mis pies, pues acertaba a ver dónde comenzaba. Es decir, distinguía mis zapatos, la orilla de grava negra y el hielo adyacente que el viento había lanzado contra la orilla. Era esta masa de hielo —brechas de hielo, crestas de presión y placas verticales flotantes, capas de hielo levantadas, inclinadas, congeladas entre ellas y amontonadas— lo que se prolongaba hasta el horizonte. Por más que parpadeara con todas mis fuerzas, no podía nombrar ninguna de las otras franjas. ¿Cuál era el horizonte? ¿Estaba viendo la tierra, el agua o su reflejo en las nubes bajas? ¿Me encontraba delante del famoso fenómeno «cielo de agua», de la «bruma ártica» o del «resplandor del hielo»?

Cuando era viejo, James McNeill Whistler solía bajar hasta la orilla del Atlántico cargado con unos cuantos

tablones finos y con pintura. Día tras día, pintaba en los tablones, con trazos gruesos, unas capas borrosas que representaban el cielo, el agua y la orilla: tres franjas difuminadas y luminosas. Son los últimos Whistlers; me encantan. En el alto Ártico me acordé de ellos, ya que tenía la impresión de estar en uno de esos cuadros. Si despegaba la vista de mis zapatos, de la grava que había bajo mis pies o del caos de hielo de la orilla, veía lo que probablemente vean los recién nacidos: nada, sólo variaciones incoherentes de luz en las retinas. El mundo era una pintura de campos de color que me envolvía a una distancia desconocida; dudé si dar un paso al frente.

En resumidas cuentas, en el Ártico no había un espacio tridimensional reconocible. Tampoco había tiempo. El sol nunca se ponía, pero tampoco salía. La constante luz tenue cambiaba cuando la capa de nubes se densificaba o se aclaraba de manera caprichosa. Las circunstancias hacían que los horarios de las comidas fueran aleatorios o imposibles. Dormía cuando tenía sueño. Al despertar, me adentraba en las franjas incoloras y los vientos cambiantes, donde la atmósfera se mezclaba con la distancia y donde la tierra, el hielo y la luz se difuminaban en el vapor ilusorio y helador que yo, ajena a todo aquello, respiraba. De vez en cuando un pájaro blanco surgía del vapor y chillaba. En pocas palabras, se trataba de lo que cualquiera llamaría una tierra bella; más bella aún cuando el cielo se aclaraba y el hielo resplandecía en el agua oscura.

LA TECNOLOGÍA

Lo que busco es el polo de inaccesibilidad relativa; llevo años buscándolo, en las montañas y a lo largo de las costas. El propósito de esta expedición es, como ya indicó el papa Gregorio I, «alcanzar a hurtadillas una pequeña fracción de esa luz inabarcable». ¿Cuántas veces he organizado esta misma expedición? ¿Cuántas veces mi absurdo barco ha partido hacia el Polo sin estar del todo calafateado?

LA TIERRA

«Estos sucesos son *ciertos*», leo en una historia británica de 1880 sobre la exploración Ártica. «Estos incidentes son *ciertos*: la tormenta, la placa de hielo a la deriva, el derrumbamiento del iceberg, el hundimiento del barco, la ruptura del gran témpano; estas escenas son *reales*: las extensas llanuras de hielo, los montículos escarpados, el risco repleto de pájaros, el glaciar que se extiende en la distancia».

La exploración polar ya no está tan de moda como en la época de la expedición de Franklin, cuando los turistas de las playas de Brighton se apiñaban ante los desiertos árticos pintados en los escaparates de las tiendas y miles de

londinenses abarrotaban los jardines de recreo de Vauxhall para contemplar una maqueta de los mares polares. Nuestra atención ahora está en otro sitio, pero la tierra impregnada de luz sigue existiendo: yo la he visto.

LA TECNOLOGÍA

En el siglo XIX, un hombre dedujo la existencia de la Antártida.

Por aquella época, nadie en la Tierra estaba seguro de que hubiera una masa de territorio austral, a pesar de que el americano Charles Wilkes decía haberla visto. Algunos geógrafos y exploradores especulaban que no había tierra, sólo océano Antártico congelado; otros defendían la existencia de dos grandes islas cercanas al Polo. De hecho, no se proclamó que allí había un continente hasta 1935.

En 1893, un tal John Murray presentó ante la Real Sociedad Geográfica de Londres la idea de que existía un continente antártico. El barco de su expedición, el *Challenger*, jamás alcanzó a verlo. Su deducción se basaba enteramente en los dragados del fondo y en los sondeos realizados. En su presentación propuso la existencia de un gran continente y mostró un mapa especulativo de éste. Describió con exactitud la topología del territorio ignoto: la meseta central, con su sistema de altas presiones permanente, el enorme glaciar enfrentado al océano Glacial Antártico, las cordilleras volcánicas en una de las costas y

las montañas más bajas y colinas en la otra. Estaba en lo cierto.

Así pues, la deducción es posible, aunque ya no esté tan en boga. Hay numerosas técnicas para explorar las altas latitudes. Por ejemplo, existe una denominada «expedición a la deriva».

Cuando el par de pantalones de hule amarillo de la tripulación del *Jeannette* apareció al cabo de tres años en Groenlandia después de que se hubieran perdido al norte de Rusia central, el explorador noruego Fridtjof Nansen manifestó interés ante tal acontecimiento. Basándose en el trayecto recorrido por los pantalones, determinó la dirección probable de la corriente en la cuenca polar. Organizó entonces una expedición a la deriva: en 1893 llevó su barco, el *Fram*, hacia la banquisa y, una vez allí, esperó a que la corriente lo arrastrara hacia el norte y, según sus cálculos, a través del Polo. Durante casi dos años, él y doce tripulantes vivieron a bordo del barco mientras el océano de hielo los transportaba. Nansen escribió en su diario: «Anhelo regresar a la vida... Los años pasan aquí... ¡Ay!, a veces esta inactividad te abate el alma; la vida parece tan oscura como la noche invernal del exterior; la luz del sol no baña más que el pasado y el tan distante futuro. Siento como si *tuviera* que atravesar esta ausencia de vida».

La corriente no los condujo al Polo, así que Nansen y uno de sus compañeros partieron en primavera con trineos de perros y kayaks para alcanzar el Polo a pie. Sin embargo, como las condiciones sobre el hielo eran

demasiado duras, después de alcanzar una latitud norte récord giraron en dirección sur, hacia tierra firme, y pasaron el invierno en una cabaña de piedra en la tierra de Francisco José alimentándose de carne de oso. Al llegar la primavera, regresaron por fin a la civilización después de casi tres años.

La de Nansen fue la primera de varias expediciones a la deriva. Durante la Primera Guerra Mundial, los miembros de una expedición ártica canadiense acamparon en una placa de hielo de once kilómetros por veinticuatro; viajaron a la deriva durante seis meses a lo largo de más de seiscientos kilómetros por el mar de Beaufort. En 1937, un avión depositó a una expedición soviética sobre una placa de hielo cerca del Polo Norte. Los cuatro científicos soviéticos vagaron a la deriva durante nueve meses mientras su placa, al chocar repetidas veces contra el hielo encallado, se deshacía en trozos cada vez más pequeños.

LA TIERRA

Declaro que he vuelto a partir.

Los días se precipitan con significados. Las esquinas se amontonan con poesía; sistemas vacíos completos esparcen el hielo.

LA TECNOLOGÍA

Un tal teniente Maxwell, miembro de la segunda expedición polar de Vitus Bering, escribió: «Nunca te sientes a salvo cuando navegas por aguas completamente ignotas».

Los cartógrafos denominan los espacios en blanco de los mapas «bellas durmientes».

En las cartas de navegación veo el símbolo de los escollos y, a su lado, el símbolo «P. D.». El que está a mi lado en el banco, un tarado con bigote que tiene experiencia con cartas marinas y que sabe de navegación astronómica, me dice que las iniciales corresponden al término «Posición Dudosa».

LA TIERRA

Para averiguar la ubicación precisa de un Polo, escoja una noche oscura y despejada. Determine, mediante navegación ordinaria, la posición del Polo en un área de varios metros cuadrados. A continuación, coloque en esa área, sobre el hielo, una serie de cámaras. Apunte con las cámaras hacia el cenit celeste y deje los obturadores abiertos. Revele la película. La imagen de la cámara situada justo en el Polo mostrará el giro de las estrellas como una serie de círculos concéntricos perfectos.

LA TECNOLOGÍA

Tengo predilección por la soledad, por el silencio y por lo que Plotino denominaba «el vuelo del solo al Solo». Tengo predilección por la soledad. Sir John Franklin tenía, según parece, predilección por el juego del *backgammon*. ¿Algo de todo esto se adapta a las condiciones requeridas?

Abandonas tu hogar y tu país, dejas tu barco y te alejas de tus compañeros de tienda mientras dices: «Voy a salir un momento; puede que tarde un poco». A lo lejos, la luz de la ventisca te atrae. Caminas y un día te adentras en el extenso corazón del silencio, donde las tierras se disuelven, los mares se convierten en vapor y los hielos se subliman bajo estrellas desconocidas. Es el final de la Vía Negativa, el límite carente de luz donde las vertientes del conocimiento menguan y donde el amor, por su propio bien, carente de objeto alguno, comienza.

LA TIERRA

Me he cubierto de silencio y espera. He dejado mi barco y he emprendido el camino a pie por el hielo polar. Llevo cronómetro y sextante, tienda, hornillo y combustible, carne y grasa. Para el agua, fundo las esquirlas de hielo que se desprenden de la banquisa; el agua salada se vuelve dulce cuando se congela. Duermo cuando no puedo

seguir avanzando. Camino con una brújula rumbo al norte geográfico.

Camino por el vacío; oigo mi respiración. Veo mi mano y la brújula, veo el hielo, tan vasto que forma un arco, veo la cima del planeta que se curva y su baja atmósfera sujeta en el descenso. Los años pasan aquí. Camino, la luz como un puñado cualquiera de aurora; soy ligera como las velas de un barco, como una sucesión de franjas incoloras; grito: «¡Cielo y tierra indistinguibles!», y la corriente que discurre bajo mis pies me arrastra, camino.

La ventisca es como una cortina; me adentro en ella. La nieve, azotada por el viento, se me amontona en los ojos. No hay nada que ver ni que saber. Espero en la tienda durante semanas, perdida a la deriva y vacía, mientras la tormenta se aplaca. Un día termina, recojo la tienda y echo a andar. La tormenta ha pulido el aire; las nubes se han levantado; el sol rueda por el cielo como un pez en un cuenco redondo, como un guijarro en un cubo, como un nadador o como una melodía que se lanza y se repite, se repite hasta la saciedad en todas direcciones por encima de nuestras cabezas.

Me llamo Silencio. Silencio es mi vivac y mi cena, que tomo a sorbos de un bol. Por las mañanas me visto con ristras sueltas de piedras. Mis ojos son piedras; una esquirla de la banquisa me llena la boca. Mi cráneo es una cuenca polar; en mi cerebro crecen glaciares, icebergs, hielo graso y témpanos. Los años pasan aquí.

Muy a lo lejos están las aguas abiertas. No sé qué estación es ni cuánto tiempo he caminado por el silencio

como un túnel que se ensancha ante mí hacia los brazos abiertos del horizonte, expandidos como el agua. Camino hacia el borde de la banquisa, hacia la orilla que pare témpanos y los lanza al agua negra y verde; me quedo en el borde y miro al frente. Una descamación en forma de columnas, que se extiende hasta donde mi vista alcanza, araña el mar y se desmorona cuando un pedazo de hielo o de nieve la sacude. Las placas de hielo flotantes son gruesas, algunas tan grandes como países. Por mi lado pasa un témpano plano desde el cual alguien me tiende un remo. Agarro la pala del remo y salto. Aterrizo sobre la placa larga.

Nadie habla. Aquí, en la proa de la placa de hielo, los payasos coloridos se han apuntalado al hielo con piquetas y cuerdas, se han atado de las muñecas y los tobillos al hielo y yacen bocarriba y en silencio. Entre ellos, e igualmente amarrados, se encuentran varios chicos y chicas, algunas mujeres y unos cuantos hombres de diferentes países. Uno de ellos es Nansen, el explorador noruego que navegó a la deriva. Una de las mujeres no deja de abrir y cerrar los puños. Uno de los payasos se ha abierto el cuello del anorak para dejar la piel al descubierto. Paso varias horas deambulando entre estas personas atadas con la intención de regresar más tarde para ocupar mi lugar.

Más adelante, descubro al sacerdote, el sacerdote que dio la comunión con mosto durante un servicio ecuménico hace varios años en otro país. Está muy viejo. A solas, sobre un retazo de nieve veteado por el viento,

se arrodilla, se pone de pie, se arrodilla, se pone de pie, se arrodilla. No muy lejos de él, en un lateral de la placa de hielo, está sentado sobre un cajón de madera el deductor, John Murray. Poco a poco, deja caer una plomada por la borda. Lleva puesto el antiguo gorro de piel de un Doctor de la Razón, como el que Erasmo lleva en su retrato; según parece, si alguna vez regresara y presentara sus hallazgos, quedaría en ridículo a causa de su sombrero. El capitán Oates de Scott también está aquí; no tiene pies. Él es quien salió de la tienda para salvar a sus amigos. Ahora, lleno de dignidad, maneja una vela de lino cuadrada; ha clavado el mástil de madera en un montículo en medio del barco.

Creo que oigo música proveniente de la popa; me pongo en marcha, pero tengo que dormir varias veces para llegar hasta allí. Ya no uso la tienda. Cada vez que me despierto, examino la placa de hielo y el horizonte del océano en busca de señales: señales de la banquisa que dejamos atrás, de las aguas abiertas, de tierra firme o de cualquier inclemencia. Nada cambia; sólo está el mar verde y el hielo flotante, el mar negro en la distancia salpicado de icebergs y un viento constante desde detrás que huele a sales minerales desconocidas provenientes de algún fondo marino.

Por fin llego hasta la amplia popa de la placa de hielo, con su enorme litoral colgante, su muchedumbre, sus numerosas fogatas. Hay niños que llevan bebés en brazos, y hombres y mujeres que se pintan la piel y tratan de ver sus reflejos en el agua a sotavento. Cerca de la orilla hay un

piano vertical de madera y un banco con un listín telefónico. Una mujer está sentada sobre el listín y toca el santo con gran estrépito. El viento se levanta. Estoy cantando a pleno pulmón por puro placer.

Hay muchos payasos; uno de ellos reparte galletas de las Girl Scouts, pero están todas pegadas. Me entero de que hace poco Sir John Franklin y su tripulación han subido a bordo de esta placa, al igual que la tripulación del desaparecido *Polaris* y del *Jeannette*. Los hombres, cuyos uniformes antiguos provocan miradas de envidia, están hambrientos. Algunos comienzan a jugar con el monaguillo caradura. Uno de los tripulantes lleva al muchacho sobre la espalda por el borde del piano, donde lo suelta para comerse un montón de galletas pegadas sentado en el banco al lado de la pianista bajita, cuyos pies descalzos no llegan a los pedales, quizá por culpa de la guía telefónica. Comienza a tocar *Sonrisas y lágrimas*. «¿Te sabes algo de Bach?», le digo a la pianista, cuyas piernas parecen estar muy enredadas con las del tripulante hambriento. «¿Algo de Mozart? ¿O quizá "Cuán grande es Él"?». Un oficial esquelético que lleva un pañuelo negro de seda al cuello ha encontrado al almirante Peary, que es reconocible en la distancia debido a la curiosa bandera que sostiene. Peary y el oficial están organizando un espectáculo de talentos y comedia. Cuando se dirigen a mí, me ofrezco voluntaria para cantar «Antonio Spangonio, el torero vagabundo» o para leer un fragmento de un relato corto; dicen que luego me contestan.

Cristo, que se cree que todos somos pingüinos, posa en cuclillas para hacerse una foto. Se agacha con su túnica

entre el director del coro de las Flores Silvestres, que trata de decidir cuál es el mejor ángulo para sostener la guitarra ante la cámara, y la mujer del granjero, que no despega la mirada de sus uñas de los pies pintadas hasta que el padrino filipino que tiene la cámara dice «¡patata!». La mujer de estilo *country*, mientras canta, consigue aplastar una galleta sobre el pequeño Oswaldo. El pequeño Oswaldo, de pie con su faldón de encaje y sus zapatillas de tenis azules, está en el centro del círculo de los exploradores y los desconcierta.

Descubro que llevo una pandereta en la mano. A lo lejos, en el frágil horizonte, veo icebergs entre las placas de hielo. Veo icebergs tabulares, témpanos marinos y, entre ellos, grietas oscuras en el agua. Por encima de mí, en la parte inferior de la espesa cubierta de nubes, hay franjas incoloras y oscuras que reflejan remansos de aguas abiertas en la distancia. Golpeo la pandereta y canto todo lo que toca la pianista; ahora suena «On Top of Old Smoky». Golpeo la pandereta y acompaño la canción con tanto ruido que la gente comienza a alejarse. Pero ¿cómo podría alguien entre nosotros bajar el tono? Nos acercamos al Polo.

VIVIR COMO COMADREJAS

La comadreja es salvaje. ¿Quién sabe qué piensa? Duerme en su madriguera subterránea con la cola sobre el hocico. A veces se pasa allí dos días seguidos sin salir. Fuera, caza conejos, ratones, ratas almizcleras y pájaros: mata más cuerpos de los que es capaz de comer aún calientes y, en ocasiones, se lleva a casa los cadáveres. Obedeciendo a su instinto, muerde a la presa en el pescuezo: le parte la vena yugular o le aplasta el cerebro en la base del cráneo, pero no deja que se escape. Un naturalista se negó a matar a una comadreja que le había clavado los dientes en la mano tan hondo como una serpiente de cascabel. Como no había forma de deshacerse del pequeño animal, tuvo que caminar con la comadreja colgando durante casi un kilómetro hasta llegar a un lugar con agua y meter la mano para que ésta se desprendiera como una etiqueta obstinada.

En una ocasión, según cuenta Ernest Thompson Seton, un hombre disparó a un águila en pleno vuelo. Al examinarla, descubrió que llevaba el cráneo seco de una comadreja enganchado por las mandíbulas en el cuello. Se supone que el águila se había abalanzado sobre la comadreja y ésta, al revolverse, le había clavado los dientes en el cuello, como le dicta su instinto, y casi gana la pelea. Me habría gustado ver a esa águila por el aire semanas o meses antes de que le dispararan: ¿llevaría la comadreja entera colgada del cuello como un collar de pelo? ¿O quizá el águila se comió hasta donde consiguió alcanzar, destripó a la comadreja viva con las garras, inclinó el pico y limpió sus hermosos huesos aerotransportados?

He estado pensando en las comadrejas porque la semana pasada vi una. Asusté a una comadreja que a su vez me había asustado a mí, e intercambiamos una larga mirada.

Cerca de mi casa, en Virginia, hay una laguna, la laguna de Hollins. Abarca casi una hectárea de una llanura cercana al arroyo Tinker, con quince centímetros de agua y quince mil nenúfares. A un lado de la laguna hay una autopista y, al otro, el nido de una pareja de patos joyuyos. Debajo de cada arbusto se esconde un agujero de rata almizclera o una lata de cerveza. Al fondo discurren una serie de praderas y bosques, serpenteados por los surcos embarrados de las motocicletas donde las tortugas silvestres ponen sus huevos.

Una tarde de la semana pasada, con la puesta de sol, caminé hasta la laguna y me senté en un tronco cerca de

la orilla. Estaba observando los nenúfares a mis pies, que temblaban y se separaban para abrirle el paso a una carpa. A mi derecha apareció una curruca amarilla y echó a volar por detrás de mí. Me llamó la atención; me di la vuelta y, al instante, sin saber muy bien cómo, estaba mirando a una comadreja, que a su vez me miraba a mí.

¡Una comadreja! Nunca había visto una en libertad. Tenía unos veinticinco centímetros de largo, era delgada como una curva, una cinta musculosa, castaña como la madera de un frutal, de pelo suave, alerta. Su cara era feroz, pequeña y puntiaguda como la de un lagarto; podría haber sido una buena punta de flecha. Por debajo de la barbilla, tal vez dos pelos marrones más abajo, empezaba el pelaje blanquísimo que se extendía por toda su parte inferior. Tenía dos ojos negros que yo no veía, del mismo modo que uno no ve una ventana.

La comadreja que emergió de detrás de un enorme rosal silvestre que crecía a poco más de un metro de distancia estaba estupefacta e inmóvil. Yo, sentada en el tronco y doblada hacia atrás, estaba estupefacta e inmóvil. Nuestros ojos quedaron candados y alguien tiró la llave.

Nuestra mirada fue como la de dos amantes o dos enemigos mortales que se encuentran inesperadamente en un sendero frondoso mientras iban pensando en sus cosas: un golpe clarificador en el estómago. También fue un golpe radiante en el cerebro o un repentino choque de cerebros, con toda la carga y el chirrido íntimo de dos globos que se frotan. Vació nuestros pulmones. Derribó el bosque, movió

los campos y drenó la laguna; el mundo se desmanteló y se precipitó por aquel agujero negro de ojos. Si tú y yo nos mirásemos de ese modo, el cráneo se nos partiría y se nos caería de los hombros. Pero no. Seguimos con nuestro cráneo.

Desapareció. Esto fue hace sólo una semana y ya no recuerdo qué rompió el encantamiento. Creo que parpadeé, creo que salvé mi cerebro del cerebro de la comadreja e intenté memorizar lo que estaba viendo, de modo que la comadreja sintió el tirón de la separación, el amaraje tambaleante en la vida real y la corriente urgente del instinto. Desapareció por debajo del rosal. Esperé inmóvil, con la mente llena de información y el espíritu lleno de súplicas, pero no regresó.

Por favor, que nadie me hable de «conflicto de aproximación-evitación». Os digo que estuve en el cerebro de esa comadreja durante sesenta segundos y que ella estuvo en el mío. Los cerebros son lugares privados que murmuran a través de unas cintas únicas y secretas; pero la comadreja y yo nos conectamos simultáneamente a una cinta diversa durante un espacio de tiempo delicioso y estremecedor. ¿Y qué le hago si la cinta estaba en blanco?

¿Qué sucede en su cerebro el resto del tiempo? ¿En qué piensa una comadreja? No lo va a decir. Su diario de a bordo consiste en rastros en el barro, un salpicón de plumas, sangre y huesos de ratón: dispersión, inconexión, hojas sueltas, desorden.

Me gustaría aprender a vivir o recordar cómo vivir. Para ser franca, vengo a la laguna de Hollins no tanto para

aprender a vivir como para olvidar. Es decir, no creo que sea capaz de aprender a vivir de un animal salvaje en particular —¿debería chupar sangre caliente, mantener la cola erguida, caminar con precisión sobre las huellas de mis manos?—, aunque sí podría aprender algo de su despreocupación, de la pureza de vivir con los sentidos físicos, de la dignidad de vivir sin prejuicios ni motivo. La comadreja vive en la necesidad y nosotros vivimos en la elección, odiamos la necesidad y al final morimos en sus garras de la forma más innoble. Me gustaría vivir como debo vivir, que es lo que hace la comadreja. Y sospecho que, para mí, el modo de conseguirlo es el mismo: abrirme al tiempo y a la muerte sin sufrimiento, percibirlo todo, no recordar nada, elegir lo que viene dado con una voluntad feroz e incisiva.

Perdí la oportunidad. Debí ir directa a la garganta. Debí arremeter contra aquella veta blanca por debajo de su barbilla y aferrarme, aferrarme a ella a través del barro, bajo el rosal, aferrarme por una vida más preciada. Podríamos vivir bajo el rosal, salvajes como comadrejas, mudos y carentes de entendimiento. Yo podría asilvestrarme con toda tranquilidad. Podría vivir dos días en la madriguera hecha un ovillo, tendida sobre pelo de ratón, husmeando huesos de pájaro, parpadeando, lamiendo, respirando almizcle con el pelo enredado en las raíces de la hierba. El subsuelo es un buen sitio donde acudir, allí la mente está sola. El subsuelo está fuera, más allá de tu adoradísima mente, más cerca de tus despreocupados sentidos.

Recuerdo el mutismo como un ayuno prolongado y vertiginoso donde cada momento es un banquete de mensajes recibidos. El tiempo y los acontecimientos se sirven sin más, inadvertidos e ingeridos de forma directa como sangre bombeada hacia mis tripas a través de una vena yugular. ¿Podrían vivir dos así? ¿Podrían vivir dos bajo el rosal silvestre y explorar la laguna de manera que la mente lisa de cada uno esté tan constantemente presente para el otro y sea tan aceptada e inadvertida como la nieve que cae?

Bien sabes que podríamos. Podemos vivir de la forma que queramos. La gente hace votos de pobreza, castidad y obediencia —incluso de silencio— por elección. Lo importante es seguir tu llamada de un modo determinado, con destreza y flexibilidad, para hallar el punto más tierno y vivo donde conectarse a esa pulsación. Está cediendo, no luchando. La comadreja no «ataca» a nada; la comadreja vive como se supone que debe vivir, cediendo en cada momento a la perfecta libertad de la simple necesidad.

Creo que sería bueno, apropiado, obediente y puro que agarrásemos nuestra necesidad y no la soltásemos, que nos arrastrase dondequiera que fuera. Entonces ni siquiera la muerte, donde irás sin importar cómo vivas, podrá separarte. Agárrala y deja que te agarre, que te levante incluso, hasta que te ardan los ojos y se te caigan; deja que tu carne almizcleña se desprenda a jirones, deja que tus huesos se desencajen y se dispersen por los campos, por los bosques, con suavidad, sin pensar, desde cualquier altura, tan alto como las águilas.

EN LA SELVA

Como en cualquier otro lugar a desmano, el río Napo, en la selva ecuatoriana, parece lo bastante real cuando estás allí, parece incluso céntrico. ¿A desmano de *qué*? Me encontraba sentada en un tocón, en plena noche, a las afueras de un pueblo de cabañas de hoja de palma situado a orillas de uno de los afluentes del Amazonas. ¿A desmano de la vida humana, de la sensibilidad o de la mirada del cielo?

De entre las sombras profundas de las hojas, un chotacabras emitió tres notas prolongadas y guardó silencio. Los hombres que me acompañaban hablaban en voz baja en pequeños grupos: tres de ellos eran norteamericanos, y otros cuatro los ecuatorianos que nos estaban enseñando la selva. Teníamos bebida fresca y observábamos, perezosos, una tarántula del tamaño de una mano que cazaba polillas junto a la única bombilla del cobertizo que protegía un generador.

Era febrero, mediados de verano. Unas luciérnagas verdes salpicaban luces por el aire e iluminaban durante segundos, aquí y allá, los pálidos troncos de los árboles enormes y solitarios. Más abajo, las aguas pardas del río Napo crecían en absoluto silencio: se arremolinaban en la orilla arenosa y enredaban su espuma con las lianas que arrastraban del bosque y con las raíces que giraban en la orilla.

Cada exhalación de la noche poseía un olor suave, más húmedo y dulce que cualquier cocina, jardín o cuna. Cada estrella de Orión parecía temblar y revolverse con mi respiración. De repente, en la casa de paja que estaba al fondo del claro donde nos encontrábamos, uno de los sacerdotes jesuitas del pueblo comenzó a tocar una canción sin letra con una flauta, una melodía lírica, en tono menor, que serpenteaba por la explanada, se prendía a las copas de los grandes árboles, enmudecía nuestra conversación en la orilla y vagaba sobre el río hasta disolverse corriente abajo.

Con eso basta, pensé. Con eso basta para un fin de semana, para una estación o para un hogar.

El jesuita que tocaba aquella música triste con la flauta sabía más que nosotros. Éramos cinco periodistas estadounidenses cuyos gustos examinaba una empresa turística. «Ahí vienen», debió de pensar. Los habitantes del poblado eran caboclos, colonizadores de ascendencia principalmente mestiza que cultivaban la tierra y pescaban con aparente inocencia y simplicidad. La empresa turística

estaba pensando en construir un hotel flotante para esta zona: un gran barco desde el cual los pasajeros podrían hacer excursiones a tierra. Y así fue. Sabíamos que Texaco había penetrado en este remoto enclave de otro mundo; Texaco había construido nuestra práctica pista de aterrizaje en la selva. Nadie sabía que destrozarían la región durante los siguientes veinte años y después se largarían. Dejaron cientos de fosas de residuos rezumando arsénico y lo que la Escuela de Salud Pública de Harvard denominó «altos niveles cancerígenos por filtraciones en la capa freática». Dejaron tuberías rotas y reses, cerdos y aves de corral muertas. Dejaron una capa de aceite negro encima de la gente, de las casas y de la tierra que cultivaban. Un tribunal americano designó a un experto que sugirió a Texaco (propiedad de Chevron) que pagara entre siete y dieciséis mil millones de dólares por los daños causados. ¿Quién sabe qué deuda podría hacer mella en los beneficios actuales de la industria petrolera? A día de hoy, el caso está en los tribunales (30 de abril de 2008).

Aquella noche, más tarde, me solté las trenzas y me cepillé el pelo con suavidad, no por mí, sino para que las niñas del pueblo pudieran peinarme a la mañana siguiente.

Cuando desembarcamos por la tarde, nada más llegar, me había sentado en un escalón a la sombra lamentando no saber algo de español o de quechua para charlar con el corro de niñas que me miraban y bajaban la vista una y otra vez. Aun así, me puse a hablar y comencé a juguetear con mi pelo, que era obvio que se morían por tocar; me eché a reír y enseguida se pusieron a hacerme

trenzas, las cinco niñas, con sus cincuenta dedos en mi cabeza, trenzas hasta en el flequillo. A continuación, las deshicieron y empezaron de nuevo entre risas mientras me enseñaban palabras en español buscando mi mirada y la mirada de las demás con claro regocijo. Sus hermanos pequeños, entre tanto, vestidos con pantalones vaqueros, habían bajado de los árboles donde se encontraban y le daban patadas a una pelota de voleibol acompañados por uno de los norteamericanos.

En ese momento, mientras me peinaba en la pequeña tienda, otro de los hombres, un escritor de Manhattan, hablaba en voz baja. Nos contaba la historia de su vida, su trabajo en Hollywood, su apartamento en la Gran Manzana, su casa en París... «Me pregunto —dijo— qué hago en una tienda bajo un árbol en este pueblo, junto al río Napo, en plena selva ecuatoriana». Después de una pausa, añadió: «Me pregunto por qué *volver*».

Uno no va a un sitio como el río Napo, en Ecuador, para ver algo espectacular, sino, simplemente, para ver lo que hay allí. Sólo estamos en el planeta una vez y lo lógico es que nos hagamos un poco con el entorno. Que nos hagamos con la periferia y los recovecos donde tiene lugar la vida, con la cuenca del Amazonas, que cubre medio continente, y con la vida que —allí, como en cualquier otro lugar— siempre se vive, por fuerza, de manera pormenorizada: en los afluentes, en los pueblos de las orillas, chupando esta guayaba concreta en esta sombra concreta.

Lo que hay allí es interesante. El río Napo es ancho (quiero decir: más ancho que el Misisipi), pardo, opaco, y baja con espuma, troncos y ramas de la selva. Las garzas blancas se encorvan entre los restos de árboles muertos de la orilla y los loros forman bandadas que entran y salen de la luz como flechas. Bajo el agua se ocultan anacondas —que tienen fama de llevarse a varios niños del pueblo cada año—, boas de agua, rayas, cocodrilos, manatíes y peces de carne tierna.

Las aguas poco profundas descubren franjas grises de arena sobre las que los nativos construyen cabañas de palma pequeñas y arqueadas, del tamaño de una tienda de campaña, para pernoctar durante los viajes de pesca. Ves a gente extraordinariamente limpia (se baña dos veces al día en el río y lleva el pelo, negro y liso, siempre recién lavado) que baja por el río remando y se acerca a las orillas.

A principios de siglo, algunos de los indios de esta región dormían desnudos en hamacas. Las noches son frías allí. Gordon MacCreach, un americano que exploró estos afluentes del Amazonas, relató su sorpresa al oír a los indios levantarse a las tres de la madrugada. Más sorprendido aún se quedó cuando, una noche tras otra, los oía bajar al río despacio, medio dormidos, y bañarse en el agua. Sólo más tarde se enteró de lo que hacían en realidad: se estaban calentando. El frío los despertaba; se calentaban en el río, que siempre estaba a treinta y dos grados; después, regresaban a sus hamacas y dormían durante el resto de la noche.

Las orillas son bajas y desde el río se ve un muro continuo de bosque oscuro en todas direcciones, desde los Andes hasta el Atlántico. Uno se acostumbra a ver los árboles: árboles adornados con nidos oscilantes de turpiales amarillos, árboles de los que cuelgan nidos de hormigas del tamaño de sacos de trigo como bocios negros, árboles desde los que salen revoloteando tangaras de siete colores, árboles de coral, tecas, guanos y árboles del pan, enormes ceibas emergentes y palmeras samona de corteza clara.

Cuando estás en el interior de la selva, lejos del río, dejas de distinguir los árboles. Cuesta acordarse de mirar más allá de los largos troncos para observar los abanicos, tiras, frondas y ramilletes de hojas lustrosas. En el interior de la selva es más fácil percibir la maraña de trepadoras y enredaderas alrededor de los troncos; las bromelias en flor y las epifitas en cada hueco de las ramas principales; los fantásticos troncos de las ceibas de diez o doce metros de ancho, apuntalados con contrafuertes de madera cuyas curvas forman las tres altas paredes de una habitación, una sombría estancia con ventilación margosa donde podrías vivir —o morir— tan ricamente. Las mariposas, de un azul iridiscente, de rayas o con las alas claras, se abren paso por los senderos de la selva a la altura de los ojos. A tus pies discurre una ringlera de hormigas que transporta trozos triangulares de hojas verdes. Esas hormigas con sus hojas parecen una gran flota de veleros, aunque ellas no se dispersan. Se tambalean por el suelo de la selva avanzando en todas direcciones hasta donde la vista alcanza. Seguí su rastro fuera del sendero tan lejos como

me atreví, pero no logré averiguar dónde acababan las hormigas ni los pedacitos verdes de proa inclinada que transportaban.

Escondidos en la jungla, pero presentes, hay tapires, jaguares, muchas especies de serpientes y lagartos, ocelotes, armadillos, titíes, monos aulladores, tucanes, guacamayos y cientos de otras aves, ciervos, murciélagos, pecaríes, carpinchos, agutíes y perezosos. También en esta selva, aunque a distintas distancias, hay torres de perforación y tuberías de Texaco, y algunos de los indígenas más salvajes del mundo provistos de cerbatanas: en 1956 mataron a unos misioneros y se los comieron.

Grandes lagos brillan en la selva. Recorrimos uno de ellos en cayucos, unas canoas con cinco centímetros de francobordo impulsadas por remos tallados con machete a partir de los contrafuertes de las ceibas y, en aguas poco profundas, por cañas de bambú peladas. Nuestro guía, que era medio indígena, había despejado el camino hacia el lago el día anterior; cuando lo recorrimos, vimos que había empalado una cabeza de boa con la boca abierta junto a las canoas a modo de decoración.

El lago era maravilloso. Las garzas, garcillas e ibis se paseaban por las orillas herbosas, los martines pescadores y los cucos aleteaban con estruendo desde las zonas soleadas a las sombrías, unas aves grandes que parecían pavos armaban escándalo desde las ramas caídas, y los halcones descansaban sobre nuestras cabezas. Teníamos todo el tiempo del mundo. Una tortuga se deslizó hacia el agua. El muchacho que iba en la proa de mi canoa

tiraba piedras a los pájaros con una simple honda fabricada con una correa de goma y una tira de cuero. Apuntaba con mucho estilo hacia objetivos en movimiento y siempre fallaba; los pájaros quedaban fuera de su alcance. Volvió a guardarse la honda en la camisa. Miré a mi alrededor.

Las aguas del lago y del río son opacas como las hojas de la selva pluvial: velos, persianas, pantallas pintadas. Sólo ves las cosas por sus efectos. Vi que el agua de la orilla se agitaba y las hierbas se balanceaban por encima de un paiche, un pez negro y enorme de esa zona; la semana anterior habían atrapado uno de más de ciento noventa kilos. En los lagos también viven pirañas y anguilas eléctricas. Dejé que me colgaran los dedos sobre el agua pensando que tal vez mereciera la pena.

Por la noche comeríamos pollo en el pueblo, arroz, yuca, cebolla, remolacha y montones de fruta. El sol bajaría y arrastraría la oscuridad tras de sí como una cortina. El crepúsculo es breve, y los pájaros ocultos del anochecer son melancólicos, misteriosos, te roban el corazón. Las dos monjas, con sus deslumbrantes hábitos blancos —la joven, de figura bonita; la mayor, con el rostro afable—, se deslizarían por la oscuridad para abrir el aula de cañas y palma y darían comienzo a los cánticos infantiles. Los niños cantarían en un tono agudo y puro «Nearer My God to Thee», en quechua, muy deprisa. (Para compensarles, nosotros cantamos «Old MacDonald Had a Farm», ya que creí que reconocerían el sonido de los animales. Por supuesto, pensaron que habíamos perdido la chaveta). Cuando los niños se pusieron nerviosos con sus propios

cánticos, se levantaron de los bancos de madera para pulular alrededor de las monjas brincando y sonriéndonos —todo el mundo sonreía—. A las monjas se les encendía la cara bajo la cofia, las voces claras de los pequeños no dejaban de cantar y el techo de hojas de palma vibraba.

El río Napo no está a desmano. Está muy a mano, atrapa la luz del sol del mismo modo que una taza atrapa el agua que se vierte; es un cuenco de aire dulce, un recipiente de verdor, de gracia y —podría parecer— de paz.

EL CIERVO EN PROVIDENCIA

Estábamos cuatro estadounidenses en la selva, en la selva ecuatoriana a orillas del río Napo, en la cuenca del Amazonas. Además de mí, los otros tres eran hombres de ciudad. Nos quedábamos en tiendas de campaña en un poblado de la ribera y visitábamos otros pueblos. En uno de ellos, llamado Providencia, nos encontramos algo que nos conmovió y que impresionó a los hombres.

Lo primero que vimos cuando trepamos por la orilla del río para llegar a Providencia fue el ciervo. Estaba atado a un árbol en un claro de hierba cerca de la cabaña de paja donde íbamos a comer.

El ciervo era pequeño, del tamaño de un cervatillo de cola blanca, pero parecía adulto. Una cuerda le rodeaba el cuello y tres de las patas. Alguien dijo que los perros lo

habían atrapado por la mañana y que los habitantes del pueblo iban a cocinarlo y a comérselo por la noche.

Aquella explanada se extendía al final del pequeño poblado de cabañas de paja. Veíamos a los habitantes que, sumidos en sus quehaceres, esparcían forraje de maíz para las gallinas delante de sus casas y bajaban hacia el río para bañarse. El jefe del pueblo era nuestro anfitrión; permanecía junto a nosotros mientras observábamos al ciervo forcejear. Varios niños se mostraban interesados en el animal; formaban parte del círculo que lo rodeaba en la explanada, al igual que los cuatro hombres de negocios de Quito que trataban de guiarnos por la selva. De las diversas personas que formábamos aquel círculo, unas pocas hablaban la misma lengua. Observamos al ciervo, pero nadie dijo nada.

El ciervo yacía de costado en el extremo de la cuerda, tan tensa que no le permitía apoyar la cabeza en el suelo de tierra. Era bonito, de huesos delicados, como todos los ciervos, y con una piel fina adaptada a los trópicos. De hecho, en apariencia carecía de pelo y tenía el pellejo casi traslúcido, como una membrana. Su cuello no era más ancho que mi muñeca y estaba desollado por el roce de la cuerda. Al intentar librarse de su atadura, se había arañado el cuello con las pezuñas. En la parte inferior presentaba unas franjas rojas, y varias magulladuras en los músculos. En aquel momento tenía tres de las patas enganchadas en la soga, por debajo de la mandíbula. Como es lógico, era incapaz de sostenerse sobre una sola pata,

de modo que no podía moverse para destensar la cuerda, aflojar así la presión en el cuello y apoyar la cabeza.

El ciervo se quedaba inmóvil una y otra vez, con los ojos velados, con el único movimiento de su caja torácica y el único sonido de su respiración. Luego, después de que yo pensara: «Ya no puede más, se va a morir», volvía a agitarse. La cuerda vibraba; las hojas del árbol castañeteaban; la pata libre del ciervo golpeaba el suelo. Retrocedimos un paso y contuvimos el aliento. Se revolvía, pataleaba, pero sólo se le movía una pata; las otras tres se estiraban más aún, enredadas con la cuerda. La cadera se le estremecía, la columna se le sacudía. Se le ponían los ojos en blanco; la lengua, espesa por la saliva, entraba y salía. Después volvía a quedarse quieto. Así lo observamos durante quince minutos.

En un determinado momento, tres niños nativos se hicieron cargo, le soltaron las patas y regresaron al círculo de gente. Pero al instante el ciervo comenzó a rascarse de nuevo con las pezuñas y las patas delanteras se le volvieron a enredar en la cuerda. Era fácil imaginar que la tercera y la cuarta pata no tardarían en engancharse también, como en *El hermano conejo y el muñeco de alquitrán.*

Contemplamos al ciervo desde el círculo y después nos alejamos para comer. Nuestro cobertizo de palma se encontraba sobre un promontorio herboso desde donde lo veíamos atado al árbol, a los cerdos y gallinas paseando entre las casas del poblado y a unas reses blancas y negras junto al río. Corría incluso la brisa.

El almuerzo, que era la segunda comida que hacíamos ese día, era caliente y frito. Nos pusieron un pescado grande llamado «doncella», una especie de bagre rebozado en harina de maíz y huevo batido. Cogimos con los dedos trozos blandos del lomo del pez para servírnoslos en el plato y nos los comimos; su carne era delicada, fresca y tierna. Alguien encontró la hueva, de la cual también comí: era gorda y más fuerte, como yema de huevo, y estaba caliente.

También había un estofado de carne y arroz, con una salsa marrón clara. Yo había preguntado qué tipo de ciervo era el que estaba atado al árbol; Pepe me había contestado en español: «Gama». Nos explicaron que aquello también era gama, esta vez guisada. Imagino que es un tipo de venado. En cualquier caso, oí que los perros del poblado habían acorralado a otro ciervo justo el día anterior, que era el que nos estábamos comiendo en ese preciso instante mientras observábamos al animal atado. Estaba bueno. Me sorprendió su ternura. Es bien sabido que los altos niveles de ácido láctico, acumulados en los tejidos musculares durante el esfuerzo, ablandan la carne.

Después del pescado y la carne comimos plátanos fritos troceados y servidos en una fuente; eran dulces y muy sabrosos. Yo me sentía estupendamente. Tenía la camisa húmeda y fresca por el baño en el río; aquella noche había dormido bien, durante el día había dado dos buenos paseos, comido tres veces y nadado: todo muy agradable.

De vez en cuando, uno de nosotros miraba más allá del techado que nos daba sombra hacia el lugar donde el ciervo seguía convulsionando entre el polvo, bajo el sol. Cuando terminamos de comer, pasamos al lado del ciervo para regresar a nuestras embarcaciones.

Aquella noche me enteré de que, mientras contemplábamos al ciervo, los demás me estuvieron observando.

Los cuatro norteamericanos habíamos congeniado en la selva de un modo muy diferente a la habitual intimidad artificial de los viajeros. Nos gustábamos. Nos pasamos toda aquella noche hablando, susurrando, como si nos balanceáramos en hamacas suspendidas en el tiempo. Los otros tres venían de grandes ciudades: Nueva York, Washington, Boston. Todos dijeron que no había expresión alguna en mi rostro cuando contemplábamos al ciervo o, mejor dicho, no la expresión que ellos esperaban.

Me habían mirado para ver cómo yo, la única mujer y la más joven del grupo, reaccionaba ante aquel espectáculo del ciervo forcejeando. Según parece, yo me mostraba distante, dura, tranquila, puede que concentrada. No lo sé. Estaba pensando. Recuerdo haberme sentido muy vieja y llena de energía. Diría, como Thoreau, que he viajado mucho por Roanoke, Virginia. He pensado muchísimo en la dieta carnívora; yo como carne. Estas cosas no son temas de discusión; son misterios.

Caballeros urbanitas, ¿qué os sorprende? ¿Que haya sufrimiento o que yo sepa que existe?

Nos tumbamos en la tienda y seguimos charlando. «Si mi mujer hubiera estado allí —dijo uno de ellos con mucho énfasis—, no le habría importado *nada* de lo que sucedía; lo habría dejado *todo* en ese momento para poner patas arriba el poblado entero hasta que el animal hubiera dejado de sufrir. Ella no habría *soportado* ver a una criatura agonizando de ese modo».

Asentí.

Ahora estoy en casa. Cuando me levanto, me peino delante del espejo del tocador. Todas las mañanas, durante estos dos años, veo en ese espejo, junto a mi cara de sueño, el rostro ennegrecido de un hombre quemado. Se trata de una fotografía de una agencia de noticias, recortada de un periódico, que pegué al espejo con cinta adhesiva. El pie de foto dice: «Alan McDonald en la cama del hospital de Miami». Lo único que se ve en la foto es un triángulo borroso de cara que abarca desde los párpados hasta el labio inferior; el resto son vendas. No se distingue la expresión de sus ojos, ya que las vendas los tapan.

La noticia, titulada «Un hombre quemado por segunda vez», comienza así:

> —¿Por qué Dios me odia? —pregunta Alan McDonald desde su cama de hospital—. Cuando la pólvora explotó, no me lo podía creer —añade—. No daba crédito a lo que sucedía. Dije: «No, Dios no puede hacerme esto otra vez».

Se encontraba en una unidad de quemados de Miami, en estado grave. Ni siquiera sé si sobrevivió. En su momento le escribí una carta lamentándolo.

Ya se había quemado antes, trece años atrás, con gasolina ardiendo. Había estado años arreglándose el cuerpo y recomponiéndose la cara mediante docenas de operaciones. Pasó de ser un muchacho a ser un muchacho quemado. El devenir de los acontecimientos, los giros de la vida, ya le habían golpeado una vez.

En una ocasión leí que la gente que sobrevive a quemaduras graves tiende a enloquecer; presenta una tasa de suicidio muy alta. La medicina no logra aliviar el dolor; los fármacos son expulsados, mojan la cama, porque no hay piel que los retenga. Estas personas se limitan a permanecer tumbadas y a llorar. Luego se matan. Antes de quemarse, no sabían que el mundo incluía semejante sufrimiento, que la vida podía proporcionarles tanto dolor.

En esa segunda ocasión, a McDonald le había explotado un recipiente con pólvora.

> Al principio no me di cuenta de lo que sucedía —relató—. Pero después oí el mismo sonido de hace trece años. Estaba ardiendo. Rodé para apagar el fuego y pensé: «Dios mío, otra vez no». Si mi amigo no hubiera estado conmigo, habría saltado a un canal con una piedra atada al cuello.

Su mujer concluye así el artículo: «Colega, esto no es justo».

Todas las mañanas leía la noticia completa. Ahí está la clave, cada pieza del mecanismo. ¿Podría alguien, por favor, explicarles a Alan McDonald y al ciervo de Providencia lo que sucede sin burlarse de ellos? Y que me envíe una copia.

Cuando pasamos junto al ciervo de Providencia por última vez, le dije a Pepe con una mirada compasiva: «Pobrecito». Pero estaba practicando mi español. En ese momento sabía que era una ridiculez decir tal cosa.

ENSEÑARLE A HABLAR A UNA PIEDRA

I

La isla donde vivo está llena de gente tan estrafalaria como yo. En lo alto de un barranco, en una casucha de tablas de cedro, hay un hombre de treinta y tantos años que vive con una piedra a la que trata de enseñar a hablar.

Este asunto es objeto de muchas habladurías, como no podía ser de otra manera, si bien es cierto que la mayoría de ellas es superficial y proviene de los más jóvenes. De hecho, por aquí casi todos respetan lo que Larry hace, yo también, por eso voy a proteger su intimidad y a alterar algunos detalles. Por ejemplo, este hombre (o mujer) podría estar intentando enseñar a hablar a un puñado de arena o a un viento del norte persistente o a una determinada ola. Pero no, os aseguro que es a una piedra. Se trata de un canto de playa ovalado —porque lo he visto— del

tamaño de una mano abierta, de color gris oscuro, con una veta blanca en su perímetro y, presumiblemente, en su interior; a este tipo de piedras las llamamos «piedras de los deseos» por razones oscuras aunque imaginables.

La guarda en una estantería. Por lo general está envuelta en un trozo de cuero sin curtir, como un canario que duerme bajo un trapo. Larry le quita la cubierta para darle clase o, siendo más precisos, para el ritual o rituales que ambos realizan varias veces al día.

Nadie sabe qué sucede en esas sesiones, y menos yo, que sólo conozco a Larry por una confusión que tuvimos una vez con el correo. Doy por hecho que, como en cualquier otra empresa relevante, el ritual implica sacrificio, supresión de la vergüenza y una tendencia precisa de la voluntad a tornarse transparente y hueca, un canal para el trabajo. Deseo que le vaya bien. Se trata de una tarea noble, mucho mejor, se mire por donde se mire, que vender zapatos.

Hay distintos rumores acerca de lo que él espera que diga la piedra. No creo que pretenda que hable como nosotros, que nos describa su larga vida y sus muchas o pocas sensaciones. Creo que más bien intenta enseñarle a decir una sola palabra, como «taza» o «tío». Para tal fin no ha grabado, como algunos sugieren, una pequeña boca en la piedra ni le ha puesto ningún tipo de cámara con la que expeler aire. Yo diría —y creo que es un acierto por su parte— que tiene previsto iniciar en esta tarea a su hijo, un niño que vive con la exmujer de Larry, para que la labor continúe y dé fruto después de su muerte.

II

El silencio de la naturaleza es su único comentario, y cada escama del mundo es una astilla de ese palo mudo e inmutable. Los chinos dicen que vivimos en el mundo de las diez mil cosas. Lo que cada una de esas diez mil cosas nos grita es, precisamente, nada.

Dios se enfurecía con los israelitas por acudir a los bosques sagrados. Ojalá yo encontrara uno. Martin Buber dijo: «La crisis de toda la humanidad primitiva llega con el descubrimiento de lo fundamentalmente no sacro, de lo ajeno a lo sagrado, que resiste los métodos y que no tiene "hora", un ámbito que no deja de crecer». Ya no somos primitivos; ahora el mundo entero parece profano. Hemos agotado la luz de las ramas en el bosque sagrado, la hemos extinguido de los lugares elevados y de la ribera de los arroyos sacros. Como pueblo, hemos pasado del panteísmo al panateísmo. El silencio no es nuestra herencia sino nuestro destino; vivimos donde hemos decidido vivir.

El alma puede pedirle a Dios cualquier cosa y no fallar nunca. Puedes pedirle a Dios su presencia, demandarle sabiduría, y recibir ambas cosas de sus manos. O puedes pedirle a Dios, con las palabras de uno de esos carteles jocosos de las tiendas, que no se vaya enfadado, pero que se vaya. Eso fue justo lo que hizo una gran familia de nómadas en Israel hace un tiempo. Oyeron la palabra

de Dios y les pareció demasiado estrepitosa. La generación del desierto estaba en el Sinaí; fue testigo la espesa oscuridad donde se encontraba Dios: «Y todo el pueblo percibía los truenos y relámpagos, el sonido de la trompeta y el monte que humeaba». Se llevaron un susto tremendo. Entonces le pidieron a Moisés que le suplicara a Dios, por favor, que nunca les volviera a hablar directamente. «Que no hable Dios con nosotros, no sea que muramos». Moisés captó el mensaje. Y Dios, como se compadeció de la timidez de aquella gente, accedió. Accedió a no hablarles nunca más. Y le respondió a Moisés: «Ve y diles: "Volved a vuestras tiendas"».

III

Resulta difícil reparar el daño que hemos causado y reclamar que regrese a nuestra presencia algo que hemos pedido que se marche. Cuesta mucho profanar un bosque sagrado y luego cambiar de opinión. Las santas montañas guardan silencio. Ya apagamos la zarza ardiente y ahora no podemos reavivar sus llamas; encendemos cerillas debajo de cada árbol verde que encontramos, pero es en vano. ¿Antes el viento chillaba y las colinas lanzaban gritos de alabanza? Ahora la palabra ha desaparecido de entre las cosas inertes de la tierra y las cosas vivas dicen muy poco a muy pocos. Puede que los pájaros emitan dulces galimatías y los monos griten; que los caballos relinchen y los cerdos hagan, como bien sabes, oinc, oinc. Pero eso

también lo hacen las piedras cuando la ola retrocede y el trueno cuando se quiebra el aire durante las tormentas eléctricas. A esos ruidos los llamo silencio. Puede que siempre que haya movimiento haya ruido, como cuando una ballena sale a la superficie y golpea el agua, y que siempre que haya quietud haya una vocecita aún más silenciosa, Dios hablando desde el torbellino, los viejos cantes y bailes de la naturaleza, el espectáculo que trajimos de la ciudad. De todas formas, lo único que podemos hacer, por mucho que nos esforcemos, es intentar enseñar una lengua humana determinada, el inglés, a los chimpancés.

En los años cuarenta, un psicólogo americano y su esposa trataron de enseñarle a hablar a una chimpancé. Al cabo de tres años, la criatura era capaz de pronunciar, con un susurro ronco, las palabras «mamá», «papá» y «copa». Después de tres años más de entrenamiento, seguía diciendo, únicamente y con dificultad, «mamá», «papá» y «copa». Los logros más recientes en la enseñanza de la lengua de signos a chimpancés son bien conocidos. Justo el otro día un chimpancé nos contaba, si somos capaces de creer que de verdad compartimos un vocabulario, que por la mañana estuvo triste. Lamento que se lo preguntáramos.

¿Qué hemos estado haciendo durante todos estos siglos, sino intentar llamar a Dios para que regrese a la montaña o, tras fracasar en el intento, sacarle una palabra a cualquier cosa que no seamos nosotros? ¿Qué diferencia hay entre una catedral y un laboratorio de física? ¿Acaso no están diciendo ambos: «Hola»? Espiamos a las ballenas

y las ondas de radio de los objetos interestelares; nos dejamos morir de hambre y rezamos hasta ponernos azules.

IV

He estado leyendo sobre cosmología comparada. En la actualidad, la mayoría de los cosmólogos son partidarios del esquema de la evolución del universo descrito por Lemaître y Gamow. Sin embargo, yo prefiero una antigua propuesta de Paul Valéry. Fue él quien expuso la idea de que el universo podría tener «forma de cabeza».

Las montañas son grandes campanas de piedra que resuenan todas juntas. ¿Quién mandó callar a las estrellas? En el telescopio de Palomar se ven con facilidad mil millones de galaxias; colisionan unas contra otras, por supuesto. Pero esas colisiones son deslizamientos muy largos y silenciosos. Miles de millones de estrellas se cruzan sin tocarse, demasiado distantes para siquiera advertirlo, tan despreocupadas como siempre, silentes. El mar declara algo, una y otra vez, con un susurro ronco; no logro entenderlo. Pero Dios sabe que lo he intentado.

En cierto momento les dices al bosque, al mar, a las montañas, al mundo: «Estoy preparada». Ahora me detendré y prestaré toda mi atención. Te vacías y esperas, escuchas. Al cabo de un tiempo lo oyes: allí no hay nada. No hay nada más que esas cosas, esos objetos creados, discretos, independientes, que crecen o se mantienen, que se balancean, que reciben la lluvia o la forman, que retienen,

inundando o menguando, permaneciendo o esparciéndose. Percibes la palabra del mundo como una tensión, un zumbido, una única nota a coro que es la misma en todas partes. Ahí lo tienes: ese zumbido es el silencio. La Naturaleza profiere un sonido, sólo éste. Los pájaros e insectos, los prados, pantanos, ríos, piedras, montañas y nubes: todos lo hacen; todos no lo hacen. Hay una sonoridad en el silencio, una supresión, como si alguien amordazara al mundo. Pero esperas, dedicas toda tu vida a escuchar, y nada sucede. El hielo avanza, el hielo retrocede, y no se produce más que esa única nota. La tensión, o la ausencia de ella, es intolerable. El silencio en realidad no es supresión; es todo lo que hay.

V

Estamos aquí para ser testigos. No hay nada más que hacer con esos materiales mudos que no necesitamos. Hasta que Larry le enseñe a hablar a su piedra, hasta que Dios cambie de opinión o hasta que los dioses paganos regresen a sus bosques en las colinas, lo único que podemos hacer con todo ese despliegue inhumano es observarlo. Podemos llevar a cabo nuestros actos en el planeta —construir ciudades en sus llanuras, poner diques a sus ríos, plantar en su suelo—, pero nuestra significativa actividad apenas cubre el terreno. No utilizamos los cantos de los pájaros, por ejemplo. No nos comemos a muchos de ellos; no podemos hacernos sus amigos; no

podemos convencerles de que coman más mosquitos o planten menos semillas de hierba. Sólo podemos ser sus testigos, sean quienes sean. Si no estuviéramos aquí, serían cantos de ave perdidos en el bosque. Si no estuviéramos aquí, los acontecimientos materiales, como el paso de las estaciones, carecerían del mínimo significado que somos capaces de atribuirles. El espectáculo tendría lugar dentro de una casa vacía, como todas esas estrellas que caen durante el día. Por eso salgo a pasear: para vigilar las cosas. Y por eso fui a las islas Galápagos.

Todo esto se vuelve muy evidente en las Galápagos. Las Galápagos están ahí sin más. Emergieron del océano, algunas plantas crecieron en ellas, algunos animales llegaron hasta ellas y evolucionaron hacia formas extrañas, y allí siguen, sean quienes sean, en todo su apogeo. Puedes ir, observar lo que sucede e intentar entenderlo. Las Galápagos son una especie de laboratorio de la metafísica casi exento de la cultura y la historia humanas. Suceda lo que suceda en esas rocas volcánicas, ocurre a plena vista, haya alguien observando o no.

Lo que pasa es eso, algo tan insignificante como eso: las nubes vienen y van, las estaciones se suceden; un cerdo se come a una tortuga o no se la come; las olas del Pacífico rompen y retroceden; un liquen se expande; la noche sigue al día; un albatros muere y se seca en un acantilado; una corriente fría se eleva desde el fondo del océano; los peces se multiplican, las moscas zumban, las estrellas suben y bajan y los pájaros buceadores bucean.

Dicho de otro modo, las novedades estallan en las playas. Y los receptores de todo son los árboles. Los palos santos se apiñan en las laderas como cualquier público al aire libre; estos árboles están frente a las lagunas, frente a las tierras bajas de lava, frente a las costas.

Conozco bastante bien esos palos santos. Me interesan como emblemas del mutismo de la actitud humana con respecto a todo lo no humano. A nosotros nos veo como palos santos, palos sagrados, que contemplamos juntos todo lo que se nos ofrece mientras crecemos en silencio.

En las Galápagos, me llevó mucho tiempo fijarme en los palos santos. Al igual que el resto de la gente, me centré en los leones marinos. A mis compañeros de barco y a mí nos gustaban los leones marinos y envidiábamos sus vidas. Su alegría parecía consciente. Se dedicaban a tiempo completo a jugar. Todos estaban gordos o muertos, no había término medio. De día jugaban en la sombra, a solas o en grupo, saludándose y saludándonos con fuertes ruidos de júbilo, o se acercaban a la orilla para hacer surf, exultantes, sobre las olas. De noche, en la arena, se tumbaban sobre las aletas de los demás y dormían. Todos bromeábamos de vez en cuando diciendo que, cuando «regresáramos», sería bajo la forma de un león marino. Yo estaba de acuerdo. El juego del león marino parecía insuperable.

Pero un año y medio después regresé a aquellas islas deshabitadas. En aquel intervalo, mi afecto hacia ellos había cambiado, el recuerdo que guardaba de los leones marinos se había alterado de la manera en que se alteran

los recuerdos, como unas piedritas multicolores que ruedan arriba y abajo sobre una rejilla de forma que, al cabo de un tiempo, aquellas piedras tan brillantes y duras que creías que nunca perderías acaban desapareciendo, colándose por la rejilla, y sólo te quedan unas cuantas piedras más gordas e inesperadas que ya no pasan desapercibidas como antes, sino que las eliges por su significado amplio y desconocido.

Tal fue el caso de los palos santos. Antes, no había pensado en ellos. Tan sólo eran kilómetros de árboles moribundos sobre los acantilados de lava roja de unas islas desiertas. Tan sólo eran un nombre en un cuaderno: «Palos santos: esos árboles blancos extraños». ¡Mira los leones marinos! ¡Mira los cormoranes incapaces de volar, los pingüinos, las iguanas, la puesta de sol! Pero después de dieciocho meses, los maravillosos cormoranes, los pingüinos, las iguanas, las puestas de sol e incluso los leones marinos se habían colado por mi corazón agujereado. Regresé a las Galápagos para ver los palos santos.

Son árboles delgados, pálidos y ramosos. Caminas entre ellos por las tierras bajas desérticas, donde crecen junto a las chumberas. Los ves desde el agua, sobre las pendientes que dan al mar, en grupos de cientos, pequeños, finos y extendidos, tan claros en comparación con el suelo rojo que cualquier fotografía en blanco y negro parece un negativo. Reunidos parecen huertos malditos. Su aspecto, en todas las estaciones, es como de recién muertos, pálidos y desnudos como abedules ahogados en la charca de un castor; en todas las estaciones parecen deshojados,

paralizados, mudos. Lo cierto es que al mirarlos de cerca durante los meses de lluvia ves unas cuantas hojas exiguas y caducas aquí y allá sobre sus quebradizas ramitas. Cientos de líquenes crecen en su corteza en explosiones silentes y superpuestas que apenas se extienden en el transcurso de una década, líquenes rosas y naranjas, lavanda, amarillos y verdes. Los palos santos cargan con los líquenes sin esfuerzo, inconscientemente, de la forma en que cargan con todo. Sus multitudes, transparentes cual bocetos, plagan los acantilados a la manera de derviches, como bosques vacíos, y miran por encima de las olas que rompen contra los acantilados hacia otras islas desiertas con extravagantes lagartos y aves, hacia lagos afligidos y bahías por donde pasean los leones marinos, y más allá de los mares clamorosos.

Ya no estoy de acuerdo con la broma de mis compañeros de barco; ya no quiero «regresar» como león marino. Pensé, y aún lo pienso, que si volviera a la vida bajo la luz del sol, en la que todo se transforma, me gustaría regresar como un palo santo, uno entre un millar sobre el borde escarpado de una de esas islas dejadas de la mano de Dios donde se producen un millón de acontecimientos entre seres carentes de inteligencia, donde una gota de lluvia puede caer sobre una iguana amarilla del tamaño de un perro salchicha y diez minutos después la iguana puede parpadear. Me gustaría regresar como un palo santo en el barlovento de una isla para ser, yo misma, un testigo perfecto y mirar, muda, mientras agito los brazos.

VI

El silencio es todo lo que hay. Es el alfa y el omega. Es Dios moviéndose sobre la superficie de las aguas; es la nota combinada de diez mil cosas, el gemido de unas alas. Das un paso en la dirección correcta para rezar a este silencio, incluso para dirigir la oración al «Mundo». Las distinciones se desdibujan. Abandonad vuestras tiendas. No dejéis de rezar.

LEJOS SOBRE UNA COLINA

Una tarde de enero en Virginia, con una paletilla de cordero en el horno, salí a dar una vuelta. La idea era estirar las piernas y descansar la mente, pero esas cosas rara vez resultan como las planeo.

El sol se estaba poniendo cuando crucé el arroyo Tinker saltando de piedra en piedra y trepé hasta la orilla por un tronco caído. Al otro lado del arroyo seguí una alambrada a través de los pastos de los bueyes hasta una colina elevada y herbosa. Nunca había estado allí. Desde la colina el arroyo parecía inmóvil y cargado de cielo.

En lo más alto, justo al otro lado de la alambrada, había tres cobertizos: una cuadra cercada alrededor de la cual una yegua parda y un potrillo pataleaban con nerviosismo; una perrera de tela metálica desde la que ladraban un perro pastor y uno de caza; y una caseta de

herramientas de madera bajo cuyos esmirriados aleros un niño pequeño fingía escribir con una piedra.

El niño no me vio. Aparentaba tener unos ocho años, era delgado, con una chaqueta marrón de pana con el cuello de pelo más oscuro y una gorra a juego con grandes orejeras. Alternaba la tarea de fingir que escribía letras en la pared de la cabaña con la de jugar con los perros desde el exterior de la perrera. Los perros estaban enloquecidos por mi presencia y me pregunté por qué el niño no se daba la vuelta; debía de ser demasiado pequeño para saber mucho de perros. Cuando me vio por casualidad, levantó las cejas de golpe. Sonreí, le grité y se acercó a la alambrada.

Nos pusimos a mirar los caballos.

—¿Qué tiempo tiene el potro? —le pregunté.

El potro dorado parecía un modelo de prueba en una oficina de patentes: brusco, con los ojos aún erráticos, una maravilla. Corría para no caerse.

—Se podría decir que tiene un año... Debería saberlo... —Chico, pensé. Está claro que no tengo ni idea de caballos—, es que nació hace seis días.

El potro quería acercarse. Cada vez que nos miraba, la yegua se interponía y lo espantaba.

El niño y yo charlamos por encima de la alambrada. Los perros se llamaban Barney y Duke.

—¿Luke? —pregunté.

El niño se extrañó.

—Duke —repitió.

Era educado y se expresaba bien, con frases completas, escogiendo las palabras.

—Aún no he elegido nombre para el potro, aunque padre dice que es mío.

Cuando hablaba así, levantaba la vista hacia mí con el ceño fruncido. Sus labios oscuros formaban un círculo prominente. Parecía uno de esos dibujos del siglo XIX de un niño bueno. Este niño es un impostor, pensé. ¿Quién llama «padre» a su padre? Pero, en otros momentos, su rostro se suavizaba; me di cuenta de que el gesto de sus labios recordaba al de alguien que reprime el llanto. Sonreía o apartaba la vista con timidez, como cuando dijo:

—En realidad estoy pensando en ponerle Marky Sparky.

—Marky Sparky —repetí con todo el entusiasmo que pude.

El sol se ponía. ¿Qué hacía yo hablando con un niño pequeño? ¿No tenía nada para leer?

Entonces se quedó callado. Se miró la punta de los zapatos con tristeza mientras yo me quedaba mirando su gorra marrón de pana. De pronto la gorra se levantó y su carita se apresuró a decir:

—¿Conoces al Señor, el que viene a salvarte en persona?

—Y no sólo eso —contesté—. También conozco a tu madre.

Me vino de pronto a la cabeza. Ella me preguntó lo mismo tiempo atrás.

Hasta ese momento no establecí la conexión entre esa tierra, esos caballos, ese niño y la mujer que vive en el caserón que está más arriba, al que me acerqué en una

ocasión desde el otro lado de la colina para preguntar si podía pasear por allí. Eso había sucedido un año antes. Al otro lado de la colina había un largo camino de acceso desde la autopista. El camino trazaba un círculo delante de la casa donde se erguía una cruz de aluminio de más de dos metros de altura con un cartel que decía: CRISTO NUESTRO SEÑOR ES NUESTRA SALVACIÓN. Unos focos iluminaban la cruz y el cartel desde la madreselva que crecía dentro del círculo. Toqué el timbre.

La mujer estaba muy nerviosa. Era morena, guapa, dura, con las mismas pestañas temblorosas que el niño. Llevaba un vestido negro y un rulo en lo alto de la cabeza. No me pidió que entrara.

Mis explicaciones la confundieron, pero me dio permiso. Sí, podía atravesar sus tierras. (No añadió, como hacen otros, «pero nada de niños alborotando»). No dejó que me marchara; había algo más que la preocupaba. Se toqueteaba las manos. Esperé al otro lado de la mosquitera hasta que soltó por fin: «¿Conoces al Señor, el que viene a salvarte en persona?».

Sentí compasión por ella. Con razón estaba tan nerviosa. Debía de hacerle la misma pregunta a todas las personas con quienes se encontraba, sin excepción. Eso sí que era un testimonio cristiano. Tenía sentido, dadas las premisas. Yo quería hacerla lo más feliz posible, premiar su valentía y salir corriendo.

Se quedó sorprendida de que conociera al Señor, aunque era obvio que no estaba convencida de que nos refiriéramos a la misma persona. Pero ella ya había aportado su granito

de arena, había cumplido, podía relajarse. Me habló de su iglesia con la cara iluminada. Formaba parte de la congregación del reverendo Jerry Falwell, el poderoso evangelista de Lynchburg (Virginia) que se metió en política hace poco. Deduje que la mujer recorría casi doscientos kilómetros de ida y vuelta para ir a la iglesia. Mientras yo esperaba detrás de la mosquitera, fue a buscar varios panfletos, cada uno de un color diferente. Se lo agradecí con amabilidad. Más tarde los leí y pensé que el del Espíritu Santo estaba bien.

Así que aquél era su hijo. La mujer había hecho un buen trabajo. Era un niño agradable. Ahora él estaba contento de que la conversación de compromiso hubiera concluido; le alegraba que yo hablara con soltura y le contara cómo conocí a su madre. El hecho de conocerla me legitimó ante él y disolvió parte de su recelo.

El viento que se levantó tras el ocaso venía de la cordillera del oeste y descendía por nuestra colina. El arroyo había estado congelado. El niño se acercó más a la alambrada; se metió los puños en los bolsillos. Cada vez que yo sonreía o me reía me miraba con incredulidad y levantaba la vista desde debajo de la gorra.

Él nunca jugaba en el arroyo, me contó. Porque si su padre regresaba a casa, no sabría que él se encontraba por allí, soltaría los caballos y éstos le pisotearían. Ya me había percatado de que retrocedía con miedo cada vez que la yegua se acercaba en nuestra dirección.

En esa zona también había serpientes, bocas de algodón, según me dijo. Parecía cansado, incluso viejo, cargado

de nostalgia, serio. Por aquí la prudencia se confunde con sabiduría, y este chico conocía ya todos sus escollos. De hecho, no hay bocas de algodón tan al norte, salvo en la costa, aunque sí algunas cabezas de cobre, pero lo dejé correr.

—No te va a pasar nada —le dije—. Yo juego mucho en el arroyo.

¿Cuántos años tienes? ¿Ocho? ¿Nueve? ¿Cómo puedes no jugar en el arroyo? O mejor: ¿por qué trato de obligar a este niño a jugar en el arroyo? ¿Qué hago yo allí que pueda interesarle a este niño? ¿Que hago yo allí, en definitiva?

Desde aquel lugar apartado, el arroyo parecía de hielo, apagado e inmóvil. Las ramas desnudas de los sicomoros de la orilla se tocaban en silencio. ¿Cuándo llegaría la primavera? El cielo se teñía de arrebol. ¿Por qué alguien en su sano juicio iba a jugar en el arroyo?

—Tienes frío —le dije. Sus labios estaban azules. Intentaba taparse el cuello desnudo con los hombros de la chaqueta de pana. Fingió no oír—. Debo irme —añadí.

—¿Sabes cómo atrapar un pez cuando no tienes caña, sedal ni anzuelo? —Ahora sonreía, preparado para soltar un poco de jerga, como un niño de libro. Debía de leer mucho—. Primero *te buscas* un palo... —Y me explicó qué tipo de palo—. Luego *te apañas* una ramita de madreselva... y si necesitas un anzuelo...

Hablamos de pesca.

—Me he dejado un asado en el horno —le dije—, debo irme.

Él también tenía que irse; padre ya estaría en casa, y había que poner la mesa para la cena. Su madre hacía ayuno. Le dije hasta pronto, hasta pronto, y me di la vuelta. Él gritó:

—¡Una cosa más! —Miré hacia atrás; dudó un segundo y preguntó a gritos—: ¿Alguna vez has pisado una serpiente grande y vieja?

Bueno, de acuerdo. Di gracias a Dios por mis hermanas y los amigos que tuve de pequeña; todavía no me había quedado sola, pero eso podría suceder en cualquier momento. Me levanté el cuello de la chaqueta todo lo que pude.

Me describió lo que se siente al pisar una serpiente; puso los ojos en blanco y trató de impresionarme.

—Sentí cómo... se *movía* bajo mis pies. Era tan... *viscosa*... —Esperé con paciencia. Le castañeteaban los dientes—. Estábamos paseando por el prado que está más abajo del cementerio. Yo grité: «¡Espere, padre, espere!», porque no podía levantar el pie.

Me pregunté qué le daban para leer a ese niño; hablaba como *Le Bourgeois gentilhomme*.

—¡Uf!— exclamé—, qué miedo pasarías...

—Bueno, estaba metido en la madreselva *casi* hasta las rodillas.

Ah, eso era otra cosa. Probablemente sí que había pisado una serpiente. Yo también me habría asustado mucho si hubiera estado rodeada de madreselva hasta las rodillas, pero no había forma de retroceder para reaccionar de nuevo a su historia de una forma sincera. Y, además, era hora

de marcharse. Era de noche. La yegua había empujado al potro dorado dentro del establo. El arroyo que corría más abajo todavía mantenía un color débil, el recuerdo de una luz que aún no se había apagado.

Nos separamos con tristeza junto a la alambrada. El niño bajó sus enormes ojos iluminados, levantó los hombros y se alejó arrastrando los pies. Intentó retenerme una vez más, pero yo tenía que irme. Era de noche, hacía frío y tenía un asado en el horno, un asado de cordero, y no me gusta demasiado hecho.

LENTES

Uno se acostumbra a mirar a través de las lentes; es una habilidad adquirida. La primera vez que miras por unos prismáticos, por ejemplo, no ves nada. Miras dentro del barril; parpadeas y ves tus pestañas; trasteas con la rueda de enfoque hasta que te quedas ciego de un ojo.

El microscopio es aún peor. Se supone que debes mantener abiertos los dos ojos mientras miras a través de su único ocular. Pasé mi infancia en Pittsburgh tratando de dominar esta técnica: ver por un solo ojo con los dos abiertos. El microscopio además te enseña a mover las manos hacia el lado contrario, a empujar el cristal hacia la derecha si estás siguiendo a una criatura que se aleja nadando hacia la izquierda, como si manejaras un timón, dieras marcha atrás con un remolque o realizaras cualquiera de esas maniobras paradójicas que requieren un

gran instinto o unas cuantas nociones de física. Yo carezco tanto de lo uno como de lo otro.

Los microscopios infantiles vienen con una lamparita de cinco vatios. Colocas esa luz tenue delante del espejo y éste hace rebotar la luz a través del portaobjetos y de la lente de aumento hasta tu ojo. La única razón de que no veamos sólo siluetas es que las cosas microscópicas son tan pequeñas que resultan traslúcidas. Los animales y plantas de una gota de agua de charca dejan traspasar la luz como una vidriera de colores tenues; parecen tan empapados y ligeros que es como si su opacidad se disolviera.

Las hebras traslúcidas de algas que ves bajo el microscopio —*spirogyras*, *oscillatorias*, *cladophoras*— se mueven por voluntad propia, nadie sabe cómo ni por qué. Observas medio hipnotizado los filamentos tambaleantes de algas amarillas, verdes y marrones; te sumerges en el campo del microscopio con despreocupación e inconsciencia, como si de un sueño en lo más profundo de tu cerebro se tratara. De vez en cuando, un rotífero vigoroso aparece a toda velocidad, blanco y negro, con una prisa enorme.

Mis rotíferos, dafnias y amebas se mostraban especialmente apurados porque se me secaban. No tardé mucho en fundir o romper la bombillita de cinco vatios. Para sustituirla, volqué una vieja lámpara de mesa en un lateral; la lámpara llevaba una bombilla de setenta y cinco vatios. Yo tendría unos doce años, era inmortal e invulnerable, y no sabía lo que hacía, nadie lo sabía. Mis padres me dejaron

montar el laboratorio en el sótano, donde no se verían obligados a oler los tubos de ensayo con orina que guardaba con la esperanza vana de que algo horrible creciera en ellos. Así que, con una ignorancia plena y solitaria, me pasaba las tardes en el sótano mirando una bombilla de setenta y cinco vatios ampliada trescientas veces y enfocada hacia mi ojo. Es un milagro que todavía vea algo. El globo ocular también empezó a secárseme; no paraba de parpadear.

Pero las criaturas del agua de charca lo pasaban peor. Las dejaba sobre el portaobjetos, las tapaba con el cubreobjetos y las colocaba sobre la platina, que con el calor de la bombilla de setenta y cinco vatios parecía una parrilla. Al momento, la gota de agua comenzaba a evaporarse. Se encogía por los bordes. Las criaturas nadaban entre algas en una piscina decreciente. Me gustaba esa parte. El calor me servía de centrifugador para concentrar la biomasa. Contaba con unos cinco minutos para observar a los miembros de una densísima población, nerviosos por el calor, que iban a lo suyo hasta que —como imaginaba con tristeza— se percataban de su situación y comenzaban a escribir su testamento.

Por entonces, no sólo observaba las tan proclamadas maravillas de una gota de agua de charca, sino que también establecía, con una mezcla de sadismo y compasión, una serie ilimitada de apocalipsis. Formulaba y escenificaba cientos de fines del mundo y observaba, embelesada, cómo se desarrollaban. Una y otra vez la última trompeta sonaba, el manuscrito final se desenrollaba y el mundo

conocido se consumía, se secaba y desaparecía. Cuando todas las criaturas se quedaban inmóviles, hervidas y fritas en la posición que tenían cuando el agua terminaba de secarse, lavaba el portaobjetos en el fregadero y recomenzaba con una nueva gota. ¡Cómo me gustaba aquel mundo profundo y húmedo donde las coloridas algas se agitaban en el agua y los rotíferos nadaban!

Pero, por raro que parezca, ésta es una historia sobre cisnes. Ni siquiera es una historia, es la descripción de unos cisnes. Esta descripción incluye el cielo sobre una charca, un par de prismáticos y una persona adulta y mortal que había dejado el sótano de Pittsburgh tiempo atrás.

En el valle del Roanoke, en Virginia, flanqueada por las montañas Blue Ridge al este y las de Allegheny al oeste, hay una pequeña zona semiagrícola llamada Daleville. En Daleville, entre tierras en barbecho y cumbres boscosas, está la charca Daleville. Es una charca grande, de tal vez cuatro hectáreas, que sujeta una gran parte del cielo. Solía ir mucho por allí porque me encantaba, y todavía me encanta. En invierno, albergaba ese desaliño liviano de los terrenos caducos; das la bienvenida a la luz del día y a los espacios abiertos y te pasas la tarde quitándote abrojos de los pantalones.

Una tarde de San Valentín me encontraba agachada entre unos juncos secos en la orilla de la charca Daleville. Al otro lado de la charca había una pequeña cadena montañosa arbolada. En las demás direcciones no se veía más

que cielo, un cielo cruzado por los juncos que se agitaban delante de mí dondequiera que mirara.

Observaba dos cisnes chicos a través de los prismáticos. ¡Cisnes chicos! Resulta imposible describir lo emocionada que estaba por ver cisnes chicos en Daleville, Virginia. Se trataba de una pareja de aves, unida de por vida, que emigraba al noroeste desde la costa atlántica hacia el alto Ártico. Se habían detenido en la charca de Daleville para alimentarse. Mi presencia los había asustado y ahora volaban en círculos sobre la charca. Me agazapé entre los juncos para que no temieran regresar al agua.

Tambaleante, seguí a los cisnes con los prismáticos mientras volaban. Sus plumas eran todas blancas, y los ojos, negros. Tenían casi dos metros de envergadura, bastante más de lo que yo mido. Volaban en armonía, uno detrás del otro, pasando sin cesar por encima de la charca. De ser cisnes blancos frente a la montaña se tornaron cisnes negros bajo el cielo. Volaban en el sentido de las agujas del reloj con el cuello largo y relajado; ora batían sus amplias alas, ora planeaban.

Mientras rotaba sobre mis talones para mantener el encuadre, perdí el sentido del espacio. Cada vez que bajaba los prismáticos me sorprendía al descubrir la dirección donde apuntaba, aturdida como cuando sales de ver una película en el cine llena de asombro y tratas de reconstruir poco a poco el mundo real para localizar dónde has dejado el coche.

Yo vivía en aquel círculo de luz, a toda velocidad y en completo silencio. Cuando los cisnes pasaban por delante

del sol, se hallaban lejos: dos hilos negros, dos puntadas vivas. Pero seguían acercándose, con suavidad, y el cielo tras ellos acentuaba su azul para que acapararan la luz. Recuperaban su dimensión al acercarse y yo alcanzaba a ver sus ojos ardientes y tensos. Entonces oía el crispado contorno de sus alas, que se difuminaba a medida que seguían dando vueltas; el cielo se teñía de amarillo por detrás, los cisnes se aplanaban, se oscurecían y menguaban en pleno vuelo. En una ocasión los perdí de vista por detrás de la montaña; cuando emergieron de nuevo, volaban muy alto, como una música que hubiera cambiado de tono.

Estaba perdida. Los juncos que tenía delante, que se balanceaban desenfocados dentro del campo circular de los prismáticos, eran traslúcidos. Eran hebras de colores que dejaban traspasar la luz como células en el agua. Eran aquellos filamentos de algas amarillas, verdes y marrones que en el pasado había observado en un campo inundado de luz. Me ardían los ojos; estaba observando algas oscilantes en una gota decreciente que se cruzaban entre ellas y se separaban en el agua. Y de pronto nadaban dos cisnes chicos, dos minúsculos cisnes chicos. Nadaban tan rápido como los rotíferos: dos cisnes chicos, ínfimos, batiendo sus pequeñas alas perfectamente formadas.

LA VIDA EN LOS ISLOTES: LAS GALÁPAGOS

I

Al principio no había nada, y aunque la razón te dice que nada es nada, es más fácil imaginarlo como el chapoteo ilimitado del océano... por ejemplo, el Pacífico. Entonces la energía se concentró en materia y, aunque sabes que incluso un gas invisible es materia, resulta más sencillo visualizarlo como un enorme chorro de lava volcánica informe salpicada desde los secretos abismos marinos que se endurece, silente e intrincada, sobre la orilla fluctuante de la nada en forma de islas, de un archipiélago. Como las Galápagos. Entonces un tipo más suave de materia comenzó a sacudirse. Una especie de agua con forma definida que fluía y se endurecía por los extremos. Y hubo algas verdeazuladas; y hubo tortugas.

El hielo avanzó, el hielo retrocedió, y yo me arrodillé en una llanura de piedras de lava en unas islas llamadas Galápagos mientras acariciaba el cuello de una tortuga gigante. La tortuga cerró los ojos y alargó el cuello en toda su extensión y vulnerabilidad. Froté aquel cuello y, al retirar la mano, la palma se me quedó verde con una capa de algas unicelulares. Miré fijamente las algas, miré luego a la tortuga, del modo en que se mira cualquier forma de vida sobre un torrente de lava, y pensé: «Bueno, pues aquí estamos todos».

Estar aquí, vivir en islotes. Estas islas galapaguenses, una de las cuales mide más de ciento veinte kilómetros de largo, se secaron bajo el sol ecuatorial a unos ochocientos o mil kilómetros al oeste del continente sudamericano; reposan a la altura de la República de Ecuador, a la que pertenecen.

Una isla pequeña emerge del océano desafiando por completo la razón. Es un pedazo de caos *ex nihilo* clavado en la visibilidad: rugoso por aquí, liso por allá, moldeado por una base de necesidades físicas demasiado raras para tenerlas en cuenta, aquí en lugar de allí, aquí en lugar de en ninguna parte. Es una proclamación fantástica: como si yo, al abrir la boca, hiciera salir una trompa o un jarrón o un picaporte de telurio. Tiene cierto aire de disparate, de causas primeras.

Pienso en la isla llamada Daphnecita, Daphne menor, que nunca llegué a pisar. Sin embargo, siempre aparece en mis pocas fotografías, porque me obsesioné con ella:

una cúpula de lava gris como un pan picado, del tamaño del Hotel Plaza, glaseado con guano y surcado por cangrejos anaranjados. A ese acantilado de la isla a veces le atribuía una conciencia hosca e infantil, como si estuviera enfurruñado y en silencio justo después de haberles gritado al mar y al cielo: «¡Yo no pedí nacer!». Otras veces, en cambio, crecía y se convertía en un adolescente rabioso, en un muchacho que, nada más aprender que las reglas del juego son fijas, interpelaba: «¿Para qué me has tenido, si sólo ibas a zarandearme?». Daphnecita: de nuevo, una isla antigua y sabia, muda, capaz de hacer que la vida de las simples criaturas sea la de un antílope o un santo. Después de que hayas volado el océano por los aires, ¿qué más se puede decir? ¿Y si las personas tuviéramos la sensatez o la gracia de vivir como viven las flamantes islas de un archipiélago, con dignidad, con pasión y sin palabras?

Merece la pena volar a Guayaquil, en Ecuador, y después a Baltra, en las Galápagos, sólo para ver los islotes. Pero esos islotes son jardines de animales. Son el hogar de una colección de criaturas propias del Bosco que fueron arrastradas por el viento como polizones, como náufragos transportados por las corrientes a la deriva. La mayoría de ellas no existe en ningún otro lugar de la Tierra. En los diferentes territorios sobre los que fueron arrojados sin que nadie los molestara, esos reptiles, insectos, pequeños mamíferos y aves evolucionaron hacia especies únicas adaptadas a las orillas de piedras naufragadas, a los desiertos de cactus de las llanuras o a las selvas elevadas del interior de las islas más grandes. Vienes aquí por los

animales. Vienes aquí para ver las curiosas formas que las dúctiles proteínas pueden adoptar, a impresionarte con su realidad, a saludarlas.

Paseas entre el traqueteo de las iguanas marinas de más de un metro de longitud que se apilan en las orillas de lava como escoria. Nadas con los pingüinos; observas a los cormoranes incapaces de volar que danzan a tu lado, ignorándote, mientras agitan las protuberancias negras de sus inútiles alas. Hay piqueros patiazules, pájaros de verdad con plumas de verdad cuyas patas, sin embargo, salta a la vista que son falsas, fabricadas por Mattel. Las tortugas son grandes como estufas. Las enormes iguanas terrestres que encuentras a tus pies cambian de color con la luz del sol y pasan del dorado al rojo con manchas.

Siempre hay alguna criatura que va a lo suyo. Perdí el bote que me conducía de vuelta al barco; me dejaron olvidada durante un rato en la isla desierta de Plaza Sur porque me quedé contemplando las pardelas de Audubon. Esas oscuras aves pelágicas revolotean como puntadas de hilo sobre los mares plisados sacudiendo las alas con ímpetu, pues en caso contrario caerían en picado. Una pardela ha de volar rápido o no volar. En consecuencia, ha desarrollado dos estrategias que le sirven para regresar sana y salva a su nido. Ese nido es un agujero en el acantilado de lava del mismo tamaño que su cuerpo. La pardela vuela en círculos sobre el agua a cuatrocientos metros del nido y vira poco a poco hacia el acantilado mediante una serie de pasadas. Si el ángulo de vuelo es correcto, el ave

plegará las alas en el agujero de la entrada y caerá directamente en su suelo. Sin embargo, el ángulo casi nunca es el adecuado: observé a una pardela que hizo una docena de intentos suicidas antes de desaparecer por una grieta. La otra estrategia es espectacular. Consiste en la elección del agujero para el nido en un lugar situado debajo de una roca prominente con una faceta hacia abajo. La pardela llega inclinándose a toda velocidad, bate las alas, choca contra la roca, y ésta, haciendo las veces de tablero, la deposita en su casa.

Allí los animales son mansos. Nunca los han perseguido y no tienen miedo del hombre. Pasas junto a ellos como si fueras viento, espuma, luz del sol, hojas. Los pájaros cantores son mansos. En la isla Española me senté junto a un albatros ondulado que estaba anidando mientras que un sinsonte escarbaba en mi pelo, otro me daba golpecitos en la uña y un tercero me largaba una exquisita sucesión de picotazos en el pie a través de los ojales de mis zapatillas de baloncesto. Las iguanas marinas son mansas. Un colonizador, Karl Angermeyer, construyó su casa en el emplazamiento de una colonia de iguanas marinas. Las iguanas grises, en vez de marcharse, se subieron al tejado de acero ondulado. En el patio, Angermeyer les da de comer dos veces al día una mezcla de arroz hervido y atún en un cuenco de plástico. Aunque parezca inexplicable, todas se llaman Annie. Angermeyer golpea el cuenco con un cucharón, las llama: «Venid, AnnieAnnieAnnieAnnie», y los espinosos reptiles, unos cincuenta o sesenta

ejemplares, avanzan ruidosamente por el tejado metálico, bajan por las paredes de piedra volcánica y mortero y se congregan alrededor de sus piernas desnudas para abrirse paso a codazos hasta el cuenco y salir con un pegote de arroz hervido en la panza y en los protuberantes labios negros y aplanados.

El gavilán silvestre es manso. El gavilán de las Galápagos está emparentado con el gavilán de Swainson norteamericano; he leído que si te tomas la molestia de ir a buscarlo, puedes acariciarlo. Nunca lo he intentado. Las personas no trepamos para ofrecer una caricia; todo tiene un límite. La distancia crítica de los animales tiende a coincidir con la mía, de modo que podemos disfrutar de una fácil sociabilidad sin amenaza de violencia o intimidad inusitada. El gavilán, que no es particularmente sociable, soporta incluso un acercamiento torpe, y parece que sobre tu hombro se encontraría igual de a gusto que si se posara en un matorral o en cualquier otro lugar.

En las Galápagos, hasta las moscas son mansas. A pesar de que la mayor parte del territorio es parque nacional ecuatoriano y, por tanto, está rigurosamente protegido, confieso que desvié la bola de la evolución al acabar con cada una de las moscas que me picaban, maravillada por su prístina ignorancia y su jovial incapacidad para prevenir el golpe cuando mi mano se abalanzaba sobre ellas; semejante despreocupación resultaba casi desalentadora. Después de matar una mosca, la levantas para dársela de comer a una lagartija de la lava, un lagarto de unos diez

centímetros de largo con el cuello colorido que se alimenta de restos en las llanuras áridas. Si atraviesas cualquier ladera rocosa, vas caminando entre estas criaturas inocentes y, al sentarte, se te acercan en tropel.

Somos extranjeros, residentes temporales, puntos suaves sobre las rocas. Has paseado por la playa y has visto dónde han aterrizado las aves, dónde han caminado y levantado el vuelo; sus huellas en la arena comienzan, continúan y, de pronto, desaparecen. Con nuestras huellas sucede lo mismo: pero nosotros llegamos y nos mantenemos aún en el suelo. Mientras estamos aquí, durante las estaciones en que nuestras tiendas están montadas en la luz, pasamos unos junto a otros saludando a gritos en mil lenguas, dando la bienvenida y diciendo adiós. Los habitantes de las colonias poco pobladas tienden a ofrecer a los extranjeros una hospitalidad famosa por su calidez: tal es el caso de los leones marinos de las Galápagos. El suyo es el saludo que las primeras criaturas debieron de brindar a Adán: la bienvenida de un héroe, un «¡hurra!» universal e inmerecido. Id y seréis saludados por los leones marinos.

Me encontraba con Soames Summerhays, el naturalista del barco, en una playa de arena bajo los acantilados de la deshabitada isla Española. La playa blanca estaba cubierta de un batiburrillo de piedras volcánicas negras como la escoria de hulla, brillantes por la espuma y centelleantes como el cobre bajo el sol de poniente. A nuestra izquierda, una docena de leones marinos se deslizaba

sobre las enormes crestas verdes que se elevaban, traslúcidas, a varios centenares de metros de la orilla. Cuando las olas rompían, las piedras de la orilla rodaban. Sentía su rugido a través de la roca áspera sobre la que estaba sentada; oía el chirrido dentro de cada barrido del mar, el murmullo de un millón de piedras rodantes amortiguado por el salpicar del agua y la espuma antes del siguiente impulso.

A nuestra derecha, un león marino salió del agua. Era un macho joven; pasados unos cuantos años sería peligroso, bramaría a los intrusos y devoraría a sus presas con grandes dentelladas. Pero, en ese momento, la silueta de aquella cría, que pesaría unos cincuenta kilos, se esbozó contra la luz del atardecer, resbaladiza como una gota de mercurio, con sus relucientes bigotes como los rayos de oro de una corona. Subió arrastrando su pesado cuerpo hacia nosotros por toda la playa; se arrojó con una enorme sacudida de músculo cubierto de piel sobre la piedra en la que yo estaba sentada. «Soames», dije muy despacio, «está aquí porque *nosotros* estamos aquí, ¿verdad?». El naturalista asintió con la cabeza. Noté gotas de agua en el codo por detrás de mí, el frágil roce de los bigotes y, por último, el calor húmedo y el peso de un hocico, como si la criatura se hubiera echado a dormir sobre mi brazo. Les estaba cogiendo el truco a los leones marinos.

Métete en el agua. Al momento, los leones marinos te rodean, aunque no hayas visto ninguno cerca. Decir que acuden para jugar contigo no es especialmente antropomórfico. Esos animales juegan. Los machos adultos están

fuera vigilando sus costas territoriales; los que se acercan a ti son hembras y crías que se desplazan con libertad. Una hembra de león marino de metro y medio te mira fijamente a la cara, empuja el hocico con suavidad hacia tu máscara de buceo y busca tus ojos sin parpadear. Después, da vueltas sobre sí misma y se desliza a lo largo de tu cuerpo, vuelve a girar y te dirige de nuevo una mirada penetrante a los ojos. Creo que se supone que debes seguirla e idear algo ingenioso a cambio. Si estás dispuesto, puedes jugar en el agua con los leones marinos utilizando conchas o trozos de hojas. Si giras sobre tu eje vertical, un león marino nadará a tu alrededor en círculos, con la cara siempre a quince centímetros de la tuya, como si estuviera atado a ti con una cuerda. Si juegas a tocarles las aletas posteriores, por ejemplo, el león marino lo entenderá a la primera; mediante oportunas volteretas delante de tus torpes manos, te ofrecerá un excelente campo de juego.

Y cuando sales del agua, te siguen. No quieren que te vayas. Si te pierden de vista, se deslizan hasta la orilla con la cabeza muy tiesa para localizarte y corren para ponerse a tu lado emitiendo una serie ahogada de notas vocales. En caso de que no te ablandes, desaparecen aullando; pero si te sientas junto a la orilla con un solo pie en el agua, dos o tres se colocarán a tu lado flotando panza arriba y gritando «¡urr!».

A las Galápagos viene poca gente. Antes, los bucaneros anclaban en estas bahías para eludir a sus perseguidores, para descansar y para abastecerse de agua dulce. Aquí

paraban también algunos barcos balleneros de todo el mundo para llenar sus bodegas de carne fresca en forma de tortugas gigantes. Los balleneros solían dejar las tortugas varios días por la cubierta para que vaciaran las tripas; luego, las apilaban bocarriba en la bodega, donde podían vivir —si a eso se le puede llamar vida— sin comida ni agua durante un año. Cuando querían carne fresca, mataban una.

Los primeros habitantes de las islas fueron un indolente grupo de cascarrabias, excéntricos y desertores de barco. Como eran tipos duros, se dispararon, envenenaron y esclavizaron entre ellos, de manera que dejaron allí una tropa fecunda de cabras silvestres, gatos, perros y cerdos, cuyos descendientes se escondieron en las selvas empinadas, donde capturaban crías de tortuga. Ahora los científicos de la estación Charles Darwin, situada en la isla de Santa Cruz, cuidan a las tortugas recién nacidas durante varios años hasta que sus caparazones son lo bastante duros como para resistir las dentelladas; luego, las dejan en libertad en sus respectivas islas. Hoy en día viven varios miles de personas en tres de las islas; distintos colonizadores de Ecuador, Noruega, Alemania y Francia se dedican a la ganadería o al cultivo de la piña en sus ricos suelos volcánicos. Los propios colonos parecen demostrar un alto grado de humanidad cortés y consciente, tal vez debido a su relativo aislamiento.

En la isla de Santa Cruz, once pasajeros y yo subimos en camioneta por la carretera más larga de las Galápagos;

luego, continuamos a lomos de caballos, burros y mulos y visitamos la solitaria granja de Alf Kastdalen. Hijo de inmigrantes noruegos, llegó a las islas de pequeño. Ahora es un hombre rubio y robusto de cerca de cincuenta años, con hijos, que vive aislado en una casa de planchas de madera importadas del continente en un terreno de ciento cincuenta hectáreas conquistado a la selva con sus propias manos. Cría ganado. Nos enseña parte de su granja con una amplia sonrisa y responde a nuestros comentarios con una mirada abierta, voluntariosa, y con palabras amables. El terreno donde pace el ganado es como otro cualquiera, pero las rocas bajo la hierba son trampas redondas de lava con las que te arriesgas a romperte un tobillo; los bosquecillos adyacentes, una maraña de bambú espinoso y bromelias; y los árboles limítrofes, cuajados de epifitas, son papayos, aguacates, árboles del pan y naranjos.

La aislada casa de Kastdalen está colmada de libros en tres lenguas. Sabe de cría de animales, de botánica y de zoología. Nos da de comer sopa, un pollo al que vale la pena hincar el diente, zumo de naranjilla verde, tallarines, carne de cerdo en grandes trozos, verdura marinada, arroz y cuencos y más cuencos de colorida fruta.

Su cohibida madre noruega acude a despedirnos; los animales ya están listos. Descenderemos sobre sus lomos por el camino embarrado del bosque hasta la camioneta aparcada en el poblado ecuatoriano, por la extensa carretera hasta el bote y, a continuación, por la bahía hasta el barco. Me inclino un poco para oír las palabras de la

mujer. Me mira con una enorme calidez. «Tu pelo», dice bajito. Soy rubia. *Adiós*[2].

II

Charles Darwin llegó a las Galápagos en 1835 a bordo del *Beagle*; tenía veintiséis años. Lanzó iguanas marinas al agua lo más lejos que pudo; cabalgó sobre las tortugas y probó su carne. Se percató de que los caparazones de las tortugas variaban mucho de una isla a otra, al igual que las formas de diversos sinsontes. Recogió muestras. Nueve años después, escribió en una carta: «Estoy casi convencido (en contra de mi opinión inicial) de que las especies no son (esto es como confesar un asesinato) inmutables». En 1859 publicó *El origen de las especies* y en 1871 *El origen del hombre*. Ahora está de moda menospreciar la originalidad de Darwin; sin embargo, ni siquiera el más severo de sus detractores critica sus métodos rigurosos ni niega su repercusión.

Al darwinismo de hoy se le denomina más bien neodarwinismo. Es una teoría de la evolución orgánica influida por la avalancha de nuevos datos procedentes de la genética moderna, la biología molecular y la paleobiología a partir de la nueva ola de la revolución biológica que se extendió como un tsunami después de las declaraciones de Darwin. No todos los datos están disponibles. En el

[2] En español en el original.

registro de fósiles no constan las primeras apariciones de los principales grupos de invertebrados, que son cruciales, aunque estas primeras formas, a veces larvas modificadas, tienden a ser frágiles debido a su maleabilidad, su escasez o su rápida variación hacia formas «endurecidas» con más posibilidades de salir adelante. La ausencia de pruebas en esta dirección no preocupa a los científicos. Lo que de verdad le falta al neodarwinismo es una descripción del mecanismo de mutación en los nucleótidos cromosómicos.

En un sentido más amplio, el neodarwinismo también carece, para muchos, de una clara verosimilitud. Los esplendores del triplete de la mutación aleatoria, la selección natural y la herencia mendeliana no son ni energías ni dioses; son palabras que tan sólo describen un tumulto balbuciente de la materia. Hay muchas cosas sin explicación y muchas discrepancias sin resolver. Combinar el darwinismo con un neolamarckismo muy modificado solucionaría muchos problemas... y crearía otros nuevos. El neolamarckismo sostiene, sin prueba alguna, que se pueden heredar ciertas características adquiridas útiles. Lean *The Strategy of the Genes* de C. H. Waddington y *The Ghost in the Machine* de Arthur Koestler. El asunto del lamarckismo/darwinismo no sólo es complejo, y depende quizás de que el ADN pueda copiarse a partir del ARN, sino que también es un tema candente desde el punto de vista político. El resultado es que, mientras en Rusia predomina una forma de lamarckismo, el neodarwinismo influye en Occidente, y

sus supuestos básicos, aunque modificados de forma diversa, no están derrocados.

Demasiado para los científicos. Los demás no concebíamos a Darwin como una señal para zambullirnos en el núcleo húmedo de una célula y emerger con un puñado de objetos nuevos y extraños. Aún estábamos preocupados por aquel libro cuyo título contenía una palabra desafortunada: *El descenso del hombre* (traducido al español como *El origen del hombre*). Resultaba desconcertante imaginar a nuestros bisabuelos descendiendo literal y hábilmente de un árbol cubierto de lianas hasta tierra firme mientras se rascaban y pedían plátanos.

Los cristianos fundamentalistas, por supuesto, siguen rechazando el darwinismo porque contradice el relato de la creación recogido en el Génesis. Los cristianos fundamentalistas tienen muy mala prensa. La hostilidad aparece cuando, cada cierto tiempo, se oponen a que se enseñe la teoría de la evolución en los colegios públicos de alguna pequeña localidad. De manera trágica, esta gente siente que tiene que elegir entre la Biblia y la ciencia moderna. Viven y trabajan en el mismo mundo que nosotros y son conscientes de la burla a la que se exponen por parte de personas con áreas de ignorancia tal vez diferentes a las suyas que desmantelaron sus pesebres cuando se mudaron a la ciudad y, junto con la paja, también tiraron al niño.

Todavía menos atractiva fue, y sigue siendo, la respuesta al nuevo panorama evolutivo de los darwinistas sociales.

Los darwinistas sociales tomaron la frase de Herbert Spencer, «la supervivencia del más apto», y la aplicaron al capitalismo para justificar prácticas económicas crueles y deshonestas. Es improbable que un darwinista social se identifique con dicho término; el darwinismo social es, como suele decirse, no una religión, sino una forma de vida. Un darwinista social moderno escribió esta frase: «Si eres tan listo, ¿por qué no eres rico?». Es una idea que todavía prevalece, creo, en los lugares donde la gente busca poder: la carrera la gana el más rápido, todo el mundo participa en la competición, los diversos grados de éxito o fracaso son merecidos y la recompensa no necesita virtud.

La filosofía reaccionó a Darwin con un júbilo desacostumbrado. El universo fijo y armonioso de William Paley había desaparecido y, con él, su meticuloso dios relojero. Nadie lo lamentó. Más bien al contrario, la filosofía se encogió de hombros y desvió su atención de las causas primeras y finales al análisis de ciertos valores del aquí y el ahora. La «fe en el progreso», la filosofía del ciudadano de a pie, se desplomó en el transcurso de dos guerras mundiales. Los filósofos fueron más precavidos; en la práctica, profesaron una refinadísima «fe en el proceso» que, según parecía, era difícil de perder. También los pensadores cristianos alejados del fundamentalismo examinaron con una mirada fresca la floreciente transformación del mundo. Algunos protestantes, siguiendo el ejemplo de Whitehead, propusieron la existencia de un dios dinámico que vive junto al universo, que es cuestionado y cambia según el proceso del devenir. El paleontólogo católico Pierre

Teilhard de Chardin examinó la evolución de las especies y descubrió en ella un ascenso hacia la complejidad y la conciencia, una libre ascensión en la que el hombre es la cima, propulsada desde el interior y atraída desde el exterior por Dios, la libertad sagrada y el conocimiento que es el principio y el fin de la creación. Y así sucesivamente. Como los platelmintos, como las lenguas, las ideas también evolucionan. Y evolucionan, como Arthur Koestler sugiere, no desde formas finales sólidas, sino desde los más dúctiles gérmenes plasmáticos del corazón de una célula, en el núcleo de la raíz de una palabra, en el flujo flexible de una mente abierta.

Darwin nos dio tiempo. Antes de Darwin (y de Huxley, Wallace, etcétera) hubo un periodo durante el siglo XIX que debió de ser bastante desagradable: la gente conocía la existencia de los fósiles y las especies extintas, pero todavía no sabía nada sobre la evolución orgánica. Creían que los fósiles eran restos de una serie de creaciones pasadas. En todo caso, esta creación, es decir, el mundo que conocemos, para muchos comenzó en el año 4004 a. C., una fecha establecida por el arzobispo irlandés James Ussher en el siglo XVII. Todos estábamos agazapados en una pequeña estancia contra la reconfortante pared de atrás, a la espera del milenio que estaba reuniendo fuerzas desde Adán y Eva. Allí arriba había un universo y, aquí abajo, una pequeña línea de humanidad que iba y venía, creada, instruida, redimida y reunida en un centelleo brillante, como un puñado de confeti de colores lanzado

por las ventanas y barrido de la calle a la mañana siguiente.

La revolución darwiniana derrumbó esa pared de atrás y desveló inquietantes paisajes iluminados hasta donde la vista alcanza. Casi al mismo tiempo, Albert Einstein y los astrónomos provistos de telescopios reflectores y radiotelescopios derrumbaron el resto de las paredes y el techo, y nos dejaron al sol, expuestos y sin rumbo; nos dejaron arrugas, arrugas en evolución, eso sí, en la flamante curva del espacio-tiempo.

III

Todo comenzó en las Galápagos, con aquellos pinzones. A los pinzones de las Galápagos se les llama «pinzones de Darwin»; se encuentran en todos los rincones de las islas, como gorriones, y son casi idénticos entre ellos salvo en el pico. Al principio Darwin apenas se percató de su importancia. Pero hacia 1839, cuando revisó su diario del viaje en el *Beagle*, añadió una frase clave sobre el pico de los pinzones: «Al ver esta gradación y esta diversidad en la estructura de un grupo de aves pequeño e íntimamente relacionado, uno podría suponer que a partir de una escasez original de estos animales en este archipiélago, una especie concreta se habría modificado para distintos fines». Y así era.

Los pinzones acuden cuando se les llama. No sé por qué, pero acuden. Los científicos de las Galápagos han

establecido la llamada: haces psssssh psssssh psssssh psssssh psssssh hasta que te quedas sin aire; luego, lo repites hasta que la isla se queda sin aves. Te colocas en un llano de arena junto a una laguna poco profunda rodeada de matorrales de manglar y llamas a los pájaros que vuelan por el cielo. Funciona en todas partes, en todas las islas.

En una ocasión, en la isla Santiago, me encontraba apoyada en el tronco de un palo santo sin hojas, sobre una pendiente semiárida del interior de la isla, cuando el naturalista llamó a las aves.

Desde otro palo santo salieron volando unas reinitas amarillas y salpicaron el aire con luminosos reflejos de sol. Los sinsontes grises acudieron corriendo. Y de las chumberas verdes, de las acacias espinosas, de las hierbas, la manzanilla y los helechos secos, de la lava negra y suelta, del polvo, de las fauces de las cavernas con frondas colgantes y de lo alto de los troncos iluminados por el sol llegaron los pinzones. Caían de todas partes como los fragmentos coloridos de un caleidoscopio. Trazaban círculos y se reunían en un torbellino, como una vorágine de fragmentos, como el agua que se cuela formando un remolino. El árbol en el que me apoyaba se hizo el centro. Unas ráfagas secas me golpeaban las mejillas. Después, un áspero latido proveniente del delgado tronco del árbol penetró en la palma de mi mano y me subió por el brazo de manera rítmica. El tronco se agitaba contra mi mano como un grillo capturado: levanté la vista. Todos aquellos pájaros luminosos estaban sacudiendo el árbol. Fue un acto de aparición: primero había ramas estériles, y luego, aves como hojas.

Los pinzones de Darwin no son coloridos; son negros, grises, marrones o ligeramente verdosos. Sus nombres son aún más sosos: pinzón terrestre grande, pinzón terrestre mediano, pinzón terrestre pequeño, gran pinzón de árbol insectívoro, pinzón de árbol vegetariano, pinzón de cactus común, etcétera. Pero tienen unos picos interesantes, y más interesantes aún son los orígenes de dichos picos.

Algunos pinzones lucen un robusto pico de loro modificado para abrir semillas. Otros tienen el pico fino como el de una reinita, corto para atrapar insectos, largo para alcanzar el interior de las plantas. Uno de ellos ostenta un pico alargado como un cincel, parecido al del pájaro carpintero; perfora la madera en busca de larvas de insectos y a menudo se sirve de una ramita o de una espina de cactus para desincrustarlas. Todos ellos han evolucionado, como un abanico, del mismo pájaro.

Los pinzones evolucionaron aisladamente, al igual que todo lo demás que hay en la tierra, pero con los pinzones vemos cómo sucedió. Las islas Galápagos están lo bastante cerca del continente como para que algunos seres extraviados llegaran hasta allí por accidente, pero también lo bastante lejos como para que esos seres evolucionaran aislados de la especie parental. Y la cercanía entre las distintas islas del archipiélago favoreció después una nueva dispersión, un nuevo aislamiento y la congregación final de las distintas especies. (En otras palabras, los pinzones volaron hasta las Galápagos, luego volaron hasta las distintas islas, evolucionaron en diversas especies y se volvieron

a reunir). Los pinzones de árbol y los terrestres, el pinzón carpintero y el pinzón cantor nacieron en islotes aislados. El mar, verde y sin inteligencia, dio forma a esos picos con la misma seguridad que esculpió las playas. Ahora, en los pinzones del palo santo, ves los resultados de la radiación adaptativa, una extensión córnea fluorescente. Es como si un archipiélago fuera un arpegio, una rápida serie de notas distintas pero relacionadas. Si las Galápagos hubieran sido una sola isla, habría una única nota tediosa y un único pinzón más que tedioso.

IV

Ahora permitidme que extrapole estos hechos a una situación imaginaria e imposible. Si la tierra fuera una sola isla, una bola regular, todos seríamos una misma especie, un fango trémulo. El caso es que, cuando te sumerges en esto de la formación de las especies, siempre te encuentras con alguna forma de aislamiento reproductivo. Las células tienden a fusionarse. Las células tienden a absorber a otras células; las criaturas primitivas tienden a abalanzarse sobre otras y sobre nosotros, a colonizar, a agruparse, a desdibujarse. (Dentro de las especies, los individuos han desarrollado reacciones inmunes que ayudan a preservar la integridad individual; por eso es posible que rechaces mi hígado o, algún día, mi cerebro). La misma energía del mundo que parece estar dedicada a separarnos fue la que, en un primer momento, sirvió para traernos aquí. Todo

tipo de criaturas diferentes puede aparearse entre sí y tener descendencia fértil: dos especies distintas de boca de dragón, por ejemplo, o un ánade real y un ánade rabudo. Pero no lo hacen. Como viven separados, no se aparean. Cuando indagamos en los diversos comportamientos y condiciones que hay detrás del aislamiento reproductivo, nos damos cuenta de que, en última instancia, hay aislamiento geográfico. Una vez se produce el aislamiento geográfico, las formas se consolidan y se refuerza el aislamiento reproductivo, de manera que las bocas de dragón jamás se apareen con los ánades rabudos.

La geografía es la clave, el accidente crucial del nacimiento. Un trozo de proteína puede ser un caracol, un león marino o un analista de sistemas, pero tiene que empezar en algún lugar. Esto no es ciencia, es una simple metáfora. Y el paisaje en el que esa proteína «comienza» define su final de un modo tan certero como un cuenco da forma al agua.

Todos nos hemos reunido de nuevo, por así decir, como los pinzones, y cuesta imaginar el aislamiento con respecto a la especie parental de la cual evolucionamos. Los débiles comienzos de los grandes filos taxonómicos se pierden en la historia comprimida de las células. Ahora consideramos que los adornos de las mutaciones cromosómicas aleatorias elegidas por selección natural y preservadas en acervos genéticos geográficamente aislados son hechos consumados, un añadido diferenciado de esas frágiles protuberancias que son la vida tal y como la conocemos. El proceso continúa, pero no hay vuelta atrás;

sucedió allí, en las células. La determinación geográfica no es como una vaca atrapada en una zanja, aunque lo parezca. Estoy utilizando imágenes para dar una visión completa.

La geografía es el factor limitante de la vida. La especiación —la vida en sí— es al final una cuestión de corrientes frías y cálidas, de suelos ricos y pobres, de desiertos y bosques, de aguas dulces y saladas, de deltas, selvas y llanuras. Las especies surgen aisladas. Una figura de escayola es tan intrincada como su molde; la vida es el barniz de la geografía. Y si hundes el puño en la tierra y desmenuzas la geografía, te topas con la geología. El clima no es más que el viento que se produce por la curvatura, inclinación y órbita de la tierra mineral, modificado por las condiciones geológicas locales. El océano Pacífico, el desierto de Négev y el bosque pluvial de Brasil son condiciones geológicas locales. También lo son los estanques de carpas lentas y los rápidos de cualquier arroyo cercano donde saltan las truchas. Se trata siempre, Dios nos ayude, de una cuestión de islotes.

Los islotes modelan la vida como las manos un trozo de masa para hornear. En Virginia, las salamandras varían de una montaña a otra, al igual que las melodías de violín que tocan los viejos. Todo se debe a que es difícil trasladarse de una montaña a otra. No son simples detalles anómalos. En eso consiste la vida: salamandras, melodías de violín, tú, yo, las cosas, la escisión y el zumbido de todo, su efervescencia en forma de detalles. Sin montañas, con una sola salamandra, con una sola melodía de violín,

el mundo sería menor. Si no hay continentes, no hay violinistas. Ni zarigüeyas, ni bobos, ni patatas[3]. La tierra, sin forma, es el vacío.

Las montañas son máquinas del tiempo. En efecto, lanzan protoplasma como los rodillos de una imprenta estampan las noticias. Pero la vida ya es parte del paisaje, un factor limitante en el espacio; la vida también modela la vida. Los islotes de la geología y el clima ya se han convertido en el bosque pluvial de Brasil, que a su vez ha producido llamativas aves de colores. Resulta una perogrullada decir que toda la vida es una membrana interconectada, una trama de conexiones como una cota de malla. Pero también en este caso las Galápagos nos ofrecen una clara panorámica.

En la isla Santa Cruz, por ejemplo, los caparazones con forma de silla de montar favorecen que las tortugas se estiren hacia arriba para alcanzar los suculentos brotes de las chumberas. Pero las chumberas de esa isla y las de otras islas donde habitan las tortugas han desarrollado una estrategia propia de los árboles; los brotes inferiores son más difíciles de conseguir. Sin factores limitantes, la población de ambas especies aumentaría hasta la estratosfera.

Ça va. Así son las cosas en todas partes, *quid pro quo*, acción y reacción, disparadores e inhibidores ascendiendo en espiral como mariposas en plena pelea. En el interior de la vida, todos avasallamos a los demás. Por ejemplo,

[3] Referencia al poema «No possum, no sop, no taters» de Wallace Stevens.

¿cuántas formas animales han evolucionado como lo han hecho simplemente porque hay árboles? Nos pasamos el nitrógeno y los gases vitales, nos alimentamos y nos cobijamos, arrancamos esto de aquí, lo otro de allá, y plantamos semillas. El protoplasma responde, dando y recibiendo codazos, transmitiendo noticias.

Y a los propios islotes también los moverán. Los islotes en sí no son una necesidad preestablecida, como enormes y complejos moldes alrededor de los cuales giramos los demás. Ellos obedecen a sus propias necesidades, a los estímulos y pinchazos internos y externos.

Las montañas no están más fijas que las estrellas. El granito, por ejemplo, contiene una gran cantidad de oxígeno y es relativamente ligero. «Flota». Leí en algún sitio que cuando se forma el granito bajo la corteza terrestre, emergen grandes trozos como buñuelos. Los propios continentes son bonitos barcos color guisante. El archipiélago de las Galápagos en conjunto se desliza hacia Ecuador; Sudamérica se desliza hacia las Galápagos; Norteamérica también se desliza hacia el oeste. Nos hallamos sobre islas flotantes, sobre suelo tambaleante.

De modo que los islotes moldean la vida, la vida moldea la vida, y los islotes se mueven. Para obtener una imagen completa, hace falta un elemento más: la vida moldea los islotes.

La vida es más que una espuma verde viva sobre un estanque muerto, una descamación reluciente como un moho mucilaginoso sobre la roca. Mira el planeta. Por

todas partes, la libertad se abre camino serpenteando alrededor de la necesidad, inventando nuevas ristras de ocasiones; lanza un lazo al tiempo y lo somete a sus ritmos variados y enérgicos. Por todas partes las cosas vivas se agitan en los islotes. La suavidad es vulnerable, pero tiene voluntad; los gusanos de tubo perforan y los atolones de coral se elevan. Los líquenes, con sus delicados lóbulos, mastican las montañas de granito; los bosques, en filas apretadas, amarran las colinas. El hombre goza de mayor libertad que otros seres vivos; de un modo contrario a la entropía, deja una gran marca en lo dado, construye presas en los ríos, planta en las llanuras, dibuja con la imaginación líneas entre las estrellas.

La vieja arca se mueve, como dice el góspel. Todo ser vivo agita el agua de su territorio, atusa la hierba, remueve el aire. Las islas imprimen protoplasma; el protoplasma aporrea las islas. Podría darse que éste fuera el único mundo, y que ese mundo fuera una maraña brillante.

Como niños a lomos de delfines, los continentes cabalgan sobre sus placas tectónicas. De entre las olas se elevan nuevas tierras, mientras las antiguas se hunden por debajo de ellas. Todos los paisajes viran, el cambio florece dando lugar a más cambio. El granito gris se eleva, la arcilla roja se comprime, la arenisca amarilla se inclina, emerge de los bosques, es dividida por los ríos. Las montañas tiemblan, el hielo chirría adelante y atrás, el protoplasma se pliega en ondas sísmicas, arriba y abajo de los valles

rocosos, ramificando posibilidades, cribando los montes. La vida y los islotes, como espíritu y materia, constituyen una matriz con flecos que envuelve y es envuelta, que aprieta y sostiene. Es como una mano que lava a la otra. Es como una mano que lava a la otra y todo el tumulto sale despedido. El planeta gira embelesado dentro de sus intrincadas brumas. La galaxia es una cosa arrojada, suelta por la noche, y nuestro sistema solar es una de las muchas hogueras que, como puntos, están rodeadas de islotes proyectados. ¿Qué cantaremos?

¿Qué cantaremos mientras el fuego se consume? No podemos cantar más que detalles concretos, la melodía inconexa del tiempo, los lugares que hemos visto, los rostros que hemos conocido. Yo te cantaré las islas Galápagos, los leones marinos blandos sobre las rocas. Todavía está sucediendo todo, allí, en la verdadera luz, la marejada de corrientes frías, los pinzones que tropiezan con el viento, las pardelas que dan vueltas sobre las olas. Yo podría volver, podría continuar; o podría sentarme como «Kubla Khan»:

Tejed tres veces en torno a él un círculo,
y cerrad los ojos con terror sagrado,
pues él se ha alimentado de ambrosía
y ha bebido la leche del Paraíso.

UN CAMPO DE SILENCIO

Hay un pequeño lugar donde viví hace tiempo, en una época muy solitaria para mí, llamado «la granja». Afortunadamente, por aquel entonces era poco consciente de mi soledad y sólo la sentía de un modo profundo, desconcertante, con la alegría parcial con que un cachorro siente el dolor.

Yo adoraba aquel sitio, todavía lo adoro. Era una granja corriente, de cría de terneros y recolección de heno, muy bonita. Sus extensiones planas y desordenadas de pasto se extendían a lo largo de uno de los laterales de una carretera de medio kilómetro que recorre el interior de una isla del estrecho de Puget, en la costa de Washington. Desde el extremo más alto de la isla se veía, hacia el oeste, el estrecho del Pacífico con sus cien islas; desde el otro extremo —y desde la granja—, se veía, hacia el este, el agua

que te separaba del continente y, más allá, las montañas continentales cubiertas de nieve.

Me gustaba la confusión del lugar, la manera en que todo florecía, germinaba o se oxidaba; me gustaban los cientos de proyectos a medio concluir, los olores y el modo en que los animales siempre se escapaban. Pastorear es relajante. A menudo se desencadena un auténtico espectáculo de rodeo —dos personas y una vaca avispada pueden matar el tiempo de toda una mañana—, pero aun así es relajante. Te ríes un rato, extenuada, y se restablece el silencio; los animales regresan a los pastos, las vallas no son fijas pero, como lo parecen, aseguran la resignación temporal de las bestias; y entonces desciende una gran calma, una ausencia de prisa, la sensación de que has de inventar algo que hacer hasta que una nueva res se te escape y tengas que salir corriendo tras ella.

La granja parecía eterna, a la manera tosca de la tierra que se extiende desde tiempos remotos. La granja era tan antigua como la tierra, siempre estuvo allí, tan vieja como la isla; era la idea platónica de «granja», de sociedad humana incluso, un trozo de tierra trabajada, vivida, cultivada, arada y cosida una y otra vez, con dedos o con hojas, hacia dentro y hacia fuera, por el interior del fino tejido de la vida humana. Allí viví yo una vez.

Allí viví yo una vez y vi, desde detrás del granero, los extensos pastos al borde de la carretera colmados de silencio. De pronto, por detrás del gallo, vi que el silencio se amontonaba sobre el campo como bandejas. Aquel día los verdes

campos de heno sostuvieron el silencio sembrado con uniformidad, se combaron bajo la presión constante del silencio aguantándolo, elevándolo sobre la palma de la mano: campos despejados, un trozo de tierra, de planeta, que no se hundía bajo el talón del silencio ni se fragmentaba en pedazos dispersos, sino que permanecía secreto, disfrazado de tiempo y materia como si nada, corriente: disfrazado de uno de esos campos que aguantan el silencio sólo porque son extensos, y el silencio, enorme, se extiende a su vez sobre ellos.

Creo que no quiero volver a ver algo así. Que la soledad existe, ya lo sabía, en teoría, pero —pensé— no dentro de la luz, de la presencia de Dios, no con su permiso ni firmada con su nombre.

Yo vivía sola y alquilaba la casa de la granja. Los propietarios, de veintitantos años, vivían al otro lado de la finca. Llevaba dos o tres días inquieta y sin parar de leer. Era por la mañana. Acababa de terminar, mientras desayunaba, el cuento de Updike «Tierra pisada, ir a la iglesia, un gato agonizante, un auto revendido», que me había impresionado. Oí cantar a nuestro gallo y a dos o tres gallos del otro lado de la carretera. Salí de la casa con la esperanza sincera de ver a alguno de los propietarios, pero también con la intención de ver cantar a nuestro gallo en ese momento.

Era un domingo de final de verano, una mañana clara y tranquila de principios de septiembre. Salté la valla del corral que separaba las gallinas de los pastos; contemplé

el gallo rojo, y éste, alerta como un reptil, no me quitó el ojo de encima. Alargó el desmesurado cuello al máximo, se elevó sobre las patas, estiró el pico como si se ahogara, chilló y parpadeó. Fue una conmoción. El estruendo llegaba de todas partes y sólo la aplicación más rigurosa de la razón pudo persuadirme de que procedía única y exclusivamente de aquella ave solitaria y maníaca.

Después de una pausa, los gallos del otro lado de la carretera comenzaron a contestar a la proclama o a producir en serie otra ronda arrítmica e interrumpida. Tampoco existe un patrón o un sentido en la estridulación colectiva de las cigarras; su ritmo descompasado, sus encabalgamientos y sus cambios fallidos hacen tintinear tu espíritu como si cada uno de esos mil insectos, con idénticos sentimientos, se obstinara en permanecer sordo ante los demás, solo ante su propia estridencia.

Empujé la valla para ver si alguno de los propietarios andaba por allí. Al gallo no le dije nada, sólo lo miré. Él me miró; ambos tuvimos la prudencia de mantener el listón de la valla fuera de nuestra línea de visión, de manera que su ojo de perfil y mis dos ojos estuvieran en contacto. De vez en cuando yo miraba más allá de los pastos por si veía a alguien en la carretera.

Una de esas veces, al darme la vuelta, se hizo un silencio que me sobrecogió. Me aporreó de costado desde los cielos como un material que se vende por metros: cuatro hectáreas de firmamento caído, invisible, que obstruyó los prados. Los pastos de ambos lados de la carretera

reverdecieron de una forma inverosímil, monstruosa, impecable, como si aguantaran la respiración. Los gallos se callaron. Todas las cosas del mundo —los prados y cercados, la carretera, una camioneta naranja aparcada— estaban afligidos y cohibidos. Un mundo oprimía esas superficies, un mundo azotaba su interior, y ese mundo real, tan a punto de emerger, estaba atascado.

No había más que silencio. Se trataba del silencio de la materia atrapado en el acto, avergonzado. No había células en movimiento, aunque había células. Yo veía la forma del territorio y cómo éste sostenía el silencio. Su aplomo y su quietud eran insoportables, como el timbre de silencio que oyes dentro del cráneo cuando eres pequeño y te percatas de que estás vivo, el timbre que vuelve más tarde en la vida cuando estás enfermo.

Junto al gallinero, las moscas zumbaban sobre el barro, se movían en círculos y seguían zumbando, pedazos de sueños negros desprendidos de un sueño largo, el sueño del mundo normal. Pero los campos silentes eran el mundo real, la avanzadilla en el tiempo de la eternidad, cuyo aspecto yo recordaba, aunque no con esa forma, no con la forma de aquel día maldecido por Dios y paralizado. Me sentía alta y vertical, con mi camisa azul, avergonzada, con ganas de morir. Oí de nuevo las moscas; miré el gallo, que me observaba, inmóvil.

Por fin percibí un silbido, un silbido humano que atravesó el aire desde lejos, y no fui capaz de aguantarlo. Miré alrededor, desconsolada; sólo había movimiento en la distancia, en la granja amarilla de vacas charolesas, carretera

arriba, donde una mujer, creo, vestida de rosa, empujaba sin esfuerzo una carretilla por la hierba. Eso debió de ser lo que produjo el silbido y amontonó encima del silencio aquellas notas musicales huecas. Pero el lento sonido de la música —el bello sonido de la música que tañía el aire como una campana de piedra— era aislado y distante. Las notas se extendieron por el ambiente y se convirtieron en la parte más pesada del silencio, en la gota que colma el vaso. La mujer lejana y la carretilla eran planas y se hallaban separadas del resto, como elementos mecanizados y pintados de rosa para un escenario. Me quedé destrozada, temía no ser capaz de moverme. Algo había trastornado el mundo. Las casas, las cunetas, los pastos se curvaban bajo el silencio. Entonces, un labrador negro subió por el camino lejano dando grandes zancadas, flexible y con aspecto de dibujo animado, hacia la mujer de rosa. Debía darme la vuelta. La santidad es una fuerza ante la cual, como siempre ocurre, se puede oponer resistencia. Me había sido dada, pero no quería verla, Dios o no Dios. Era como si Dios hubiera dicho: «Estoy aquí, pero no del modo en que me conoces. Éste es el aspecto del silencio y de la soledad soportable; también esto ha sido siempre mío y ahora será tuyo». No estaba preparada para una vida de aflicción, una aflicción derivada del conocimiento, en cuyo umbral podía quedarme sin más.

Me di la vuelta con determinación y todo el espectáculo se esfumó. La realidad de las cosas se desarmó. El silbido se volvió vulgar, familiar; el aire sobre los campos alivió su presión y los prados se volvieron a encapuchar.

Yo misma podía actuar. Mientras miraba al gallo, le silbé bajito y algunas gallinas aparecieron por la ventana del gallinero, dieron la bienvenida al día y desaparecieron con un aleteo.

Varios meses después, paseando por la granja, de camino a un partido de voleibol, le comenté de pronto a un amigo, a modo informativo: «En estos campos hay ángeles». ¡Ángeles! ¡Aquel silencio tan grave y afectado, aquel verde ahogado e insoportable! Rara vez me he sorprendido tanto con algo que yo misma he dicho. ¡Ángeles! ¿Qué son los ángeles? Nunca había pensado en ángeles, bajo ningún concepto.

A partir de entonces empecé a pensar en ellos. Consideré que la gente que decía que veía ángeles debía haber presenciado espectáculos como aquel del silencio. Comencé a analizar lo que vi aquella mañana. Ahora, la impresión que tengo de aquellos campos es la de miles de espíritus —confusos, quizás, por mi negativa a llamarlos con más vehemencia o por la parálisis de mi propio espíritu en ese momento—, ángeles, casi perceptibles a simple vista, que giraban. Si me apuran, diría que se encontraban más o menos a un metro del suelo. Sólo era claro su movimiento (en el sentido de las agujas del reloj, para más detalle); eso y su belleza inefable.

En esos campos hay ángeles; en todos los campos, supongo, y en todas partes. Iría a los leones por esta convicción, la de saber que presencié aquel acontecimiento. El

sentido de todo esto sobre la percepción, el lenguaje, los ángeles o mi cordura, lo desconozco.

DIOS EN EL UMBRAL

Una fría noche de Navidad me quedé despierta hasta tarde, de manera excepcional, porque mis padres, mi hermana pequeña, que era un bebé, y yo habíamos cenado fuera. Ya en casa, regresamos a nuestro acogedor salón y a la Nochebuena. Nuestros calcetines colgaban del marco de la chimenea; al lado, sobre una mesa especial, nos esperaban una botella de *ginger ale* y un plato con galletas.

Me había quitado el elegante abrigo de invierno y estaba sobre la rejilla de la calefacción achicharrándome las suelas de los zapatos y calentándome las piernas. Se oyó un ruido en la entrada; la puerta se abrió y un viento frío sopló alrededor de mi vestido.

Todo el mundo me llamaba. «¡Mira quién está aquí! ¡Mira quién está aquí!». Miré. Era Papá Noel, al cual nunca —jamás— había querido conocer. Papá Noel acechaba

en la puerta buscándome. Por su voz, mi madre parecía emocionada: «¡Mira quién está aquí!». Corrí escaleras arriba.

Papá Noel me daba miedo, como a cualquiera en su sano juicio, porque creía que era Dios. Yo aún era irreflexiva y tosca, impulsiva. Distinguía lo bueno de lo malo, pero apenas había probado a moldear mi comportamiento, y cuando lo hacía era sólo por miedo, y no por amor. Papá Noel era un viejo al que nunca veías, pero él sí te veía a ti; sabía si habías sido buena o mala. ¡Sabía si habías sido buena o mala! Y yo había sido mala.

Mi madre me llamó una y otra vez con entusiasmo, suplicante; yo no bajaba. Mi padre me alentaba, mi hermana gritaba. No bajaba, pero lo veía por el hueco de la escalera: Papá Noel en el umbral, con la noche sobre los hombros dejando entrar todo el frío del cielo; Papá Noel en el umbral, monstruoso y resplandeciente, impotente, tocando una campanilla ruidosa y repitiendo «¡Feliz Navidad, feliz Navidad!». No bajé. Ignoro quién se comería las galletas.

Ya hace muchos años que sé que aquel Papá Noel en realidad era la señora White, que vivía al otro lado de la calle, con un disfraz improvisado; sin embargo, en mi cabeza aún confundo al elenco, de manera que Papá Noel, Dios y la señora White son una imponente y vulnerable trinidad. Esta historia, de hecho, trata sobre la señora White.

La señora White era mayor; vivía sola allá enfrente, en una gran casa. Le gustaba tenerme cerca, me atiborraba de galletas, me enseñaba cosas de la vida y trataba de fomentar mi interés por la pintura con los dedos, que a ella le encantaba. Montaba caballetes en la cocina, clavaba enormes papeles absorbentes en los marcos y pintaba escenas submarinas ondulantes: manchas horizontales de colores salpicadas con rayas verticales ocasionales que se suponía que eran algas inmóviles. Me caía bien. Ella no le deseaba mal a nadie y, aun así, seis meses después de su visita fallida como Papá Noel, volví a huir de ella.

Aquel día, durante el verano siguiente, la señora White y yo estábamos de rodillas en su patio mientras me enseñaba una lupa. Era una lente grande y resistente. Me levantó el brazo y, mientras la sostenía con firmeza, enfocó un rayo de sol sobre la palma de mi mano. El creciente resplandor se tambaleó, se dispersó y por fin se concentró en un punto. Quemaba, me estaba quemando; aparté la mano y me marché a casa llorando. La señora White me llamó, me pidió disculpas, me dio explicaciones, pero yo no miré atrás.

Todavía hoy me pregunto: si me encontrara con Dios, ¿me cogería la mano, la sostendría entre las suyas, enfocaría su ojo sobre mi palma, prendería fuego a ese punto y dejaría que me quemara?

Pues no. Fui yo quien lo malinterpretó todo y decepcionó a todo el mundo. Señora White, Dios, siento haber

huido de vosotros. Sigo huyendo, huyendo de aquel conocimiento, de aquel ojo, de aquel amor para el cual no existe refugio. Porque vosotros sólo erais amor, y más amor, y yo sólo sentía miedo y dolor. Así en Israel una vez vino a nosotros el amor encarnado, se quedó en el umbral entre dos mundos, y todos nos asustamos.

ESPEJISMOS

Durante el verano aparecen y desaparecen grandes espejismos sobre el estrecho de Puget. Mientras duran, trocean y vapulean las islas y el agua y nos vuelven esclavos de nuestros sentidos.

Es como si el verano en sí fuera un espejismo, un sueño pasivo de placer, la falsedad misma. Pues en invierno las playas permanecen vacías; las gaviotas languidecen; el aire resulta razonable, helado y cubierto de nubes. Encendemos temprano las lámparas, cerramos bien las puertas. Vivimos en la mente. Por todas partes, el agua está despejada; los únicos que pasan son los petroleros, que con sus bajas vibraciones diésel y sus potentes estelas no añaden al gemido del viento y a las olas más que un momento de mayor confusión; luego, desaparecen.

No hay nadie por allí. Pese a que nuestra isla está justo en la playa y desde ella divisamos varios kilómetros de litoral, en invierno sólo vemos una única luz humana. Al anochecer, alguien enciende una lámpara en Canadá, cerca de la costa de Saturna, una isla canadiense al otro lado del estrecho de Haro, a unas siete millas marinas. Observamos esa luz solitaria durante todo el invierno mientras nos preguntamos si allí la gente se alegrará tanto con nuestra luz como nosotros con la suya. Planeamos hacerles una visita en verano para presentarnos, pero nunca lo hicimos. En invierno no hay nadie, nada. Si ves una figura humana o un barco en el agua, agarras los prismáticos.

Pero en verano todo se llena. El día se ensancha y se alarga casi las veinticuatro horas; estamos en una latitud muy alta, más arriba de Labrador. Te dan ganas de correr durante toda la noche. La población estival se muda a las casas que durante todo el invierno permanecieron vacías, ocultas, abandonadas. Las gaviotas se pasan el día chillando y quebrando berberechos; en agosto, traen al mundo a sus polluelos. Se reanudan los partidos de voleibol en el banco de arena; alguien enciende la sauna; durante el largo atardecer, a las once, media docena de fogatas colonizan la orilla. La bahía se llena de barcas amarradas y, por detrás de ellas, de barcos de recreo, cientos de yates, veleros y lanchas motoras. El viento muere y permanece muerto, y esas aguas feroces, que durante el invierno reciben los mayores vendavales del país, de pronto son como el lago de un complejo turístico, un embalse manso, el juguete de cualquiera provisto con

un motor y una barquita. Sin duda, es un espejismo. La calefacción está encendida, la luz está encendida y alguien sirve bebidas. En la playa, untamos las almejas recién recogidas con mantequilla caliente; comemos ostras crudas de sus conchas. Jugamos a la pelota, paseamos en barca o gritamos; tenemos arena en el pelo, callos en los pies, la piel de los brazos bronceada y caliente. Es la vida de los sentidos, la vida de los placeres. Es el espejismo de la otra parte de la concha. Se esfuma, como toda diversión, y regresan los vientos vacíos.

Pero ya está bien de moral. La historia es más simple que todo eso, es una cuestión de física pura y dura, una cuestión de sentidos. Sólo que esos espejismos abundan por aquí.

Cuando la cubierta de nubes invernales desaparece, el planeta desnudo queda expuesto a las maravillas. El aire caldeado del verano, pulverizado bajo el frío aire del norte, se vuelve lenticular, con forma de lenteja, de lente. Cuando el aire entero es una lente, ¡cómo se enciende el cerebro! Vivimos entre grandes pilas de espejismos, entre estacas, pilotes y montones de luz ondulante. Vivimos en una sala de espejos bordeada por un horizonte agujereado y combado.

Incluso ahora, mientras escribo, un espejismo está estirando la isla de Saturna como si de un caramelo masticable se tratara. Las orillas más alejadas de la isla empiezan a abrirse y a elevarse desde el agua. Lo que antes era una playa rasa se ha convertido en un alto acantilado. Me

pregunto: ¿seguirá allí aquella gente cuya lámpara veíamos en invierno? ¿O también se habrán estirado y habrán cambiado de forma? Si fuéramos ahora a conocerlos, ¿nos los encontraríamos tambaleándose en su jardín, como jirafas, incapaces de llegar al suelo para cuidar de sus guisantes?

Muy pocos ven los espejismos. En realidad yo tampoco los había visto hasta que me alertó un artículo de *Scientific American*. Los espejismos, como todo lo inusual, son difíciles de ver. La mente espera lo usual. Si un petrolero parece estar navegando diez metros por encima de la superficie del agua, la mente verterá el agua necesaria para que el petrolero flote como es debido, engañe a los ojos y mande callar el mensaje agorero que le han enviado. El cerebro nunca sabe nada. «¿Qué espejismos?», dicen todos.

Los espejismos presentan dos características insospechadas que, por cierto, comparten con los arcoíris. La primera es que se fotografían muy bien; el artículo de *Scientific American* incluía una imagen de gente que paseaba sobre el agua por en medio de una flota de navíos. La segunda es que las lentes de aumento —telescopios, teleobjetivos, prismáticos—, lejos de delatar las miserias de las ilusiones, las confirman y clarifican. Siempre miro los espejismos con prismáticos; su aumento añade detalles y solidez a la visión. Unas manchas de colores, grandes y brillantes, aparecen sobre el agua, se expanden y contraen formando listones como persianas venecianas;

los prismáticos agrandan la imagen. Los acantilados alargados de Saturna se alzan con grandiosidad donde jamás existieron acantilados: son altas palizadas que a simple vista poseen cierto aspecto traslúcido y falso, como si al estirarse, su materia hubiera adelgazado; a través de los prismáticos, en cambio, son tan opacos como cualquier acantilado, escarpados, sólidos, unos auténticos promontorios doblemente misteriosos.

Ayer estuve en la playa y observé dos espectáculos de luz en uno. El día era bueno, apacible y cálido; enfrente, hacia el oeste, se extendía una ristra de islas. Al sur vi que se abría un ancho canal entre las islas, una deformación alargada y creciente por donde vagaban tres inocentes veleros que se transformaron en objetos gloriosos. Un balandro de seis metros se adentró por el extremo más estrecho del espejismo y, ante mis ojos, empezó a expandirse. Su mástil creció como el tallo de las judías; sus velas se alzaron como tornados. El intrépido barco, mientras recorría el aire ligero y llegaba a la parte más ancha del *crescendo*, ¡izó una vela de balón de cincuenta metros de alto! Había una flota de barcos como ése en el estrecho. Eran veleros de ensueño, gigantescos y pesados, enormes barcos míticos que navegaban con viento solar y arrastraban sus minúsculos cascos como si fueran anclas. En ese momento, en el *crescendo*, apareció también un yate blanco de pesca deportiva de salmón, y más allá, en la otra punta, una tarta nupcial que dejaba una estela tras de sí, Dios sabe si conducida por algún veraneante estirado como un gibón.

Mientras esos barcos del sur proliferaban transfigurados sobre las aguas mansas, más al norte el mar parecía entrar en erupción y se curvaba para formar colinas y valles. El agua, como digo, tomó unas proporciones absurdas mientras se vertía formando largas crestas paralelas como las de una tabla de lavar. No había olas; las calmadas aguas parecían estar dentadas y arrugadas como los Apalaches, como una enorme escalinata plegada en líneas alargadas de montes y valles de veinte metros. En este caos de pendientes, un sinfín de yates blancos luchaba por subir y bajar. Los barcos se arrastraban como tanques sobre terraplenes y trincheras; cuando apuntaban con la proa hacia el cielo, sus cascos se agitaban por encima de las crestas con tanta verticalidad que pensé que se volcarían hacia atrás como un montón de monociclos. El mar estaba como un plato. Sólo aquella zona estaba desquiciada, como si se hubiera cansado de la monotonía de ser un paisaje marino año tras año y ahora tratara de emular toscamente el escarpado relieve de la tierra.

Entonces el espectáculo desapareció. Al sur, los veleros gigantes y los yates de tarta nupcial de pronto emergieron del resplandor con unas proporciones y una modestia corrientes. Pese a todo, de los mástiles y sobre los camarotes aún pendía el recuerdo de cierto fulgor, jirones destellantes de su reciente gloria. Continuaron por el horizonte como criaturas elegidas, como las caravanas rezagadas y brillantes de la generación del desierto cuando abandonó el Sinaí. Al norte, los pequeños yates ahora navegaban desde los cañones hasta aguas normales, que parecían

mansísimas. Otras embarcaciones seguían aventurándose por las crestas, pero su altura no era tan apabullante; poco a poco, en el transcurso de una hora, las montañas se acomodaron sobre el agua, que las engulló del modo en que el agua siempre lo engulle todo, en la literatura y en la realidad: como si nunca hubieran existido.

PEREGRINO

Si la supervivencia es un arte, los mangles son artistas de la belleza: no sólo existen como tales —con sus cortezas lisas, sus hojas brillantes y sus marañas de misterio superpuesto— sino que también pueden adoptar la forma de islas flotantes, de árboles erguidos y sin ataduras, vivos y sin hogar en el agua.

He visto varios mangles, siempre a orillas de mares tropicales, en Florida y en las Galápagos. Está el mangle rojo, el amarillo, el botón y el negro. Todos ellos son árboles bajos y frondosos, de hojas cerosas, cubiertos de raíces aéreas, con arbotantes leñosos y unas extrañas vainas correosas. Esta maleza crece a partir de un suelo fangoso y negro, apelmazado como un trapo embarrado, un lodo carente de otras plantas, sombrío, frío al tacto, en cuyos bordes las garzas dejan sus huellas mientras los tiburones olisquean sus fondos.

Estos árboles de las orillas son los que, en caso de producirse una catástrofe, pueden convertirse en islas flotantes. Una inundación provocada por un huracán o una torrencial corriente de resaca pueden arrancar un árbol de la orilla o de la desembocadura de un río afectado por las mareas y arrojarlo al mar. El árbol se queda flotando. Es una isla de mangle arrastrada por el viento.

En nuestro planeta hay islas flotantes; es algo que me asombra. El ingenuo de Plinio describió varias islas que parecían ser manglares que flotaban por un río. La gente los llamaba «los bailarines», porque «como en cualquier agrupación musical, se agitan y se mueven al ritmo de los pies manteniendo el compás».

Los árboles que flotan en los ríos son menos sorprendentes que los que flotan en el pernicioso mar. Un árbol no puede vivir en sal. Los mangles exudan la sal por las hojas; este hecho se aprecia incluso en los mangles negros de la orilla, en cuyas hojas se forma una sutil costra blanca. Si chupas una de esas hojas, la lengua se te pliega: tu boca es un montón de sal.

Un árbol tampoco puede vivir sin suelo. Una isla de manglar originada por un huracán puede arrastrar su suelo hasta el mar. Otros, en cambio, crean su propio suelo —y su propia isla— desde cero. Ésos son los que me interesan. Las semillas germinan en el fruto sobre el árbol. El embrión germinado puede caer en cualquier parte, por ejemplo, en una pizca de fango flotante. El pesado extremo de la raíz se hunde en él; se despliega una plúmula frondosa. El pequeño plantón flotante ya está en camino.

Pronto extenderá raíces aéreas en todas direcciones para atrapar restos. El retoño extiende una red que se entrelaza, los intersticios se estrechan y el agua se calma al socaire. Las bacterias prosperan en ese caldo de cultivo; proliferan los anfípodos. Estas criaturas crecen y mueren en los húmedos pies del árbol. El suelo se vuelve más espeso por la acumulación de agua de lluvia, hojas en descomposición, conchas marinas y guano; la isla se extiende.

Cuantas más semillas y más lodo, más árboles en la nueva isla. Se desarrolla una sociedad en una maraña de interdependencias. La isla se tambalea menos con las olas. Los peces abarrotan las aguas mansas aplacadas entre el barullo de raíces. Pronto, los peces del fango —unos pececillos de unos diez centímetros de longitud— trepan por las raíces de los mangles en busca de aire y, a través de sus ojos periscópicos acechantes, otean como caracoles terrestres. Las ostras se adhieren a las raíces sumergidas, al igual que las estrellas de mar, los pequeños caracoles y las criaturas que viven entre los laberintos de algas. Los camarones buscan allí cobijo; las lapas, sujeción; las aves pelágicas, un lugar donde descansar.

Y el manglar flota a la deriva. Avanza tambaleante y caprichoso al amor del viento. Su destino y dirección son arbitrarios. Puede que cruce el océano y alcance la orilla de otro continente. Puede que se muera de hambre o que se seque cuando aún es un retoño. Puede que se vuelque con una tormenta y que se vaya a pique. Puede que, por una remota casualidad, se quede atrapado en las raíces traqueteantes de otro manglar y se una a él. Lo más

probable es que vague por el océano desconocido alimentándose de seres muertos, creciendo, tejiendo un suelo improvisado a su paso, con camarones en los dedos de los pies y charranes en el pelo.

Podría ser peor.

Me debato entre la idea del planeta como hogar —una morada de piedra con jardín, acogedora y familiar— y la idea del planeta como territorio de exilio austero donde todos estamos de paso. Hoy me decanto por esta segunda opción. La palabra «peregrino» aparece muy a menudo en el Antiguo Testamento. Hace referencia al sentido errante de un pueblo nómada, a la sensación de extrañeza de un pueblo suplicante, a la intuición de pérdida severa de un pueblo inteligente: «Porque somos forasteros y peregrinos delante de ti, como lo fueron todos nuestros padres; como una sombra son nuestros días sobre la tierra, y no hay esperanza».

No sabemos de dónde somos, pero en estos tiempos de aflicción no parece que sea éste nuestro lugar, con estas estúpidas flores de pensamiento y estas absurdas montañas, con estas esponjas y estos pájaros de mirada fría. Durante los tiempos de aflicción, la inocencia de las demás criaturas —de las que y con las que evolucionamos— se asemeja a una farsa. Su camino no es el nuestro. Entre ellas recordamos a los accesorios vivientes de una tragedia —o de una gran sátira— sobre un escenario abierto de roca.

No parece que seamos de aquí, donde el espacio es curvo, la tierra es redonda y todos vamos a morir, donde quedarse en la cama nos resulta una opción tan inteligente

como la de moverse. El clima es extraño, hace demasiado frío o hace demasiado calor, hay demasiada frondosidad, demasiados seres no comestibles, hace viento, hay demasiada muerte. Sinceramente, no es el tipo de hogar que uno se imagina para la gente, aunque carezco de imaginación para pensar en otro.

El planeta en sí es un peregrino en un espacio sin aire, una bola húmeda arrojada a través de la nada. Los pocos objetos que hay en el universo se dispersan. La coherencia de la materia se reduce y se desmorona hacia la quietud. He leído y repetido que nuestro sistema solar en su conjunto navega por el espacio hacia un punto al este de Hércules. Y yo me pregunto: ¿qué querrá decir eso de «al este de Hércules»? ¿El espacio no es curvo? ¿Cambiará nuestro rumbo cuando lleguemos «allí»? ¿Y por qué? ¿Nos resbalaremos por el arco interior del universo como barro lanzado a un muro? ¿Qué tipo de acogedora ribera es ese «este de Hércules»? Sin duda no echaremos allí el ancla para desembarcar y cenar con nuestro anfitrión. ¿Alguien gritará: «¡Última parada! ¡Última parada!»? En todo caso, el este de Hércules, como el este del Edén, no es un lugar al que podamos llamar hogar. Se trata de una travesía sin dirección; está «fuera». Y vamos lanzados.

Estos pensamientos son enervantes, los pensamientos de la desesperación.

Acuden en tropel sin que nadie los llame cuando la vida humana va mal, cuando perdemos el control de

nuestra vida o la ilusión de control, y nos da la sensación de que no nos movemos hacia ningún lugar concreto, sino que simplemente flotamos. Nuestra vida parece estar maldecida con ser tan sólo un zigzagueo, una travesía sin fin. Incluso la naturaleza es hostil y venenosa, como si para nuestra vulnerabilidad fuera imposible sobrevivir en estas piedras mordaces.

El carácter verdadero o falso de estos pensamientos me resulta menos interesante que las posibilidades de belleza que encierran. Nos encontramos aquí y ahora, donde la belleza crece. Aun si las cosas son todo lo malas que pueden llegar a ser, tan carentes de significado, el asunto de la verdad resulta indiferente; podemos dar rienda suelta a nuestros sentimientos y, con todo el buen ánimo que podamos reunir, salir con un baile de claqué.

El planeta no es tanto una nave espacial —la nave espacial Tierra— como un manglar desprotegido, bello y sin ataduras. Las personas comenzamos pequeñas tiempo atrás y, desde entonces, hemos acumulado una gran cantidad de suelo reconfortante y fangoso de cultura humana. En él hemos echado raíces; lo llevamos con nosotros a través de la nada, a ningún lugar. La expresión «a ningún lugar» es nuestra señal; el grupo de músicos comienza a tocar, y nosotros, desde el coro, nos sacudimos, nos movemos y empezamos a hacer girar nuestros sombreros. Un manglar a la deriva se vuelve para bailar. A su paso, crea su propio suelo, se balancea al azar sobre el mar salado, día y noche, alrededor del sol, alrededor del sol hacia el este de Hércules.

ASES Y OCHOS

I

Estoy aquí en contra de mi buen juicio. Hace tiempo comprendí cómo sería el fin de semana; sobre todo, supe que acabaría. En casa, junto a mi escritorio, garabateé algo en unos cuadernos y me imaginé a mí y a la niña en la orilla del río, al lado de la casa del bosque observando las flores arrastradas río abajo o las hojas muertas arrastradas río abajo o el agua —lo que quiera que fuera— mientras pensábamos, cada una por su lado: recuerda esto, recuerda este fin de semana en el campo. Y supe que en vez de ver (por no hablar de recordar) las flores, las hojas o lo que fuera, la niña y yo veríamos y recordaríamos una imagen tenue de nosotras mismas como figuras contiguas en la orilla, como figuras en nuestros futuros recuerdos, como puntos de fuga de una nostalgia absurda y manufacturada.

No tenía sentido ir. En el mejor de los casos, echaríamos de menos todo aquello. Si algún momento del fin de semana resultaba mínimamente agradable y merecía la pena que lo recordáramos por eso o sólo en tanto que irrepetible, sería insoportable. ¿Quién sometería a una niña a semejante sufrimiento? Por otra parte, a lo mejor llovía.

En definitiva, decidí no venir. La niña tiene nueve años y una nostalgia morbosa, además de la tendencia a convertir la menor ocasión en un momento significativo. Yo tengo treinta y cinco años; mi tolerancia a la aflicción ha disminuido al mínimo. Si lo deseo —que no es el caso—, puedo vivir instantes irrepetibles, aunque espantosos, en cualquier sitio y en cualquier lugar, basta con que les adjudique tal categoría en mi mente.

Pero al final aquí estamos la niña y yo, y el perro. Es un fin de semana de mediados de julio. Nos marcharemos el domingo a primera hora de la mañana.

La casa de campo está en los Apalaches, en un valle poblado desde hace mucho tiempo. El bosque ya ha sido replantado diez o doce veces: robles, arces y nogales, con cicutas y laureles en los barrancos. Siempre es así en los Apalaches, desde Maine hasta Georgia. En los cincuenta estados no hay otro lugar en el que se pueda trazar un camino por el campo en línea recta donde haya tan pocos cambios en tres mil trescientos kilómetros.

Las cimas son secas —robles de Maryland, arbustos de bayas y pinos— y escarpadas. Hay un sitio cerca de

aquí, encima de una montaña abrupta, llamado Carson's Castle. Un verano, hace muchos años, un vecino llamado Noah Very nos llevó allí de excursión a mí y a mis primos. No es más que una cueva en lo alto de la montaña con un murete de piedra delante. El murete sobresale tanto que tienes que asomarte y mirar para ver el arroyo que corre más abajo. En el siglo XVIII, este arroyo constituía parte de la frontera del estado.

El señor Very nos llevó allí a todos los niños y nos contó que una vez los indios persiguieron a Carson; éste huyó por las montañas y se escondió en la cueva. Los indios, cuando alcanzaban el borde del barranco en fila india —como es natural en ellos—, se detuvieron para preguntarse dónde estaría Carson. En ese momento, Carson aprovechó para empujarlos uno a uno desde el murete de piedra, fuera del murete, fuera de la montaña y fuera del estado. Los empujó hasta que no quedó ninguno. En cualquier caso, ésa es la leyenda. Una vieja leyenda india, supongo.

Yo, que siempre he sido quisquillosa y me lo he tomado todo al pie de la letra, esperaba encontrarme con un castillo bastante ostentoso, así que me sentí decepcionada. Pero ahora prefiero recordar aquella excursión como un éxito absoluto y me siento agradecida hacia el «conde» Noah Very, para quien pretendo elaborar un bizcocho durante nuestra estancia, a pesar de que ya hace mucho que se convirtió en un viejo cascarrabias y desagradable.

Como decía, las cimas son secas y las tierras más bajas, húmedas. En las riberas de los ríos crecen sicomoros,

tulíperos, sauces y arces plateados; hay balsaminas en el sol y rododendros en la sombra. La casa está en un pequeño claro del bosque, junto a un río.

La niña ha descubierto la pizarra de la habitación infantil. La arrastra hasta el salón, donde yo estoy sentada, y escribe: «Quiero a Francis Burn». Dice que Francis Burn es un chico de su colegio que está en sexto. Cuando le pregunto qué tiene Francis Burn para que lo quiera tanto, ella me contesta que es muy mono.

Conocí a una mujer, que ya falleció, que era experta en filosofía alemana. Acababa de quedarse viuda. Su marido —un hombre mayor, distante y huraño— fue catedrático de Historia Intelectual; entre los dos habían escrito una docena de libros. Una vez que estábamos las dos solas, la mujer se echó a llorar. Lloraba desconsolada abrazada a mí y repetía sobre mi hombro: «¡Era tan mono!».

La niña arrastra la pizarra hasta una pared vacía para que nos sirva como mural durante el fin de semana. Tiene nueve años, es una niña muy querida, con un rostro transparente como el cielo e igual de independiente que éste. La he visto crecer. Hace tan sólo tres o cuatro años poseía una receptividad superficial muy infantil; encajaba en el mundo del tiempo y el mundo del tiempo encajaba en ella de un modo tan inconsciente como el cielo encaja en sus límites o un río en sus orillas. Pero al crecer, su sonrisa se ha ensanchado con un deje de miedo y su mirada ha adquirido profundidad. Ya es consciente de algunas de las pérdidas que sufrimos por estar aquí y del extraordinario

peaje que hay que pagar mientras tanto. Hemos vivido juntas con tanta frecuencia y nos hemos separado tantas veces que el hecho de vernos ya implica pérdida. El abrazo cada vez más alto que nos damos al saludarnos es un tanto lacrimoso, pues somos conscientes de nuestra inminente separación; por suerte, la misma anticipación anula nuestras despedidas, y nos abrazamos entonces llenas de alegría, como familiares que se reencuentran después de mucho tiempo.

Llevo años sin venir aquí, pero suelo pensar en este sitio cuando no puedo dormir. Estoy en la orilla y observo el movimiento del río, los reflejos moteados del agua que se agitan en las ramas abovedadas de un sicomoro, en su tronco y en la punta de sus hojas. Al otro lado del río veo unos pastos nervados por las huellas de las vacas. El rastro serpentea por la ribera del río y corta por entre los enebros, las matas de cardos y los rosales; luego, asciende por una cuesta pelada que deja ver todas las irregularidades del terreno a los pies de una montaña boscosa. Allí, con una valla de madera desvencijada, termina el pasto y comienza el bosque.

Personalmente, el hecho de mantener la imagen de las golden guernsey me parece poco natural. Pero reconozco que las vacas en sí son inocentes. Las vacas, en mi soporífera visión, se distribuyen por el paisaje otorgando áreas sólidas de un tono cálido a un campo que, en caso contrario, sería de un verde pálido y sentimental. Detrás de los pastos hay una linde de árboles, un campo

de maíz empinado y, más allá, la ondulación de las montañas.

Cuando abrimos la puerta de la casa, hace una hora, me encontré con una nota pegada en la nevera. Decía: «Cerillas en la caja de lata de la chimenea. No comer las bayas moradas que crecen junto al porche. Los bulbos que crecen junto al río sí, pero bien cocidos. Los arándanos del bosque sientan mal». El texto estaba acompañado de unos dibujos esquemáticos pero minuciosos de las plantas en cuestión: una mata de hierba carmín, algo que no reconozco, un arándano. Los arándanos son comestibles. A lo largo de los años ha pasado mucha gente por esta casa de campo, incluyendo, supongo, tiquismiquis con el estómago delicado y algún que otro bromista. Si me interesaran esas cosas, tendría que investigarlo todo desde el principio, pero ya no me interesan. Ha transcurrido bastante tiempo desde que dejé de degustar trozos de paisaje. Me he traído de casa una caja con comida.

En este lado del río sólo hay bosque, además de una sorprendente cantidad de caminos asfaltados. A la casa se llega por un carril empinado que baja desde la colina; se aparca aquí al lado, en la hierba, en esa fina capa de hierba azulina y redondeada que crece bajo los árboles. La casa descansa sobre bloques de cemento; frente a ella, una especie de jardín se extiende hasta el borde del río.

Durante los años veinte, los empresarios americanos comenzaron a construir casas de veraneo prefabricadas;

ésta es una de las primeras. Pero no parece prefabricada. Tiene ese aire idílico que roza lo recargado: estructura blanca, dos dormitorios, un gran porche cerrado y varias celosías pintadas. Cuando te tumbas en la cama ves los gigantescos tornillos del techo que mantienen unida la estructura. Los tornillos también están pintados de blanco, como todo lo demás.

Ya sabes lo que supone abrir una casa de campo. Entras cargada con tu caja de comida y tu bolsa de lona llena de libros. Lo dejas todo en una encimera y te diriges a toda prisa hacia la ventana más alejada para echar un vistazo. Diría que venir a una casa de campo es como nacer, salvo que al mundo no venimos con una caja de comida y una bolsa de lona llena de libros, a menos que consideres estos elementos como símbolos metonímicos de la cultura. Abrir una casa de vacaciones es como nacer: en el momento en que entras, tienes todo el tiempo del que dispondrás jamás.

La niña afirma —siempre lo ha hecho— que se acuerda de cuando nació. Es un captador de atención infalible. «Recuerdo —dice— que la luz me molestaba en los ojos». Muchas de sus anécdotas son tan literarias como ésta y más que autocompasivas. ¿Debería dejar de abrazarla tanto?

Rellenando el hueco de la ventana, embutido en cada uno de sus nueve cristales cuadrados, desciende el río.

La luz amarilla de la tarde se ha desprendido del agua y la luz azul de la noche se está desvaneciendo; las ramas del sicomoro de la orilla se aplanan y se oscurecen. Veo el cielo sobre el río que fluye. Azul, hace pedazos y tira; azul, atrapa y acumula tras una roca. El sol está más bajo que las montañas, pero no más bajo que el mundo.

La niña y yo vamos a jugar al agua. Salimos de la casa, nos agachamos junto a la orilla y mandamos palos río abajo. Enseguida la noche es tan cerrada que no vemos nada. Traemos unas cuantas velas de la casa; cogemos algunos maderos planos de la pila de leña; encendemos las velas, las pegamos a los maderos y las soltamos en el río. El río y el cielo son una masa azul bordeada por un negro indescifrable. Ahora vemos las llamas de las velas que marcan su propio camino. Vemos cómo vagan sobre el agua, cómo se tambalean con la corriente y van consumiéndose, una a una, justo antes de tomar una curva negra e invisible.

«No puedes matar el tiempo —leí una vez— sin herir la eternidad»[4]. Ese descenso de las velas por el río ¿no fue bonito? ¿Por qué, entonces, mientras veíamos las velas tambaleándose río abajo pensé que debía ser mejor? Parecía que duraba mucho tiempo y que acababa demasiado pronto, ambas cosas a la vez. Como recuerdo, en cambio, sigue estando bien.

En la cama, miro los tornillos pintados de blanco de las paredes. Oigo el rumor del río por la ventana cuando me

[4] Se trata de una cita de Henry David Thoreau.

acuerdo de escuchar. Leo una revista que contiene unas instrucciones para saltar desde un tren en marcha:

> Si por alguna extraordinaria razón tiene que saltar de un tren en marcha, mire adelante y trate de escoger un lugar de apariencia blanda. Lance su equipaje y, mientras salta, eche la espalda hacia atrás (ésta es la parte complicada) y dé varias zancadas grandes en el aire. Si se inclina lo suficiente y no tropieza al llegar al suelo, experimentará la emoción inusual de correr a cincuenta y cinco o sesenta kilómetros por hora.

Me olvido de escuchar el río. Cierta euforia me impide dormir. Me levanto para ir al porche y me quedo allí de pie con la puerta trasera abierta. Hay un chotacabras; hay estrellas sobre los pastos. Se me ocurre saltar del porche, que orbita a ciento diez mil kilómetros por hora. Tengo previsto dar grandes zancadas en el aire. Me doy cuenta de que será una emoción inusual, pero por desgracia no encuentro un lugar de apariencia blanda.

II

Sábado por la mañana y todo está cambiado. La claridad del sol deslumbra sobre la mesa y sobre el brillante suelo de madera; la niña y yo deambulamos entornando los ojos, ávidas de acción. ¿Cómo he podido tener ganas de leer alguna vez? Me cuesta creer que anoche jugáramos a

las cartas en esta misma mesa, casi entre susurros, en un círculo de luz artificial de no más de metro y medio de diámetro. ¿Quién querría leer o jugar a las cartas un sábado a primera hora? Hemos cambiado tanto de la noche a la mañana y nos importa tan poco lo que sucedió ayer que parece que hubiéramos tomado un vuelo nocturno a Nepal.

La niña ha encontrado una bicicleta debajo del porche y quiere montarse en ella. Por increíble que parezca, a su lado hay un bombín medio enterrado que, después de limpiarlo, de engrasar el mango y de retirar la suciedad de la boquilla con un clip, resulta que funciona. Saco la bici y la arrastro hasta la hierba azulada que bordea el carril de acceso y la coloco junto a un manzano. Inflo las ruedas. Encuentro una llave inglesa para ajustar el sillín y un poco de aceite para aflojar el perno; bajo el sillín. Regulo el manillar. Engraso la cadena y la dirección. De paso, lavo el asiento, los puños y los guardabarros.

Mientras me ocupo de estas tareas, que me llevan toda la mañana, la niña y yo cantamos algunos temas antiguos de *jazz* Dixieland —«The World is Waiting for the Sunrise», «Cherokee», «Basin Street Blues»— que ya hemos cantado en muchas otras ocasiones. Cuando la bici está lista, es casi hora de comer. La niña se monta en la bici y sube la cuesta tambaleándose. Gira a la derecha, baja la colina y desaparece cantando a voz en grito.

Sobre la hierba azulada, bajo el manzano, hay dos llaves inglesas, una lata de aceite, un martillo, un estropajo,

un clip deformado, una pila de servilletas de papel y de esponjas sucias, un cubo de agua sucia y el jersey de la niña. Tengo hambre. En toda la historia del mundo, jamás había sido tan tarde.

No sé cuándo volverá la niña ni si querrá ir a dar un paseo. Saco mis cuadernos y me siento a la mesa.

Aparece la niña, sana y entusiasta. Ha descubierto un largo camino por donde montar en bici. Mientras me lo cuenta, mete la mano en el cajón de la mesa y saca la baraja que hemos traído. Se sienta a la mesa, mezcla las cartas y pregunta si tenemos pinzas de la ropa.

Siempre me ha sorprendido lo derecha que se sienta en la silla, lo conmovedora que es la imagen de sus manos, en apariencia carentes de huesos, y lo a gusto que se la ve con ellas, lo consciente que es de sus manos. Una vez me preguntó si podía asegurarlas. ¿Tenemos pinzas de la ropa?

Quiere pinzas de la ropa para sujetar varias cartas a la bicicleta, de manera que, cuando las ruedas giren, rocen los radios y hagan ruido. Saca un par de ases y un par de ochos.

Anoche jugamos al póquer. Llenamos las cartas de grasa de palomitas; utilizamos aspirinas a modo de fichas. En el transcurso de la partida saqué una doble pareja de ases y ochos, «la mano del muerto», y le expliqué en qué consistía. Le conté que se llama así porque Jesse James tenía esas cartas cuando le dispararon por la espalda. No recuerdo muy bien por qué le dispararon por la espalda, pero me inventé algo que ojalá se le olvide antes de que se lo cuente a otra persona.

Encuentro varias pinzas de la ropa con muelle en esta casa de campo preequipada que parece tener todo lo necesario para la vida en la tierra excepto fichas de póquer. Le preparo un bocadillo y lo meto en una mochila con un bote de leche, un plátano y un librito de adivinanzas muy divertido que encontré anoche. Se larga.

Una vez, hace mucho tiempo, hubo una niña de nueve años que quería a Walter Milligan. Un sábado por la mañana estaba paseando por el barrio del colegio mientras pensaba: «La realidad es que —como he oído muchas veces— dentro de varios años ya no querré a Walter Milligan. Es probable que me case con otra persona. Seré infiel; olvidaré a Walter Milligan».

Para sus adentros, de un modo que jamás olvidaría, pensó que si lo que decían de Walter Milligan era verdad, también lo sería todo lo demás: algún día le caería bien su hermana y algún día se alegraría de haber recibido clases de piano. En ese momento esperaba a que el semáforo cambiara para poder cruzar. Era lo único que podía hacer para acordarse de que no la atropellaran y así vivir para traicionarse a sí misma. Por su mente transcurrieron una serie de ideas encadenadas: si todas esas pasiones mías se anulan, ¿qué será de mí? ¿Y qué soy yo entonces?

Se veía a sí misma bastante real, obstinada y consciente, pero debía considerar la posibilidad —incluso la alta probabilidad— de ser un fenómeno efímero, algo feroz y evanescente como un aguacero, una forma transitoria, como un renacuajo o un brote de invierno —no la cosa

en sí, sino el atisbo de la cosa—, y de que estuviera siendo arrastrada irremediablemente y en contra de sus deseos hacia el suicidio, hacia la pérdida segura de su ser y de todo lo que le importaba. Ella desaparecería junto con todo lo que le importaba —esa combinación particular de amor hacia Walter Milligan y odio hacia su hermana y hacia las clases de piano, etc.—; ella misma lo destruiría todo en contra de su voluntad.

Cuando cambie, ¿dónde irá esa otra persona? ¿Podrá alguien mantenerla viva, mantener viva a esa persona que está en la calle, mantener vivas sus pasiones? ¿La recordará la inconcebible persona adulta en la que ha de convertirse? ¿Pensará que es estúpida? ¿Se reirá de ella?

Como era obstinada, se hizo una promesa. El semáforo cambió; cruzó la calle y echó a andar por la acera empinada que conducía al colegio. Tengo que ser leal, ya que nadie lo es. Si así es el sistema, lo derribaré. Montaré en bici y caminaré por estas mismas calles, que son mi hogar, hasta que me muera. Querré a Walter Milligan, odiaré a mi hermana, leeré y pasearé por el bosque hasta que me muera. Y nunca, jamás, me sentaré a beber o a fumar o a hacer otra cosa que no sea hablar.

Lo más destacado de su juramento fue eso, que recordaría el juramento. Tomó conciencia de su entorno; hacía frío. Incluso mientras caminaba con tanto ímpetu cuesta arriba sentía frío, a la vez que una poderosa energía que la iluminaba. A su izquierda estaba la escuela elemental construida en piedra, vacía por ser sábado. Al otro lado de la calle había una oscura fila de casas de piedra y ladrillo

con porches sostenidos por columnas. El suelo de los porches estaba pintado de rojo, de gris o de verde. Aquél no era su barrio, pero era su territorio. Apretó el paso hasta la siguiente esquina. Encomendó a la memoria el aspecto de aquella manzana, de aquel barrio: la conocida acera agrietada, su color pálido, la arena que se acumulaba en las grietas, los sicomoros, el cielo encapotado.

Ahora es sábado a primera hora de la tarde: el centro del fin de semana.

Estoy sentada bajo el sicomoro de la orilla que hay más abajo de la casa, justo debajo del carril de acceso. El perro y yo hemos vuelto de dar un paseo por el bosque río arriba. Ahora estoy sentada y miro a mi alrededor intentando consolar al perro, que a su vez intenta convencerme de que continuemos descendiendo el río hasta Nueva Orleans.

Ha transcurrido medio día de pleno verano a mediados de julio. Eso significa, en esencia, que el cielo no existe, o no es, al fin y al cabo, algo que te pares a examinar. Bajo el cielo, se pierden en la distancia unos picos brumosos llenos de árboles: las montañas. Por debajo de ellas se agolpan las laderas de maizales. En los pastos de las llanuras, una docena de vacas marrones dormita de pie, con la cabeza gacha, o pace en la pendiente cercana a la valla bajo la sombra del bosque. Diviso un papamoscas sobre una rama al otro lado del río. El aire está tan lleno de comida que el papamoscas no abandona su rama; sólo tiene que doblar la cabeza, abrir el pico y comer.

Hay dos cosas que me distraen. Una es un grupo de carpas en el fondo del río; veo las carpas cuando las ramas del sicomoro proyectan sombra. Durante los ratos de excesiva ociosidad como éste, no sólo se ven peces, sino también una red laxa de luces sobre sus lomos. El mismo estampado móvil se abate sobre el fondo pedregoso del río. Parece que alguien hubiera arrojado sobre los peces una red hecha de luz solar. Hay gente que come carpas.

Cerca de la orilla, a mis pies, hay un remanso soleado sobre el cual caminan docenas de insectos patinadores con grandes zancadas. Parecen ir deprisa para no hundirse. Enseguida descubro que esos insectos en realidad se están deslizando por la parte inferior de una nube. El agua refleja un retazo del cielo y un cúmulo completo. En la parte baja de ese cúmulo es donde buscan comida los insectos patinadores. Son del tamaño de biplanos o de aves prehistóricas. Inconscientes, trajinan sobre el fondo de una nube aferrados bocabajo a esa delicada materia como lagartos pegados al techo.

Mientras estas intrincaciones estrechan el foco de mi atención, el perro levanta la vista. Yo levanto la vista. El ancho mundo entra en mi campo visual y se desvanece de golpe cuando escucho un sonido. El perro y yo lo oímos. Se trata de una serie de chasquidos que llega desde el carril. Es la niña que sube en bicicleta por la colina.

La niña sube en bicicleta por la colina. Me levanto y miro a mi alrededor; el espeso follaje del verano me tapa el carril.

Me doy la vuelta hacia el río y oigo las cartas contra los radios. Su traqueteo es seco y lento, pues la colina es empinada. Ahora el esfuerzo disminuye de manera evidente; el traqueteo continúa. De pronto, sin que resulte perceptible, empieza a bajar. Aumenta el ritmo. El chasquido de las cartas persiste mientras la niña rueda; el ritmo se acelera, la niña rueda, el traqueteo de las cartas es tan rápido que se vuelve borroso. Desciende con un zumbido por la colina. La veo entre los árboles, río abajo, donde la carretera se allana. Ella está bien, avanza sin pedalear, con la espalda inclinada hacia atrás.

Nos encanta asustarnos a nosotros mismos con tonterías, aunque con el paso del tiempo cada vez menos. ¿He dicho ya que mis compañeros de clase y yo tenemos treinta y cinco años?

Los pawne sostienen la antigua creencia de que entre los treinta y los cuarenta estás «en la cima». La idea es que a esa edad tienes una amplia visión y estás en plenitud de fuerzas tanto para asumir el esfuerzo de la subida de la juventud como para descender por la pendiente de la edad. Me atrevo a decir que esta metáfora es errónea. Si hay un lugar parecido a «la cima» —si existe esa sensación de avanzar por la cumbre de la vida—, no dura ni diez ni veinte años. Al contrario, la cima es tan pequeña que yo, por mi parte, me la he perdido por completo.

Eres joven y te encuentras ascendiendo; no logras imaginar cómo harás para no morir de aburrimiento hasta la cena, hasta acostarte, hasta que el siguiente día llegue a su fin y entonces, con un lento chasquido, empieces de

nuevo. Lees con desánimo todos los títulos de los libros que hay en tu estantería; juegas con los dedos; te revuelves en tu sillón mullido, te deslizas del sillón cabeza abajo con la esperanza de que el corazón se te dañe en esa posición mientras esperas que llegue la hora de cenar; y piensas que la vida, por su terrible duración, es una prueba de resistencia para la cual careces de fuerzas.

Pero con esa inercia llegas a la cima. Sin darte cuenta, comienzas a descender. ¿Cuándo empiezan a difuminarse los días y, más tarde, rompiéndote el corazón, las estaciones? Las cartas chocan más rápido contra los radios; vas lanzado. Ruedas de cabeza y sin control. El traqueteo de las cartas se convierte en un sonido prolongado, como el gemido de una bomba, de muchas bombas, y sabes que el trayecto es fatal.

Ahora el mundo vuelve a ser visible. Cambio el peso de mi cuerpo. El cúmulo se ha disuelto en el río. Los insectos patinadores han perdido el agarre a los cielos. Parece que se hubieran desprendido uno a uno del firmamento con una voltereta por los aires hasta aterrizar de pie en este remanso bajo el sicomoro. Las carpas remueven el cieno del fondo. Las vacas parecen moribundas; el perro se mantiene alerta.

Ahí viene otra vez. La niña ha girado y sube de nuevo. Me doy la vuelta hacia la casa pensando que tal vez se acerque por el carril. Pero no, desciende por la colina una vez más. El ruido se parece a los bombardeos de Londres.

Éstas son tierras calizas. Eso significa que los ganaderos pierden una vaca lechera cada pocos años; las pobres vacas se caen en los pastos cuando el subsuelo se hunde. Se rompen las patas o, peor aún, mueren allí mismo del susto, supongo, o desangradas o de sed o los ganaderos les pegan un tiro. Una vez vi una de esas vacas caídas.

Hace muchos años, mientras caminaba lejos de aquí, río abajo, por donde la tierra está despejada, me crucé con una de esas vacas, una guernsey dorada, que estaba tumbada sobre el pasto de espaldas a mí. Hasta que no me puse delante de ella no descubrí que en realidad se encontraba *in absentia*, ya que no tenía entrañas. Apenas le quedaba algo visible. Los ojos se le habían hundido hasta el hueso y tanto las ubres como la tripa estaban abiertas y vacías; sólo le quedaba el espinazo. Como un timbal, no era más que cuero en un armazón. Tenía la boca abierta y no había nada en ella salvo dientes. En lugar del paladar, vi el hueco seco y oscuro de su cráneo. Se le habían roto las dos patas delanteras; estaban hundidas en el mismo agujero del suelo, un agujero de unos sesenta centímetros de diámetro lleno de piedra caliza en la que crecía la hierba. El agujero tenía el borde serrado como la cáscara de un huevo. ¿Cómo iba a saber ella dónde no podía pisar?

Me alejé. La rodeé por donde había venido, intentando repartir bien el peso de mi cuerpo para que la tierra lo aguantara, sin la menor idea de qué hacer si el suelo se hundía ni de hasta dónde caería. Ya en el sendero que bordea el río, me di la vuelta. De nuevo, desde detrás,

aquella guernsey dorada y hueca, cuero viejo y huesos, parecía, como suele decirse, simplemente dormida.

Son tierras calizas, y de camino al pueblo hay un manantial. A finales del siglo pasado, gente de diversas ciudades compró granjas o construyó casas de veraneo para pasar las vacaciones cerca del manantial. Algunos de esos veraneantes dejaron sus trabajos y se hicieron agricultores y ganaderos. Los granjeros locales, bastante pasivos, aceptaron a los nuevos señoritos, fácilmente distinguibles por sus camisas de cuadros y sus botas de goma. Esto fue, como decía, a finales del siglo pasado.

Como muchos otros sitios, el valle se convirtió en el no va más entre sus habitantes. Algunos de los hijos de los veraneantes originales se trasladaron a esta zona y formaron sus propias familias. Luego llegó la tendencia del «regreso al campo» de los de mi generación, de modo que se empezaron a talar terrenos para establecer granjas miserables. Para entonces, la mayoría de los granjeros originales ya se había mudado a las ciudades.

Las antiguas familias de señoritos y los recién llegados se mezclaron. Hablaban de comunidad. Construyeron graneros y un local para las reuniones de cuáqueros que utilizaron para boicotear un proyecto de electrificación. Organizaron bailes populares en cuadrilla y paralizaron una propuesta para ensanchar la autopista.

Son gente de fuertes creencias. Tratan el cáncer con té. Han venido para abandonar la sociedad a su propia locura. Creen en la calefacción con madera, en la leche

sin pasteurizar y en las ballenas. Son siempre serviciales con todo el mundo.

Hoy tengo intención de hacer muchas cosas. Sin embargo, sigo pensando: ¿se acordarán las siguientes generaciones de vaciar las cañerías en otoño? Les dejaré una nota.

Última hora de la tarde: estamos dentro de la casa, cocinando. Intento explicarle a la niña algunos de los principios con los que vivo: una buena broma merece todo el tiempo, el dinero y el esfuerzo del mundo; nunca robes para completar una escalera; anota los puntos siempre en el juego, nunca en el amor; nunca digas «Muskrat Ramble»[5]; déjalos siempre con la intriga; nunca escuches dos veces la misma conversación; y (esto es lo más difícil) no le hagas caso a nadie. Debo de estar gritando: «¡No le hagas caso a nadie!», porque en ese momento la niña sale de la cocina, se va a su habitación y cierra la puerta. Qué obediente. Jamás he percibido una pizca de rebeldía en ella. Si sigue así, está perdida. Por otro lado, me pregunto: ¿será una broma? Aun así.

Estamos preparando un bizcocho para el conde Noah Very, nuestro vecino. Llegados a este punto y en honor a la verdad, me veo obligada a confesar que, a pesar de estar escribiendo en tiempo presente, en realidad han pasado

[5] Título de una famosa composición de *jazz* de 1926. Significa, literalmente, «El paseo de la rata almizclera».

varios años desde aquel fin de semana en el campo. En el transcurso de estos años, Noah Very murió. Sufrió un infarto y ningún pariente lloró su muerte. Este hecho, como es lógico, me hace recordarlo con más cariño del que sentí por él en vida, porque en realidad era un cascarrabias que despreciaba a todo el mundo.

Ya casi han pasado treinta años desde que Noah Very nos llevó de niños a Carson's Castle. Ahora Noah tiene setenta y tantos años. Es un ermitaño que se esconde en el bosque, descendiente directo de Jones Very, el poeta trascendentalista que compuso «The Spirit Land» y otros sonetos que tienden a la abstracción.

Cuando Noah tenía veintitantos años y un título en Literatura Inglesa de la Universidad de Yale, hizo que trajeran una de las casas de campo de los sirvientes de sus padres río abajo hasta su ubicación actual, dentro del bosque. Pretendía, según me dijo, pasar en ella un año o dos escribiendo una novela. Pero en algún momento metió la pata, como la vaca. Participó en un negocio de madera para fabricar librerías. A los treinta y tantos años, elaboró un escritorio con trabajo muy preciso de incrustaciones multicolores; talló los tiradores de los cajones en forma de hoja de roble nervada. Bien sabe Dios que, si alguna vez vas a visitarlo y consigues pasar de la puerta, tienes la obligación humana de admirar ese mueble; en efecto, nunca he visto un escritorio tan maravilloso.

Hace mucho tiempo, su esposa renunció a él por sus numerosos adulterios; él renunció a sus hijos, que se casaron y se dispersaron. A lo largo de los años también

renunció a la carne, a las obligaciones, al jabón, al trabajo, al placer, a la ambición y a las demás personas. Cuando la niña fue a invitarlo para que viniera a casa antes de la hora de cenar, él ya estaba dormido. Como casi todo el mundo, se considera un intelectual. Hace la compra cuando abre la tienda; si ve otro coche aparcado delante, se pone a dar vueltas hecho una furia hasta que se va.

Rechaza a todos los visitantes, salvo a las mujeres jóvenes y a las niñas. Cuando otras personas entran en su bosque, se esconde y las observa. Se oculta en las cicutas, en un arce plateado, entre los arbustos de hamamelis. Se esconde y observa a la gente que llama a su puerta. Así me lo contó él mismo. Lo más curioso es por qué lo visita la gente. Como se esconde en el bosque, no puede rechazar los calabacines. Él es, para la gente del valle, la única persona a quien endilgarle los calabacines que sobran.

Por cierto, una mujer que le regala comida todas las semanas y que lleva cuatro años sin verlo me contó que le gusta esa sensación de ser observada.

Dentro de la casa, Noah acepta tomar jerez y bizcocho. Ha envejecido. Los huesos de su cráneo son estacas de tienda de campaña desde las que cuelga la piel formando curvas catenarias. Tiene la parte de atrás del cráneo pequeña, pero el rostro grande. Va bien afeitado. Por lo general, su boca azulada muestra una expresión quejumbrosa o irritada, aunque esta noche tanto la boca como el hombre parecen contentos. La niña, que se siente especialmente encantadora, se ha engalanado con un vestido amarillo; se

coloca en el sofá, bajo una de las ventanas laterales, de un modo atractivo y transitorio. Noah se sienta en una butaca de mimbre junto a las revistas y nos explica qué opina de ellas. Hacía años que no lo veía. Caigo en la cuenta, con cierta perplejidad, de que lleva una camisa de seda.

Es de noche. Fuera, el chotacabras se prepara para una maratón. En realidad sí que sé por qué la niña quiere a Francis Burn. Lo quiere porque es a quien le ha entregado su amor. Pero ¿por qué nos fue dado este amor tan feroz? Me supera. Yo también amo a alguien. La niña escribe poemas sobre Francis Burn y los deja por ahí para que yo los encuentre.

—¿Cuántos años tienes? —le pregunta Noah a la niña.

—Nueve.

—¿Y en qué curso estás?

—En cuarto. —No logra ocultar una mirada de desprecio. Toda su clase está en cuarto.

—¿Sabes que yo ya he perdido la cuenta de los años que tengo? Empecé a perder la cuenta hace mucho, mucho tiempo, antes de que tú nacieras. —Si hay algo que la niña no entiende es por qué algunos adultos tratan de impresionarla y, en caso de que exista una buena razón para ello, por qué lo hacen tan mal—. A mis hijos les parecía graciosísimo eso de que alguien no supiera su edad. ¿Tú lo encuentras gracioso?

La niña responde:

—Me parece una auténtica ridiculez.

Estoy sentada enfrente de la niña con un cenicero en el regazo. Noah, relajado, apoya las piernas en la mesita de mimbre que hay entre nosotros.

—Una vez —dice Noah—, cuando mis hijos eran pequeños y vivíamos todos donde yo vivo ahora, miré por la ventana y los vi jugando junto al río. Hay una pequeña extensión de arena en esa parte de la orilla. Ellos eran muy pequeños, de tamaño y de edad, y jugaban a echar agua con cubos y a enterrar con arena los pies de los demás. Recuerdo que pensé: «Ahora es cuando los niños son pequeños. Esta época se llamará "cuando los niños eran pequeños"». No oía nada desde la ventana, sólo los veía. Era por la mañana. Los tres eran rubios y todavía tenían el pelo rizado, y el sol estaba detrás de ellos.

Miré con atención a Noah, que a su vez miraba a la niña.

—Me dije a mí mismo: «Noah, recuerda esta imagen, los niños tan pequeños jugando todos juntos en la orilla durante esta mañana precisa. Recuérdala». Y la recuerdo como si hubiera sucedido hoy mismo. Debía de ser verano. Entre medias hay veinte años de los que no recuerdo nada.

Nos pregunta cómo es estar aquí durante un único fin de semana. Nos explica lo bien que conoce estas tierras y esta casa; antes todo era de su abuelo. Su abuelo plantó el manzano junto al camino de acceso, el manzano bajo el cual arreglamos la bici esta mañana. Ahora le habla a la niña con demasiada efusión, como si tuviera tres años. La niña le induce a ello. Más tarde me dirá que cree que

es estúpido. Aunque él la ha pillado con la guardia baja. Le está soltando una monserga sobre el manzano de su abuelo, algo que a ella le trae sin cuidado.

Señala la ventana que hay detrás, el jardín donde su abuelo plantó el manzano. La niña, para escapar de su mirada exaltada, se da la vuelta sobre el sofá, se arrodilla en el respaldo y finge mirar el manzano por la ventana, aunque en realidad no puede verlo porque está oscuro. En vez de eso, mira su propio reflejo. Estoy justo detrás de ella y la observo.

—¿Sabes cuánto tarda en crecer un manzano?

Noah se inclina hacia delante, casi cantando:

¿Sabes cuánto tarda en crecer un manzano?
Tendrás que esperar
a ser MUY mayor...
a casarte...
y a tener CUATRO hijos...

La niña escucha. Oye lo más duro, lo de crecer, casarse y tener cuatro hijos... Y mientras él habla, los ojos de la niña se pierden, se van de la habitación y se sumergen en las figuras vacías e imposibles de esos extraños. Hay una mujer rara e impensable con un vestido amarillo y un marido espigado y sin expresión a su lado. Están también sus cuatro hijos. Piensa, juro que lo piensa, y veo que sus ojos se agrandan al pensarlo mientras mira a los niños borrosos puestos en fila: «¡El más grande será mayor que yo!».

Me echo a reír. Los ojos de la niña vuelven a enfocar y, de golpe, llenos de deleite, se encuentran con los míos en el cristal. La mujer, el marido y los cuatro hijos desaparecen. La niña distingue, dentro del contorno cercano y sombrío de su propio reflejo en la ventana, un reflejo más pequeño y distante debajo de una lámpara: soy yo, una mujer de treinta y tantos años que bebe jerez y fuma un cigarrillo.

Me sostiene la mirada a través de la escena iluminada dentro de la pechera de su vestido. Se ríe porque me río y sabe por qué. Me mira con intensidad, de esa forma tan suya, con una enorme sonrisa. Apago el cigarrillo. La niña se da la vuelta de nuevo y seguimos escuchando a Noah.

Más tarde, cuando Noah se despide, me pone triste la idea de no verlo en lo que podría ser una larga temporada. Pero Noah dice, mientras me estrecha la mano, que soy tonta, que a «nuestra edad» no existen las largas temporadas. Nos decimos adiós en el césped que crece fuera del porche; Noah emprende el sendero que recorre el bosque hasta su casa. Ha rechazado la linterna; ha aceptado el bizcocho y varios libros, entre ellos un diccionario *English Usage* de Fowler.

Antes de irnos a la cama, la niña y yo jugamos a varios juegos de escupir. No muestra signos de flaqueza, al fin y al cabo es sábado por la noche en este hemisferio y mañana nos vamos a primera hora, así que sacamos de nuevo las aspirinas, encontramos una baraja completa y le

enseño el sistema piramidal para apostar en el *blackjack*. Le gusta. Si bien se requieren varias horas y mucha cautela para ganar a la banca, aunque sea por poca cantidad —insisto en este punto—, la niña gana seiscientos dólares en cuarenta y cinco minutos, por los cuales la banca, según previo acuerdo, paga sesenta centavos. ¿No había algo que depreciar?

III

Ya es domingo por la mañana, mediados de julio, un calor abrasador, los pájaros medio muertos y en silencio. Ya estamos preparándonos; le echamos un último vistazo al río. El agua parece más baja. El agua parece más baja y hay una pequeña luna de tiza por encima del bosque, río abajo. Por el camino visitaremos a mi hermana, tal y como hicimos a la ida; mi hermana, a la que adoro. Hemos comido y cargado el coche.

Tiene gracia cómo la ocasión cambia de manera imperceptible, como la luz, a un ritmo inconstante. En un momento dado, miras y adviertes que el perro se ha dado la vuelta mientras dormía o que los árboles han perdido las hojas. La mañana desemboca inefablemente en la hora del almuerzo, o en las Navidades. Por arriba, los gansos están emigrando tal y como lo hicieron la última vez que miraste. Lavas los platos, te das la vuelta y es verano de nuevo, o cualquier otra época, o la hora de irse.

La niña y yo estamos de pie junto al río. El perro deambula a nuestro alrededor, desconsolado desde que cargamos el coche. Sigue con la idea de esconderse en el bosque, pero no se decide. La niña y yo estamos de pie junto al río. Más allá de los pastos, las montañas se han desvanecido entre la bruma. No hay vacas. Por encima del río, las ramas del sicomoro cuelgan rígidas e inmóviles; la luz del agua tirita alrededor de la parte baja de las ramas y se aplana en las puntas de las hojas.

—No me voy —dice la niña—. Yo me quedo aquí.

Surgen algunas especulaciones sobre quién está en disposición de conceder deseos. Observamos los insectos patinadores. Nos imaginamos, ay de nosotras, recordando en el futuro este preciso instante, aquí de pie, con la luz de la mañana sobre el valle verde y el río límpido, la niña jugando con los dedos de la mujer. No había pensado en eso antes de venir, que jugaría con mis dedos, ni que oiríamos camiones que cambian de marcha para subir la colina por detrás de la casa. Nos damos la vuelta para irnos.

Al marcharnos —permítanme añadir a modo de epílogo— somos víctimas de un pequeño acontecimiento final, de una ráfaga de viento inesperada.

El murmullo del viento llega desde el bosque y cruza el prado en nuestra dirección. Vemos una ola de sombra y brillo donde la hierba corta se inclina, y los aleros de la casa tiemblan. Nos golpea por la espalda. Es una única racha, una broma, una brisa canalla que se escapa del norte, como si un viento temerario e impaciente hubiera abierto

de golpe la puerta trasera de par en par y hubiera dejado pasar este olor familiar y olvidado, este aroma fresco a tundra y a noviembre. ¡Otoño! ¿Quién ha permitido esta intrusión? Deténgase o disparo. Es un aire totalmente fuera de lugar: otoño, lo había olvidado por completo, que pudiera estar aquí otra vez, *otro* otoño, y estamos sólo en julio. Me creía más joven, pensé que tendría más tiempo. El soplo cruza el río y oscurece el agua a su paso, como un dedo que cierra los listones de una persiana.

Los contenidos de este libro pueden ser reproducidos en todo o en parte, siempre y cuando se cite la fuente y se haga con fines académicos y no comerciales

Enseñarle
a hablar a una piedra es
el vigésimo primer libro de la co-
lección Libros salvajes. Compuesto en tipos
Dante, se terminó de imprimir en los talleres de
KADMOS por cuenta de ERRATA NATURAE EDITORES en
julio de 2019, apenas unos días después de la muerte de
Julián Rodríguez, escritor, editor, galerista, hombre gran-
de e imponente como una peña, mullido y acogedor como
el musgo fresco, generoso como lo es la propia naturaleza,
que nos enseñó tanto a tantos, que nos deja tan a oscuras...
como si su ausencia eclipsara lo que su mirada nos revela-
ba sin esfuerzo, como si el escándalo de los escándalos
que decía don Julio que era la muerte, en el caso
de Julián se elevara al axioma más terrible,
apenas pensable, apenas aceptable,
apenas soportable.

LIBROS SALVAJES

Errata naturae editores

Los grandes escritores de *nature writing* son hombres y mujeres capaces, en primer lugar, de observar la naturaleza con una agudeza singular y, a continuación, construir un relato que permita al lector viajar hasta esos mundos normalmente tan ajenos a nuestra civilizada cotidianeidad. Annie Dillard, sin embargo, va más allá. Annie Dillard ve a través de las grietas por las que el mundo natural se deshilvana y se reteje, donde los fenómenos en apariencia más dispares encuentran el vínculo que los somete a una misma ley tan ineluctable como incognoscible. Annie Dillard es hija de Henry David Thoreau, por supuesto, pero también del Maestro Eckhart. Annie Dillard es una tenaz exploradora y éste, un libro sobre expediciones tanto a algunos de los lugares más remotos de la Tierra (el Polo Norte, las islas Galápagos, la selva ecuatoriana, el estrecho del Pacífico, la cordillera de los Apalaches...) como a regiones del espíritu a las que muy pocos viajeros han llegado. Aunque, en última instancia, da igual que Dillard nos relate un viaje a la última frontera o un paseo por las colinas Blue Ridge que rodean su casa: en la prosa de esta autora el mundo natural, el más exótico, el más cercano, destella, cuando no arde, como la más lúcida metáfora del espíritu. Pocos, muy pocos escritores han expresado mejor el inexpresable temor, la inaplazable reverencia que siempre ha suscitado la naturaleza y que nuestra contemporaneidad, tanto en su versión «eficaz» y «extractiva», como en su versión «paisajística» y «sostenible», se empeña en olvidar. Quién podría acompañar a Dillard... En realidad sólo puedo pensar en poetas: Emily Dickinson, por supuesto, pero también el discreto, y aun así colosal, Robinson Jeffers. Al fin y al cabo, allá donde se posa la mirada de Dillard, la belleza del mundo arrasa sus pupilas, y sus palabras, como la mejor poesía, dan cuenta de esa lucha por inscribir el misterio último de una emoción que carece de lenguaje.

CÓDIGO BIC: BM
9 788417 800222